
Montserrat Reillo Exojo
Acuerdo de silencios
Una historia sobre amor inesperado, traiciones ocultas y sobre el poder del perdón que transforma vidas.

Montserrat Reillo Exojo

ACUERDO DE SILENCIOS

Acuerdo de silencios
© Montserrat Reillo Exojo, 2024
1ª edición, 2024, SELEER
2ª edición, 2025, Monteserrat Reillo Exojo
ISBN: 9798306000930
Todos los derechos reservados.
Dedicado a las personas de aquí o de allá, ¡qué más da! A todo el mundo.

Prólogo

Somos una sola mente, con un corazón lleno de amor, lleno de emociones. Cuando nos proponemos algo, desde nuestro subconsciente, sin saber cómo, lo logramos en la vida. El mayor creador de nuestro mundo es uno mismo.

Claro que a veces, muchas veces, no nos gusta nuestra vida, no nos gusta lo que creamos. La sentimos triste, apagada y sin rumbo. Otras veces, cuando nos gusta lo que vivimos, pensamos que es muy corta. Nuestra piel cambia con los años y nos aferramos a la belleza, a la juventud, a las riquezas y triunfos, pero ¿qué somos en realidad?

Cada uno se imagina su propia vida. Unos luchan, otros se dejan llevar, otros quieren dejar su huella… pero hay tantas huellas que ya no se puede distinguir el camino correcto, ese que nos conduce hacia la paz infinita.

La paz estará aquí en este instante, o en el instante que tú elijas que, sea cual sea, siempre es ahora. Pero ¿quién elige? ¿Eliges tú o tu ser? Eso es algo por descubrir.

La vida puede ser bella si miramos dentro de nosotros y somos capaces de perdonarnos por todo lo que imaginamos y creamos que hace sufrir a nuestros hermanos, pero ¿por qué no hacer real lo bonito?

PARA HACER REAL LO BONITO EL PODER ESTÁ EN TUS MANOS.

1. La mañana

Sonó el despertador y Pablo lo apagó de un golpe. «¡Vaya!, es la hora. Esta noche no he dormido bien. Qué pereza me da levantarme, con lo bien que se está en la cama —pensó Pablo—. Son las 7:30… ¡Anda! Encima lunes, qué mal». Los lunes para Pablo eran matadores. Aunque su trabajo era tranquilo y agradable, él se quejaba, se quejaba por todo y no le hacía mucha gracia eso de madrugar.

Marina, su esposa, ya se había levantado y estaba en la cocina preparando el desayuno, pues así, cuando Pablo bajaba, estaba todo listo y podían desayunar juntos. Era una fría mañana de noviembre de 2018. A Pablo le gustaban los inviernos por la lluvia: era un romántico y la lluvia lo embargaba en sueños.

Cuando Marina y Pablo se conocieron era también época de lluvias de invierno. Claro que de eso ya hacía muchos años, pero a él le gustaba recordar sus paseos bajo la lluvia. Aunque, la verdad, a Pablo le había empezado a gustar soñar solo. No sabía por qué, pero llevaba ya un tiempo sintiéndose algo alejado: entre Marina y él aún había una gran pasión (al menos eso creían los dos), pero Pablo, sin darse cuenta, ya soñaba en solitario.

En casa siempre reinaba la paz pues, como no habían tenido hijos, vivían los dos solos y tenían tranquilidad. Durante un tiempo, al principio, habían estado preocupados, muy preocupados por ello, porque los hijos eran la ilusión de la pareja. Con el tiempo y al haberse acomodado a esa tranquilidad, dejaron a un lado la idea de ser padres.

—Pablo —le dijo Marina a su todavía adormilado marido—, hoy me gustaría que pudiésemos desayunar «en paz»: tengo algo muy importante que contarte… Seguro te va a hacer mucha ilusión. Yo estoy loca de contenta…

—¿Sí? ¿Cómo de importante? —le preguntó Pablo a su esposa algo descreído.
—Bueno,cariño,primero siéntate yahora te cuento —le indicó ella con una sonrisa de oreja a oreja.Estaba tan emocionada por la noticia que las palabras no le salían, se le trababa la lengua, no sabía cómo empezar.
Marina pensaba que Pablo se volvería loco con lo que le iba a anunciar. Quién iba a imaginar lo que le deparaba el destino.

2. La *buena nueva*

—Bueno, ya está todo listo —dijo Marina frente a la mesa servida—. ¿Quierestostadaso cereales? —pregun- tó con tono muy dulce mientras seguía preparándose para dar la gran noticia.

—Me apetecen tostadas, pero según la noticia ne - cesitaré hoy comer de todo ¿no? —respondió Pablo riendo con la risa floja que solía poner cuando tenía prisa y no le interesaba mucho el tema. Porque lo que Pablo imaginaba era que Marina quería un cambio de trabajo o, incluso, una nueva casa, «vaya usted a saber», se decía— conociendo lo pedigüeña y espléndida que era su esposa y, sobre todo, fantasiosa: era capaz de imaginar cualquier cosa. Pero Pablo no se esperaba la bomba que Marina le estaba a punto de soltar.

—Mira, Pablo, cariño, tenemos que arreglar una habitación y comprar nuevos muebles —comenzó.

—¡Ya sabía! ¡Sabía que de gastar iba la cosa! Nunca te cansas, cariño, siempre cambiándolo todo. Si te digo la verdad, ya me imaginaba algo similar —soltó Pablo.

—Pero ¡qué dices! ¡Si aún no te he dicho de qué se trata! ¡Vaya! ¡Eres un tacaño! Y ¿podrías dejarme hablar? Siempre te anticipas a todo. ¡Jo!, Pablo. Deja que te cuente, que estoy llena de alegría. ¿Es que no lo ves, cariño? —le dijo algo sobresaltada.

—¡Sí, sí! Yo te dejo, pero sé que no me equivoco ni una chispa, ¿verdad? —insistió Pablo.
—A ver, cielo, ¿no me notas nada?
Marina se había puesto guapa para dar la noticia, a ella le gustaba estar siempre guapa para su amor, para Pablo. Era coqueta y se había imaginado el momento como algo muy especial.
—¿Es que tengo que notar algo? —Pablo la miró y, en efecto, vio que estaba más guapa de lo habitual, pero el tunante se lo calló.
—Sí. ¿No te parezco más bella y radiante? —le pre- guntó emocionada.
—Bueno, a ver… Siempre estás guapa, tú lo sabes. No sé a qué viene esto —dijo algo desconcertado, pero, por dentro, Pablo veía que era cierto: Marina estaba más guapa. ¿Qué le tendría preparado esta vez?
—Pues esto viene a que dentro de ocho meses estaré comouna mesa camilla—así lesoltó Marina la noticia a su esposo. Ella muy contenta.
Pablo, en ese momento, no entendió nada. Él ya no pensaba nunca en niños, es más, los sueños que tenía

para la familia, es decir, para Marina y para él, eran otra historia, como viajar y recorrer el mundo, hacer deportes juntos, bailar… Muy

lejos ya de los niños que al principio de su matrimonio habían sido la base y el sueño de ambos; ahora ya no entraban en sus planes. No quería que la noticia fuese esa: «vamos, niños, no. Ni por asomo. Bajo ningún concepto», pensó.

—Pero ¿estás segura de lo que dices? ¿No será que estás confundida? —inquirió Pablo.
—Pero ¡qué dices, cariño! De confundida, nada.Me he hecho la prueba y estoy totalmente segura. ¡Estamos embarazados! ¿A qué esuna gran noticia? —le preguntó sonriendo a su marido.
—Sí,sí. La mejor —Pablo lo dijo para cumplir. Min- tió porque no quería hacer daño a Marina, pero él ya no estaba preparado, ahora, a su edad, para tener «un bicho» por ahí dando vueltas en la casa. No se imaginaba noches sin dormir, no se imaginaba renunciar a los proyectos que ya tenían los dos (pero no los tres). Tres no, de eso nada.
Pablo se quedó quieto en la silla de la cocina, como si le hubiesen puesto un imán, no podía moverse de allí del disgusto, pero tenía que disimular. No quería decirle a su esposa que tener un hijo ya no era su prioridad. «¡Madre mía! —pensaba—, ahora no estoy preparado, ahora ya no».
Pero, como un campeón, tenía que disimular. Tragó saliva y dibujó una pequeña sonrisa. ¡Ser padre! No lo podía creer. Adiós a los viajes, adiós a los bailes, adiós al disfrute de los manjares de la vida… Ahora tendría cacas, llantos y poco más.
Pablo era ajeno al decreto de Marina, que siempre siguió deseando ser madre, pues ella tenía un secreto oculto.

3. Mentiras

—Te veo blanco, Pablo. ¿Te pasa algo? Esta noticia es lo que habíamos soñado desde hace más de 10 largos años y… ¡Por fin está aquí! ¡Y sin pensar!

«Bueno, mentira cochina», pensó Marina para sí misma, pues ella no había abandonado ni por un instante su fervoroso deseo de ser madre, un sueño que alimentaba día tras día y que era lo que más ocupaba su mente, pero claro, con el pasar del tiempo, dejó de hablarlo con su marido y sumergió su sueño en el más profundo de los silencios.

—Pues sí, cariño —dijo Pablo mientras para sí mismo pensaba «nuestro sueño… ¡de hace 10 años o más!»—.¡Estupendo! —continuó mientraspor dentro pensaba «mentira».

Pablo mentía para no herir, pues esa noticia cambiaría todos sus planes de vida y, a esas edades, ya con cuarenta y tantos años los dos… «¡Qué locura!» Pensaba mientras con su esposa hablaba de lo hermoso que sería por fin ser padres. Intentaba también mentir con los ojos, controlar la mirada para que no lo traicionara mientras pensamientos siniestros y repetitivos le embargaban la mente: «¿A dónde vamos con nuestra edad? Yo tendría que ser abuelo, no padre… ¡Pero ¿no se da cuenta?! ¡Qué locura todo esto!».

Mientras la observaba y le mentía con su sonrisa, pensaba en cómo Marina no se daba cuenta de que fingía. ¡Madre mía! Ahí sentado, diciendo qué feliz era de poder ser padre por fin… Si hubiera sido Pinocho la nariz se le hubiese salido de la cocina, pues estaba mintiendo como un bellaco; tragaba saliva y continuaba disimulando. Si hubiera sido actor ¿cómo se llamaría la obra? El mentiroso silencioso, eso, así sería.

Y ocurrió algo más: en ese instante, Pablo dejó de desear a su esposa. ¿Cómo era posible que en un momento dejara de verla apetecible? No lo podía creer: su mujer, que durante años había sido la más bella, la que deseaba a todas horas, ahora, de repente, había dejado de tener ese atractivo, incluso, hasta llegó a creer que ya no sentía nada por ella.

Una sola noticia, que antes había deseado y más que soñado, ahora le parecía una pesadilla, lo empujaba a querer huir de la situación, huir de Marina. Cómo confesarle a su esposa que, de repente, todo había cambiado hasta el extremo de apagarse la pasión.

Acuerdo de silencios

Pablo estaba asustado y solo quería terminar el desayuno para irse al trabajo, es decir, desaparecer. «Eso es lo mejor —se dijo—, desaparecer». Y en su interior algo gritaba «¡Ahora no! ¡Ahora no quiero!» Ni siquiera él mismo entendía qué le pasaba, cómo era posible que dejara de gustarle su mujer y, encima, esta noticia lo ataba de por vida a su lado. «¿Qué me está pasando, Dios mío? Si desde siempre había sido un sueño para nosotros, ¿por qué estoy así?».

—¿Cariño, no desayunas? Mira que te sigo viendo blanco. Estás contento, ¿verdad?
Marina solo quería ver feliz a su esposo, deseaba cumplir el sueño que juntos habían tenido durante tanto tiempo. Ella era ajena los pensamientos de Pablo y, si hubiese podido leerlos en ese momento, le habría dado un infarto al corazón. Pero, en realidad, no había que ser adivina para saber que algo no iba bien con la caraque había puesto Pablo. Marina no quería ver la verdad: prefirió engañarse y convencerse de que todo estaba bien, de que sería la emoción. Muchas veces, solo se ve lo que interesa ver y, en ese momento de su vida, Marina quería ver su sueño cumplido. Claro que ella pensaba que este sueño también seguía siendo el de Pablo, no se imaginaba que él ya no compartía el mismo sentir, que estaba a años luz de aquella ilusión. Marina tuvo que ponerse un velo en los ojos porque conocía las miradas y los gestos de Pablo, pero eligió engañarse y no ver la realidad. Claro que percibió que Pablo se quería marchar, observó cómo le llegaron las prisas y ella adivinó el porqué. ¡A lo que se puede llegar! Aunque se intuya que algo no va bien, a veces es preferible taparlo, por conveniencia, por miedo, por circunstancias y emociones que no se saben o no se quieren

comprender. Pero aquí algo estaba pasando: a Pablo la noticia no le había sentado bien, el miedo lo hacía fingir y Marina se daba cuenta de ello, pero prefería engañarse. Tal vez esa era su estrategia para afrontar la situación.
—Bueno, cariño, estoy muy feliz por la noticia. Luego, esta noche, tenemos que hablar más despacio y preparar todo.
Pablo no tenía palabras, solo quería desaparecer de casa.
—¡Vale, cielo! —le respondió ella, aunque, a pesar de su autoengaño, notaba algo y, al darle un beso a su esposo, su cuerpo se estremeció, como si alguien le hubiera advertido de que algo ya no funcionaba, vio algo extraño en su cara, en su mirada y en su comportamiento. Al parecer, su instinto le estaba advirtiendo y Marina se quedó pensativa esa mañana. De todas formas, tenía mucho que pensar, pues ocultaba algo tras ella, algo muy importante.

4. La huída

Pablo cogió el coche y, como alma que lleva el diablo, se fue directo al trabajo. Esa mañana poco trabajó, es más, tuvo que buscar una vía de escape porque no podía cumplir con los compromisos que tenía en la oficina: le resultaba imposible concentrarse, su mente no estaba para papeles y mucho menos para reuniones. Puso como excusa que tenía a un cliente que lo estaba esperando y se marchó. Solo quería estar libre para poder pensar.

Pablo era accionista de una multinacional y, a sus cuarenta y ocho años, sus sueños eran los de una vida distendida: quería viajar y disfrutar sin privarse de nada, pues se lo podía permitir. Sus recursos le proporcionaban todo un mundo de lujos. Él ya no estaba para pañales. «¡Madre mía! Pañales». Solo de pensarlo se ponía enfermo. Ya no veía su casa como un lugar de paz y retiro de amor. Sentía fastidio y se repetía «esto ya no lo quiero; no puede ser».

Pero Pablo no sabía que, sin que él pudiera notarlo, el universo escuchaba sus pensamientos y decretaba en el más absoluto silencio.

Así fue como, de camino con un rumbo desconocido, es decir, dando vueltas como un trompo por la ciudad en su coche, sumergido en sus pensamientos, al llegar a un semáforo, se le cruzó un peatón que tropezó en el capó de su coche. Pablo se dio un gran susto, lo último que le faltaba esa mañana era un atropello. Abrió la puerta del coche y salió corriendo para atender al peatón. Cuando se acercó para preguntar si estaba bien, la sorpresa que se llevó fue mayúscula: era una joven preciosa.

Pablo pensó que eran demasiadas emociones juntas para un mismo día, pero esto de la preciosa joven le gustó mucho más que la noticia que le había dado su esposa. No tenía idea de lo que la vida le deparaba o, mejor dicho, de lo que él con su pensamiento iba creando sin darse cuenta. Y conocer a esa mujer nueva en su vida le iba a llegar demasiado profundo. Pablo nunca había tenido ojos para otra mujer que no fuera su esposa; se casó muy enamorado de Marina y, hasta ese momento, él sentía que era la mujer de su vida.

Cuando se conocieron Marina y él eran —como se suele decir— almas gemelas, eran el uno para el otro, pero ahora, sin darse cuenta, todo estaba dando un giro. ¡Vaya! Que Marina se esfumaba como la espuma de las olas del mar.

El universo lee los pensamientos, los pensamientos en tiempo presente, y en los pensamientos en tiempo

presente de Pablo ya no estaba ser padre y los sueños con su amada Marina se habían desvanecido en un abrir y cerrar de ojos.

La joven solo se había golpeado con el capó del coche y cuando Pablo llegó a su lado, sus miradas se encontraron y hubo un fuego arrasador en ese intercambio.

—Señorita, ¿se encuentra bien?

—Sí, creo que iba distraída y he cruzado la calle sin mirar. Qué torpeza la mía —contestó la joven.
—¿De verdad se encuentra bien? —insistió Pablo muy preocupado.
—Sí, sí. Estoy bien. Algo asustada, pero estoy bien —la joven respondió muy aprensiva.
—Estoy muy preocupado. Lo siento, también me he llevado un susto muy grande; no la había visto. En realidad, es como si se hubiera caído del cielo.
El muy tunante lo decía con picardía, aunque la joven no lo pilló a la primera.
—No, del cielo no.Solo iba pensando en miscosasy he tenido una pequeña distracción. Perdóneme, señor.
—Bueno, el caso es que no le haya pasado nada, ¿verdad? Pero… No le he dicho mi nombre: me llamo Pablo, ¿y usted?
—Yo soy Beatriz, pero me llaman Bea —lerespondió la joven que trasmitía una gran vitalidad.
—Señorita Beatriz, me alegro de que todo haya quedado en un susto y lo siento de verdad, no quería llevarme a nadie por delante. Siento en el alma lo que ha pasado.
Pablo no paraba a de disculparse, porque, en realidad, quería alargar el momento. Se había quedado prendado de la joven.
—Pero nomellameseñorita —lereprochó ellacon suavidad—, si me llama Bea me sentiré mucho mejor. ¿Sabe, Pablo? Necesito ir a tomar algo para quitarme el susto.
—¡Uf! Perdón, estoy algo torpe. Si quiere vamos juntos y nos quitamos el susto los dos.
La propuesta llenó a Pablo de satisfacción, era lo que deseaba, aunque no sabía por qué.
—Me parece una brillante idea —respondió Bea con sinceridad ya que, en ese instante, solo quería seguir hablando con Pablo, pues también se había quedado prendada de él y no tenía ninguna intención de dejarlo ir.
Pablo aparcó su coche y fueron en busca de una cafetería. Si tenían algo que hacer, tanto Bea como Pablo lo olvidaron y, sin pensarlo,

entraron en un local que Pablo desconocía: nunca se había fijado en él y tampoco lo había visitado. En ese momento quería olvidar el golpe. Pablo en realidad pensó que la había atropellado y al ver que Beatriz, su peatón, estaba ilesa (y «preciosa») sintió un gran consuelo.

5. Chocolate frío

Al entrar en esa cafetería, los dos buscaron un sitio alejado de la gente y lo encontraron. Se sentaron en el último rincón, un rincón que parecía que estuviese preparado para ellos. Todo se estaba moviendo a su favor.

Pablo se sorprendió a sí mismo pensando «aquí nadie me puede ver» y, en seguida se cuestionó «pero ¿por qué pienso esto? Si no estoy haciendo nada malo, solo estoy… socorriendo a esta preciosa chica… ¡Madre mía! ¡Qué me estoy diciendo!».

No podía creer que lo asaltaran esos pensamientos, pero lo que Pablo no sabía era que Bea pensaba lo mismo. Ella quería estar a solas con Pablo, se sentía como en una nube y, mientras se sentaban, algo le corría por el estómago, esas mariposas de las que se suele hablar. Nuevas emociones asomaban a su vida, era una sensación extraña, pero bella y Bea no iba a dejar que esa emoción se desvaneciera sin más.

Mientras se sentaban uno en frente del otro, la lluvia comenzó a caer en la gran ventana de cristal que tenían junto a ellos. Pidieron chocolate y, mientras la camarera lo preparaba sin dejar de mirarlos, adivinó que esta era su primera vez juntos y pudo notar cómo sus cuerpos se estremecían de placer. La camarera pudo llegar a sentir ese fuego con solo mirar por el rabillo del ojo, llena de envidia. Pudo percibir que la pareja aún no había fundido sus cuerpos, o eso quiso imaginar.

Pablo y Bea miraban, o hacían como si miraran, cómo caía la lluvia, mientras Pablo, de reojo, en realidad observaba a Bea. Era una joven mujer muy hermosa, entrada en carnes, eso sí, bastante entrada, pero eso a él no le importaba, pues todo en ella le gustaba. Pensó que usaría una talla 54 o más. Solo veía en ella hermosura. Bea le hablaba, pero él estaba más concentrado en memorizar cada detalle de su cuerpo, cada detalle de su sonrisa y el sonido de su voz que era como el vuelo solemne de una mariposa. Pablo sabía que todo lo que ella le contaba sería sabio e inteligente y que Bea era la persona más bella del mundo. Para ese momento se tuteaban con familiaridad. Bea detuvo su conversación (en realidad, solo hablaba ella) y se excusó:

—Lo siento, Pablo. ¿Me disculpas? Tengo que ir al baño. En seguida vuelvo, —le dijo, con su voz dulce y juvenil, pues Bea era muy joven.

—No te preocupes, yo te espero.
Él le sonrió y se quedó allí esperando. También Pablo se sentía como en una nube y, cuando Bea se levantó de

la mesa, muy disimuladamente, la observó. Bea no era ajena a las miradas que Pablo intentaba esconder, ella no era tonta y, además, tenía los mismos sentimientos que él. Bea se levantó para ir al servicio y notó un enardecimiento en su cuerpo, la recorría un calor tan fuerte que llegó a preguntarse si se notarían sus nervios. Pablo estaba aún más nervioso y excitado que ella.

Cuando Bea llegó al baño, tuvo que tranquilizarse y respirar su silencio. Se lavó las manos, se miró al espejo y se quedó sorprendida, porque por primera vez se sintió bella. Ya no le importaban sus tantos kilos de más. Pudo verse como en realidad era: un ser hermoso de luz. Acarició su pecho por encima de la blusa y se gustó, pues lo que sentía era lo que tenía que sentir: sentirse en paz, admirada y deseada. Nunca se había permitido esas emociones y todo por miedo al exterior, miedo al traje de carne que

llevaba. Siempre se había juzgado como si no fuera una mujer atractiva, como si nunca pudiera ser deseada. De pronto supo que ese desconocido había entrado en su vida como por arte de magia para ponerlo todo patas arriba, para desarmar todo y volver a unirlo en algo maravilloso para ella. Bea se preguntaba si, quizá, esto sería un milagro o acaso sería un sueño.

Tenía que salir del baño y volver a la mesa con Pablo, volver a sentirse admirada y deseada, pues ella sabía que él la estaba esperando. Se secó las manos y volvió junto a él. Nada más entrar de nuevo en la cafetería, mientras andaba por el pasillo, pudo sentir cómo él la miraba disimulando. Ella se tomó su tiempo para llegar a la mesa, fue lentamente; quería a largar el trayecto desde el baño hasta donde Pablo la estaba esperando, porque eso la hacía estar más excitada.

—Bea, ¿ya estás lista? —le dijo al tenerla cerca—.

Mira, ¿pedimos otro chocolate? Este está frío. —Vale, me apetece —le contestó—.La verdad, me
apetece seguir hablando contigo.
Estaba muy a gusto sentada con Pablo. Lo observaba atentamente y disfrutaba mirando su linda cara, disfrutaba de todo su ser, sabía que «sería él».
—Puesa mí también me apetece seguir aquí contigo —le dijo Pablo. Y mientras hablaban y hablaban, las horas pasaban, sentados cada uno al lado de dos chocolates que ya estaban fríos, pues eso era lo que menos les importaba, ese era el pretexto. Dejaron los chocolates a medias, el caso era seguir en ese estado de felicidad y excitación que estaban sintiendo. Ambos sabían que sentían lo mismo, eran espejos, eran el mismo, el uno para el otro.

6. El beso

—¡Uy! Se me ha ido el santo al cielo. Me tengo que ir —dijo Bea. Todo había pasado muy deprisa y ambos tenían que marcharse, no les quedaba otra.

—¡Anda! Eso me pasa a mí. Tengo que volver al trabajo y luego a mi casa.
Ninguno de los dos habló de sus respectivas vidas personales. Para ambos lo mejor era callar y dejar en manos del destino lo que tuviese que pasar.
—Bueno, Bea, esta vez te invito.Para otra vez te toca a ti —le dijo antes de que todo acabara, así se asegura- ba de que tendría un segundo encuentro con la chica. Ella lo aceptó, pues también sabía que así tendría otra oportunidad de verlo.
Se levantaron despacio, como si se hubiesen quedado pegados a la silla. Ninguno tenía ganas de marcharse. Bea miró por la ventana: parecía que ya había dejado de llover. Pablo, mientras tanto, observaba cómo ella miraba y con los ojos se la comía. Ella sabía que Pablo la estaba mirando y eso la excitaba aún más.
Bea sentía que él no se fijaba en sus carnes y eso era nuevo. Ella siempre había tenido un complejo con su talla. En el colegio, cuando era niña, se burlaban de ella y su madre le tenía que hacer la ropa, pues nunca encontraban talla para ella. Tanto Bea como su madre lo pasaron mal en aquella etapa de su vida, en la niñez y juventud. No tenía amigas y mucho menos novios. Pero esta vez Bea sentía que este hombre guapo y elegante solo se fijaba en ella.
Recogieron los abrigos, el paraguas que Bea llevaba y salieron a la calle para volver a sus trabajos.
—¡Anda! —dijo ella—. Si está otra vez lloviendo. Voy a abrir el paraguas, no quiero mojarme.
En realidad, a Bea no le importaba mojarse, lo que había pensado era que, si abría su paraguas, él se refugiaría junto ella. Y así fue. Aunque parecía que ya no llovía, Pablo pensó que le venía de maravilla cobijarse bajo un paraguas junto a ella. Eso pensó y, como nuestro pensamiento crea nuestra realidad, y este pensamiento lo tuvieron los dos, así pasó.
—Podemos compartir el paraguas. ¿Te parece?

Así fue como Bea ofreció su refugio y Pablo le correspondió con otro ofrecimiento:
—Estupendo. Si quieres,vamos a mi coche y te acer- co a tu trabajo. ¿Te va bien?
Lo que más deseaba Pablo era estar muy junto a ella.
—Perfecto.Muchasgracias—aceptó, encantada de alargar un poco más ese momento.
Bea sujetó el paraguas con ambas manos y Pablo pasó la mano por su cintura. Cuando Bea notó su abrazo, volvió a sentir esa sensación de calor por todo su cuerpo que la hizo estremecer. Con esa emoción Bea no articulaba paso y Pablo, con el pretexto de la lluvia, también puso una mano encima de las manos de Bea. Con este gesto la protegía del frío. La lluvia era un mar de pretextos para que pudieran tocarse.
—Mira, Bea, te cojo así, para que no se te enfríen las manos. ¿Te parece bien?
Ella lo miró fijamente a los ojos, pues frío no tenía, estaba ardiendo de emoción, tenía fuego en todo su cuerpo y no quería que ese instante terminara por nada del mundo. Pablo también la miraba con el mismo pensamiento.
La lluvia, mientras tanto, caía cada vez más fuerte y Pablo apretó apasionadamente la cintura de Bea, aquella maravillosa cintura que, aunque no podía coger entera, era lo más bello que nunca había visto. Entonces, Pablo deslizó la mano que tenía en el paraguas suavemente hacia la cara de Bea. En ese instante, él no controlaba su mano, que se fue escurriendo lentamente hacia el cuello de Bea, como si su mano tuviese vida propia, andaba a su antojo y el antojo era seguir unidos. Con esa lluvia cada vez más intensa, los pies de ambos ya estaban mojados, pero a ellos no les importaba. Cuando Pablo tocó su cuello, no pudo contenerse, se miraron y, lentamente, muy lentamente, la estrechó junto a su pecho. Ella se dejó abrazar y unieron sus cuerpos. Bea pudo notar que el cuerpo de Pablo ardía, y Pablo notó también como ardía el cuerpo de Bea. Despacio, acercaron los rostros. Pablo le besó la frente; Bea buscaba los labios de Pablo. Por un momento, él siguió besando su frente, pero poco a poco fue bajando su cara y, con la mano que tenía en el cuello de

Bea, acercó la suya. Se miraron, aunque apenas podían verse, pues sus rostros estaban muy cerca uno del otro. Pablo soltó la cintura de la joven, cogió su cara, acercó sus labios a los de ella y, cuando los labios casi se tocaban, se detuvieron. Ella soltó el paraguas y la lluvia empezó a caer en sus caras. Entonces sí, se besaron. Dejaron que les embriagara el deseo, que los desbordara una pasión loca. Se quedaron inmóviles, sintiendo ese beso con todo su ser.

El paraguas en el suelo voló arrastrado por el viento. Ellos, empapados en el agua de la lluvia, siguieron besándose, disfrutando de ese momento que la vida les había regalado. Un regalo del universo.

Al cabo de ese tiempo de amor —por llamarle de alguna manera, ya que eso era pura pasión y deseo—, separaron sus cuerpos. En ese momento, ignoraban lo que se les avecinaba. La vida, el destino trae… ¡Sepa Dios lo que trae! ¿Lo mejor? Pero ¿lo mejor para quién? Como fuese no importaba, solo importaba la pasión del momento.

Después del hermoso beso, completamente mojados, buscaron el coche. El paraguas había desaparecido, cosa que poco afectó a la pareja, hasta les vino bien.

Al subir al coche, empapado, Pablo se dio cuenta de que dejarían los asientos llenos de agua y hasta eso perdió toda importancia. «Ya se secarán», pensó.

—¿A dónde te llevo, Bea? —Fue todo lo que pudo decir. No articulaba más palabras, se le había acabado todo el repertorio. No se avergonzaba de lo que acababa de pasar, solo que no tenía ganas de hablar. Quería abrazar el silencio en compañía de Bea.

—Mira, Pablo, llévame a la calle Goya número 8.

—Pues yo trabajo en la misma calle que tú, mira por dónde.

Las casualidades de la vida no paraban de asombrar a la pareja: parecía que estaban destinados a seguir juntos, por designio del universo o porque sus mentes así lo estaban gestionando. ¿Tendrían que seguir o no?

Llegaron al número 8 de la calle Goya. Pablo paró el coche y, mirándose a los ojos, ninguno de los dos sabía qué decir. Bea apretó sus piernas: pensaba que se le notaba la excitación que aún llevaba dentro y no quería que Pablo se diese cuenta. Intentaba disimular

sin saber muy bien por qué ni para qué.
El silencio entre los dos parecía que estaba consensuado, era como arte de magia, lo que sentía uno, lo sentía el otro.
Bea descendió del coche, mojada por la lluvia y, mirando a Pablo, no supo qué decir.
—Adiós, Pablo —pronunció al fin y en seguida pensó qué horrible le había sentado decir adiós cuando, en realidad, lo que quería en ese instante era decir «te amo. Quiero verte ya». Pero ¿por qué decirle «te amo» a un desconocido? ¿Por un beso? «Anda, anda. ¡Qué locura! ¡Tan loca, tan exagerada!», se decía Bea.
También Pablo le dedicó «un simple adiós» cuando su necesidad imperiosa era decirle «quiero más, quiero pasar mi vida contigo, me muero por ti».
Pablo se marchó nada lejos, pues el número de su empresa, en la calle Goya, era el 10: estaban uno al lado del otro. Tan cerca y nunca se habían visto.
Por fin, Pablo llegó a su trabajo, al que por poco no regresa. Estaba completamente mojado, pero, afortunadamente, nadie hizo preguntas. Se sentía incómodo con la ropa mojada, pero pensó que la mañana había merecido la pena. Ahora solo le quedaba secarse y que llegase la hora de irse a casa. «¿A casa?». El pensamiento lo sobresaltó y volvió a sumergirse en un mar de dudas. Con 48 años, vivir una experiencia de alguien de 20, y con una joven tan hermosa, y ¿cómo se había olvidado de Marina, así como así, en media mañana? También se le llenaba la cabeza con dudas sobre la edad, pues no se la había preguntado a Bea. Y, peor aun, no le había pedido su número de teléfono. «¡Madre mía! ¡Qué fallo! Estoy hecho un lío».

7. ¿Qué ha pasado?

Llegó la hora de salir del trabajo. De regreso a casa, Pablo pensaba y pensaba y solo tenía una cosa en claro: no le iba a decir lo ocurrido a su esposa. Lo que le había pasado no era algo normal, por supuesto que no, pero había sido maravilloso. Qué iba a contar

si ni tan siquiera él se lo creía, había sido un sueño loco y eso era todo para él. «Beatriz… ¡qué bello nombre!», se dijo y en seguida se reprochó: «Tampoco me voy a pasar, que el nombre de mi esposa también es bello». Al principio, nada más conocer a Marina, le encantaba. No quería exagerar las emociones por un momento de pasión.

Pablo necesitaba de alguna manera lavar su consciencia, quitarse de encima el sentimiento de culpabilidad. Pensando así llegó a su casa, aparcó el coche y pasó dentro con su maletín negro, como era costumbre.

—¡Hola, Marina! ¿Cómoestás? —lepreguntó mien - tras se descalzaba en la puerta de la entrada. Ojalá junto a los zapatos pudiera dejar sus dudas.

—Muy bien, cariño —le respondió Marina y agregó sorprendida—: ¡anda qué mojado te veo! Claro, con esta lluvia… Pero ¿te ha pillado el coche muy lejos de tu oficina? Estás tan mojado…

—Pues sí, esta vez, fíjate qué mala suerte, con esta lluvia he tenido que aparcar lejos. Pero no estoy tan mojado, solo lo parece.

Pablo no sabía cómo mentir a Marina, eso no le gustaba, pues él amaba a su esposa. Eran tantos años juntos, primero como novios y después de casados y nunca, en tantos años, le había mentido así. Pero pensó que esta vez merecía la pena. En verdad, él no había buscado nada, todo había llegado así, sin pedirlo… Con estos pensamientos trataba de justificarse, pero en realidad, se sentía mal.

Mientras tanto, Marina preparaba la mesa, pues esta noche le tocaba hacer la cena a Pablo; ese era el acuerdo de reparto de tareas de la casa: esa semana, cocinaba Pablo y Marina limpiaba y se ocupaba de la mesa.

—Cariño, ya está lista la mesa.Te dejo la cocina para ti solito —le dijo dándole un beso. Al recibir ese beso de Marina, sintió algo que

llevaba tiempo sin vibrar de esa manera con ella: sintió pasión y se dejó llevar por ese sentir. Pablo la tomó de la mano, tiró hacia él con fuerza, la cogió de la cintura y la besó apasionadamente. Marina se entregó al momento, pues llevaban ya tiempo sin dejarse arrastrar salvajemente. Se besaron en un beso que no tenía fin y Pablo empezó a acariciar todo su cuerpo: era tan bello… Y esa mañana, por un instante, él se había olvidado de ella.

Marina comenzó a desabrochar su camisa y Pablo se puso nervioso por ese desenfreno; él le quitó los zapatos y besó profundamente sus pies. Quería más; la cena ya no le importaba. La miró a los ojos y se dio cuenta de que aún sentía una loca pasión por su esposa, aunque el embarazo (tan deseado por ella y tan rechazado por él) era un punto de desencuentro. Pablo volvía a sentir la pasión de siempre con Marina, pero sabía que el detonante de esto era, en realidad, el encuentro de aquella mañana con Bea: aquel beso bajo la lluvia lo había encendido de nuevo.

Marina, llena de pasión, se dejó amar. Tampoco le importaba ya la comida y, despojada de las barreras que les impedían llegar a su verdadera pasión, es decir, sus ropas, sus sentimientos se desbordaron. En realidad, para Marina la pasión no había terminado, solamente que la monotonía, las cosas de la vida, la habían enfriado, cuestiones de la edad y del tiempo. En ese momento, sintieron que volvían al comienzo de su relación, a esos años de pasión y lujuria y se entregaron a esa emoción tumbados en la alfombra, entre la cocina y el salón. Pablo pensó que eso era, entre otras cosas, lo bueno de no tener niños, que en casa podían hacer lo que quisieran, cuando quisieran. Así, tumbados en la alfombra, se miraban y se comían con la mirada, asombrados por esa explosión de verdadero amor.

Marina era ajena a la historia fugaz de su amado Pablo, pero ella también ocultaba algo en su corazón. En ese momento de locura con su esposo, disfrutó al máximo y pensó: «¿Será que nuestro amor no

está en el olvido?». Porque Marina llevaba tiempo pensando que su esposo ya no la miraba como antes, tenía dudas, por eso ella...

Al terminar la «cena de amor», acabaron en el sofá, comiendo algo frío y con caras llenas de felicidad.
Mientras tanto, Pablo pensaba qué sería de Bea, pues tenía el convencimiento de que el fuego que ella había encendido esa mañana había despertado algo dormido en él. Entonces, Marina lo trajo de vuelta a la realidad:
—Cariño, ¿y si hablamosde nuestro bebé? Como te dije, tengo un mes de embarazo y, si mis cuentas no me fallan, el bebé llegará dentro de ocho meses. Mañana tengo cita con el ginecólogo y podrías venir conmigo. ¿Qué te parece?
—Pues me parece bien. Dime la hora, salgo del tra- bajo y vamos juntos.
Pablo le dijo esto pero, en realidad, no tenía ninguna ilusión por asistir a esa consulta. Tenía que mentir para no herirla y porque lo que acababa de pasar entre ellos había sido hermoso. Lo cierto es que amaba a su esposa, pero seguía sin sentir ilusión por ser padre. Lo único que quería en ese momento era que llegase el día siguiente para ir a trabajar… Bueno, a trabajar o a lo que fuera. Y estas contradicciones lo confundían.
—Estoy cansada, ¿nos vamos a dormir? Mañana la consulta con el ginecólogo es sobre las 12 de la mañana. ¿Sabes? Estoy muy emocionada. ¿Tú no? —le preguntó ella.
—¡Sí,claro!Pero después de tanto tiempo,tengo que hacerme a la idea. Dame tiempo. Eso de pañales, me cuesta algo —comentó él con un atisbo de sinceridad.
—No te preocupes, amor, ya verás que será emo- cionante tener nuestro bebé —le dijo Marina, muy conmovida, aunque la embargaba alguna duda, pues lo de la edad también a ella le daba miedo, inseguridad. Pero Marina sentía que todo saldría perfecto, era tanto el deseo que descartaba cualquier sensación de peligro.
—Bueno, espero que después de tanto tiempo todo salga bien—le d ijo Pablo en clara referencia a la cues- tión de la edad, pero sin mencionarla abiertamente.

—Sé que saldrá bien. Eso sí, Pablo, tendremos que posponer esos viajecitos que teníamos programados — dijo Marina con risitas, quitando importancia al asunto.
—¿Posponer? ¿Por qué? No entiendo —contestó Pablo inquieto al escuchar en palabras de Marina esa idea que le venía rondando la mente todo el día.
—Claro, cariño. Dentro de ocho meses tendremos un bebé y para viajar habrá que esperar unos años hasta que el bebé sea mayor. Por lo menos… seis años, que ya él sea consciente y pueda disfrutar de todo —explicó Marina con convencimiento—, ¿no crees?
—Sí, lo creo, claro —Pablo hizo una pausa, cogió fuerzasy al final soltó—: Pero no lo comparto.Con 48 años, Marina, ya para 50 no comparto dejar de salir y de viajar. Esto tendremos que hablarlo largo y tendido. El bebé está muy bien, pero no podemos dejar de disfrutar y nuestra vida.
—Mira, cariño, Pablo, dejemos esta conversación para otro momento. Estoy cansada, y mañana tenemos trabajo —le dijo tratando de zanjar un debate que no quería continuar—. ¿Vale, amor?
—No, mi amor, no vale, no. Esto es serio —res- pondió él cambiando el semblante y desvaneciendo la intención de Marina.
—¿Qué quieres decir? —preguntó ella.
—Que lo del bebé, no te voy a engañar, me da mie- do, Marina —le dijo Pablo sin poder ya contener su preocupación.
—No te preocupes, cariño. Dios está de nuestro la- do, tú sabes que nos ayuda siempre y el bebé llegará muy bien y estará en nuestras vidas. Siempre lo hemos soñado así, creo que no tenemos que cambiar nada, es algo deseado por los dos —argumentó Marina—. ¿Te parece, cariño?
—Si tú lo dices… Lo mejor es dejar para mañana esta conversación. Ahora lo importante es que estés bien y que mañana las noticias sean buenas para todos ¿Vale? —le dijo Pablo rindiéndose.
—¡Perfecto! Te quiero mucho, cariño —le dijo ella con dulzura.
Marina también era consciente de que la situación no era la mejor, pues ser madre a los 42 años comporta riesgos. No lo decía en voz alta, pero tenía miedo, un miedo que nublaba la alegría de celebrar

la llegada de su hijo o hija. Pero lo deseaba tanto que tendría que arriesgarse.

8. El deseo

Marina y Pablo se fueron juntos a la cama, pero en la mente de Pablo también estaba Bea. El hombre se preguntaba «¿cómo es posible desear a dos mujeres a la vez?». Incluso cuando pensaba que su pasión por Marina había decaído, que ya no la deseaba como al principio, lo que había pasado hacía unas horas en la cocina lo desmentía. No se lo esperaba, había sido algo sorprendente. Constataba que aún sentía amor por su mujer, de eso estaba seguro, y su cabeza se hacía un lío, porque también tenía otra cosa clara: que quería volver a ver a Bea.

Pensó que lo mejor sería dormir y dejar para mañana lo que tuviese que pasar, pero ¿cómo conseguir conciliar el sueño? Si quería ver a Bea tendría que buscarla, pero tenía mucho trabajo y, para colmo, la consulta con el ginecólogo… ¡Uf! El bebé aún no había llegado y ya se acumulaban los problemas.
A su lado, Marina también cavilaba más de una preocupación y se sumergía en pensamientos ocultos, pues ella también tenía secretos que no compartía con Pablo.

Así, finalmente consiguieron dormirse, en ese mar de dudas y preocupaciones del que, por cierto, nadie está exento.

A la mañana siguiente, una mañana radiante de sol en ese frío invierno, se levantaron y desayunaron como si nada. Marina no dejaba de hablar del bebé, de comprar ropita, de preparativos… Y Pablo ya estaba harto. Veía que desde el día anterior su esposa no sabía hablar de otra cosa que no fuera del hijo que venía en camino y a Pablo se le atragantaba el desayuno, pero… tenía que disimular.

—Marina, mejor espera a que vayamosa la consulta y nos cuente el médico. No anticipemos tanto. Mejor, ve más despacio —le pidió Pablo.

—No sé por qué —reaccionó Marina que ya se iba dando cuenta de la falta de entusiasmo de Pablo, aunque trató de restarle importancia. «Es normal, tiene miedo. Es verdad que estamos entrados en años… Lo primero es lo primero: el bebé».

—Bueno, cariño, yo me voy —dijo Pablo. Como siempre, iba hecho un pincel: le gustaba llevar traje, además, lo llevaba muy bien, pues era un hombre elegante y de buen cuerpo—. A las doce, ¿dónde dices que nos vemos? —le preguntó antes de salir.

—Pues muy cerca de tu trabajo, cariño, en la misma calle Goya, en el número 20. —le respondió Marina que, al ver la cara de su marido, le preguntó—: ¿Te pasa algo?

—No, cariño, ¿qué va a pasar? —respondió Pablo mientras por dentro pensaba «Mira qué bien, todo en la misma calle. Muy concurrida la calle Goya. No me lo puedo creer. No tendré que salir de la calle para tenerlo todo al completo».

—¿Por qué esa cara? —insistió Marina.
—Nada, ¡qué casualidad! Está al lado de mi trabajo

—le respondió Pablo haciéndose el tonto.
—Pues por eso te he pedido que vengas. Yo sabía lo cerca que está de tu trabajo, nos viene como anillo al dedo —le dijo ella orgullosa de su buena organización. —Allí nosvemos, cariño, a las12.Seré un reloj —le dijo Pablo sonriendo, aunque le temblaban las piernas sin saber muy bien por qué: si por la idea de ser padre, si por las dudas de que todo fuera a ir bien con el bebé que, al fin de cuentas era su hijo y él deseaba que todo fuera correcto para los tres, o porque la consulta estaba a seis puertas escasas de donde trabajaba Bea, o por lo

menos, donde la había dejado. «¡Vaya tela!», pensaba, sin saber qué le provocaba más temblor, si la paternidad o la posibilidad de encontrarse con la bella joven. Pablo se marchó decidido a no darle más vueltas a ninguno de esos asuntos, pero al buscar aparcamiento en la calle Goya encontró hueco libre justo en el número 8, donde el día anterior había dejado a Bea. «¡Magnífico!», pensó con ironía y, tras una pausa, continuó: «Esto no me puede estar pasando a mí. Nunca hay sitio en este lugar. ¿Cómo es posible que justo hoy venga a aparcar aquí?». Todo apuntaba a «problemas» y eso no le sabía bien, pero también apuntaba a Bea. Aún no acababa de aparcar cuando, a las 8:30 de la mañana, con un frío que pelaba, apareció Bea, radiante, con un abrigo rojo, los labios también rojos, la melena suelta y una bonita bufanda. En un par de segundos, Pablo se percató de todo su atuendo y, por supuesto, de su belleza. Mientras Pablo intentaba terminar de aparcar y de pensar, Bea se aproximó al coche y como no le quitaba ojo, no acertaba a sacar la llave del coche y coger su cartera. Y en eso estaba cuando la escuchó decir: —¡Hola, Pablo! ¿Cómo andas? ¿Sabes? Me alegro de verte.

Bea hablaba entusiasmada, estaba nerviosa, pero muy feliz de verlo.

—Bien,bien—acertó a responder Pablo—. ¿Sabes, Bea? A mí también me alegra verte, es más, lo deseaba. ¡Parece que tenemos el mismo horario de trabajo! —Pues eso parece. Yo comienzo a las 8 y media de la mañana y salgo sobre las tres, aunque a veces me quedo algo más —le explicó Bea.

—Pues… Mira por dónde, yo también. Muchas veces no me doy cuenta y salgo de noche. Pero, como me gusta lo quehago, no mepesa el tiempo—ledijo Pablo, sintiendo cómo aumentaba su euforia al volver a verla. Y allí se quedaron hablando, olvidados de entrar a sus

trabajos. Pablo, como directivo, tenía flexibilidad y no miró la hora. Hablaron y hablaron mientras él no dejaba de observar lo preciosa que estaba. Bea era consciente de ello y eso le gustaba. Con picardía, se desabrochó el abrigo y dejó que Pablo mirase libremente. Él no perdió oportunidad: miraba su vestido negro que, ajustado a su cuerpo, dejaba ver sus grandes curvas. Las medias eran de cristal color negro y los zapatos rojos. A Pablo, loco de emoción, se le había olvidado que trabajaba y,
sin poder evitarlo, le dijo:
—¿Qué te parece, Bea, si tomamos un café? A Pablo ya no le importaba la hora, ni el trabajo. Solo
quería estar con ella.
—Sí, sí, me va muy bien —le respondió Bea, a quien tampoco parecía importarle la hora.
Mientras miraban a su alrededor buscando una cafetería, Bea no perdió la oportunidad de observar a Pablo:
su traje ajustado destacaba a través del abrigo, también ajustado, que llevaba abierto. Pablo se compraba la ropa entallada, pues le gustaba presumir de silueta. Los 48 años le sentaban de maravilla. Bea también se fijó en sus zapatos, relucientes, y pensó: «¡Es perfecto! ¿Tendrá a alguien a su lado? ¿Le harán sugerencias sobre cómo vestir tan bien?».
—Mira, Bea, aquella cafetería está muy bien. Yo he ido muchas veces y los cafés son muy buenos —le dijo Pablo como si en realidad en ese momento el café fuera lo que le importase y a Bea le pasaba lo mismo: solo querían estar juntos.
—De acuerdo. Vamos allá —respondió Bea. Al cruzar la calle, él, en un gesto de caballerosidad, le pasó la mano por la cintura para acompañar su paso y ella se dejó. Volver a notar sus manos, aunque fuese por encima del abrigo, le permitió sentir su calor, pues la pasión traspasaba todos los abrigos. Y así, juntos, cruzaron el paso de peatones: él tan guapo con su abrigo y su traje a medida y ella con su abrigo del mismo color que sus

zapatos rojos, eran una estampa perfecta. Los pensamientos se adivinaban desde lejos, iban en una nube
de algodón… No, en una nube de estrellas, se sentían
en un cielo estrellado.
Llegaron a la cafetería y, como el día anterior, buscaron un sitio alejado del personal. Ninguno dijo nada,
pero, instintivamente, los dos buscaron con la mirada
el lugar más recogido. Al llegar a la mesa, él la ayudó
con el abrigo. Al quitárselo rozó el brazo de Bea y, entonces, sin poder ya evitarlo, Pablo soltó el abrigo en
el sillón, la cogió de la cintura con la mano derecha y
con la mano izquierda cogió su cara tan dulce y poco
a poco, muy lentamente, la besó. Al principio lo hizo
con miedo de las miradas que pudiese haber allí, pero
cuando llegó con sus labios a los de ella, cerró los ojos
y la besó apasionadamente, en un momento de frenesí
en el que no le importaba si la gente de la cafetería los
miraba. Solo quería volver a besarla.
Bea cerró los ojos y relajó los brazos como si se fuese
a desmayar. Quería entregarse, someterse a ese amor desenfrenado. Cuando dejó los brazos completamente flojos, él la apretó más fuerte, sintió el poder de amarla locamente y ella le siguió. Todo fue deseado entre ambas mentes y sus cuerpos así lo manifestaron. Aquello era más que amor: sin que ellos pudieran saberlo aún, sus cuerpos manifestaban algo que estaba por llegar.

9. Pablo y Bea

Después de ese arrebato de pasión, por fin se sentaron y pidieron el café. Entonces, comenzó la conversación inevitable en la que, con alguna que otra mentira, empezaron a conocerse.

Pablo supo que iba a tener que improvisar una historia que fuese creíble y que debería mentir si no quería perder la oportunidad de que Bea se abriera ante él. No se paró a pensar si la mentira era la

forma más adecuada de conocerla y poder intimar con ella. Bea, en cambio, se abrió casi por completo.

—Bueno,Pablo,estoymuyabrumada contus besos. La verdad es que nunca me había pasado algo así y, no te voy a mentir, he pensado toda la noche en ti y deseaba volver a verte. Nunca, en mis 23 años, me había ocurrido algo como lo que ayer me sucedió contigo —dijo Bea mientras para sí pensaba «sentirme deseada, sentirme atractiva… Para mí ha sido como un sueño»—. Como verás, no es que esté… Bueno, ¿cómo decirte? Estoy muy gordita y nunca nadie… —Bea se detuvo justo antesde decir «nunca nadie me ha dicho ojos negros» y prefirió simplemente explicar—:Tengo mi carrera ymi trabajo, en el que tengo algo de responsabilidad… Vamos, que estoy contenta con mi vida laboral, pero solo con eso, con mi vida laboral.

Bea trataba de resumir en pocas palabras su existencia, cómo se había sentido hacía unos años y también cómo se sentía ahora. La joven hablaba y hablaba mientras Pablo la escuchaba atentamente. No quería perderse nada de ella, pues cada vez le atraía más.

—Bueno, en mi vida personal —continuó Bea—, siempre he estado sola por mi obesidad. Nunca me he sentido mirada por alguien como tú lo haces y tanto en el colegio como en los demás centros de estudio, conforme iba creciendo, cada vez me sentía más fuera de la sociedad. Mirarme en el espejo ha supuesto para mí un suplicio. Mis notas eran buenas, pero mi cuerpo, para mí, era feo. Así me he sentido y así lo he vivido. Nunca he tenido pareja. Siento que mi vida pasa en soledad y silencio. Bueno, Pablo, no quiero aburrirte con mis cosas, que la verdad no hablo nunca de ello, pues yo sé que esto es cosa de mi mente.

Mientras la escuchaba y la miraba, Pablo solo veía a una mujer bella, y no terminaba de comprender cómo siendo tan hermosa pudiera sentirse mal y solo ver en su cuerpo esos kilitos de más. Pablo pensó que la vida podía ser realmente cruel con muchas personas cuando,

en esencia, todos somos iguales y meditó también sobre la inutilidad de quedarse con las formas y no con el fondo.

Mientras Bea le contaba su vida personal, que era soltera, que tenía un puesto de responsabilidad en la empresa y que no tenía novio, Pablo pensaba en qué historia le contaría a ella, pues no iba a decirle que estaba casado y esperando un hijo. Tendría que inventar una mentira que fuera creíble y que no le generara gran culpa. Sabía que lo que le contara no sería correcto, pero si le decía toda la verdad no volvería a verla y lo que tenía claro en ese momento es que no quería perderla.

Cuando Bea le comentó que creía en Dios, Pablo se puso blanco. Solo con escuchar la palabra «Dios» se dijo a sí mismo: «¡Madre mía! Encima es creyente… ¿Cómo le digo que soy casado? Verá lo nuestro como pecaminoso». Ella advirtió el cambio de color.

—¿Te pasa algo? Te veo pálido —le dijo. —No, no. Estoy bien —respondió Pablo. —Bueno, Pablo, cuéntame algo de ti: me gustaría

saber quién eres, quién es el hombre que me ha hecho sentir esto que estaba dentro de mí y no sabía. ¿A qué te dedicas? ¿Cuántos años tienes? En resumen, ¿quién eres? Porque, para mí, eres un ser caído del cielo que ha cambiado mi sentir hacia mí misma y hacia mi cuerpo —lo interrogó Bea aprovechando su turno de palabra, pues quería saber todo lo que pudiese de aquel hombre, aunque, en realidad, ella sabía más de lo que aparentaba saber. Bea no estaba ahí por casualidad, estaba por causalidad.

—Como sabes —comenzó Pablo—, trabajo cerca de tu oficina, soy directivo y poco más.
Pablo medía las palabras y hablaba sin querer entrar en detalles. Sabía que, si se extendía más en su presentación, podía cometer cualquier fallo y lo que estaba en juego era seguir conociendo a Bea. Prefería ser comedido, discreto.
—¿Poco más? —le preguntó Bea.

—Bueno,como ves,soybastante mayor que tú,ten- go 48 años—.
Pablo vio la oportunidad de desviar la atención de Bea al tema de la edad, pensando que así evitaría hablar de su vida familiar, pero de poco sirvió. Ella zanjó la cuestión enseguida con un:
—Pero ¿qué importa eso?
—Nada, nada —Pablo tuvo que darle la razón y se echó a reír. La miró dulcemente y le puso carita de no haber roto nunca un plato en su vida. Entonces, Bea continuó:
—Pero ¿estás divorciado o algo así?
La joven intuía que un hombre así no podía estar del todo libre de compromiso y quería saber más. Pablo comenzó a tejer una historia que poco a poco iba cobrando vida y hasta él se la empezaba a creer.
—La verdad… Me casé, sí, pero, aunque vivimosjun- tos, estamos separados. Nuestras vidas ya no funcionan y cada uno hace la suya. Lo tenemos pactado así, como otras parejas. Después de tanto tiempo, figúrate.
¡Vaya mentira que le había soltado! No era una mentira pequeña y siguió aumentándola, haciéndola cada vez más grande, como si le hubiesen dado cuerda para narrar un cuento.
En tanto, habían pasado ya dos horas y ellos seguían en la cafetería como si no tuvieran un trabajo o una vida personal. Para Pablo y Bea solo existía ese momento, ese instante presente. Si continuaban así, a Pablo se le haría la hora de ir a la consulta del ginecólogo, pero en lo último que podía pensar era en que a las 12 debía acompañar a Marina al médico, solo quería estar al lado de Bea.
—Esto suele pasar en muchas parejas, ¿verdad? El tiempo deteriora la relación —comentó ella con total ingenuidad.
En realidad, Bea se estaba dejando engañar, porque ella sabía que Pablo era su amor eterno y se dejó enredar por sus palabras para vivir lo pactado con su deseo del alma, algo que nadie sabría nunca, pero ella sí.
—Pues, sí, lamentablemente, es lo que pasa —con- tinuó mintiendo Pablo.
Las mentiras de Pablo eran enormes, pues no se trataba solo de que su mujer estaba encinta, sino que la pasión entre ellos había

resurgido sin saber por qué. Pero ahora él solo pensaba en estar con Bea y la ocasión le pedía mentir, mentir como un bellaco. Y la mentira en parte le dolía, pero, en parte también, la disfrutaba, ya que Pablo sentía que tendría su «recompensa».
El tiempo seguía corriendo y Pablo ya no solo no llegaría a su cita con Marina y el ginecólogo, sino que no parecía acordarse de su trabajo. Bea tampoco parecía tener prisa por llegar a su trabajo y eso a Pablo le resultó curioso. Él podía excusarse sin muchas dificultades, pero no sabía cómo haría ella. Tampoco quiso preguntarle cuál era su puesto en la empresa, ni en qué empresa trabajaba. Todo eso le tenía sin cuidado, pues solo quería disfrutar de su tiempo con ella, de su presencia.
Bea miró su reloj y le dijo:
—¿Sabes la hora que es?
—Pues,déjame que mire —respondió Pablo al tiem- po que subía un poco la manga de su traje y dejaba al descubierto su camisa blanca y su reloj. Bea se fijó en la muñeca de Pablo que lucía un precioso reloj de plata, pero a ella no la cautivó el reloj, sino el gesto de Pablo al mirar la hora. Ese gesto la hizo vibrar.
—Bueno,yo diría que ya no llegamos a las 8 ymedia al trabajo —dijo Pablo y se echaron a reír.
A Pablo y a Bea solo les importaba seguir uno al lado del otro en ese estado en el que no existía ni tiempo, ni espacio. Pablo no lo sabía, pero se encontraba en un instante perdido del espacio y Bea llevaba las cuerdas.
—¡Qué tarde, madre mía! La una y media. Se nos pasó toda la mañana, fíjate, yo ni cuenta me he dado —dijo Pablo que ni era consciente, ni le importaba la cita perdida con su esposa y el ginecólogo.
—¡Vaya!Pues ya es cuestión de hacer algo. ¿No crees? —opinó Bea.
—¿Algo como qué? —Quiso saber Pablo.
—Como, por ejemplo, comer. ¿Qué te parece? —le propuso ella.
—Pues vamos a comer. Por mí,perfecto —respondió Pablo muy contento y completamente ajeno al resto de su vida.
—Pues ¿sabes qué te digo?Vivo aquí al lado. Si quie- res, pedimos algo, nos lo llevan a casa… quiero decir… a mi casa y comemos. Sin

compromiso, Pablo. ¿Cómo lo ves? —le dijo Bea con una mirada insinuante, cargada de deseo.
«¿Que cómo lo veo? —pensó Pablo—. ¡Lo veo fa- buloso! ¡Qué bien quedarme con ella, en su casa». Y mientras pensaba eso, recatado y como un caballero comenzó a decir:
—Me parece muy buena idea, Bea.Me gustaría seguir hablando contigo y el trabajo… ya, mañana…
En ese momento Pablo ya no pudo contenerse y le soltó:
—La verdad, Bea, lo que deseo es estar contigo. Me encantaría que comiésemos juntos los dos, solos… Y también, comerte a besos.
Eso era, en realidad, lo que Bea quería escuchar, pues no se quedaba atrás en sus pensamientos. Los dos se morían de ganas de estar juntos a solas. A pocas horas de conocerse, ardían en deseo.
—Pues pagamos y nos vamos. ¿Vale? —dijo Bea.
—Vale, deja que pague yo —propuso Pablo y llamó a la camarera—. ¡Por favor, señorita! Dígamela cuenta…
Entonces advirtieron que solo habían consumido dos cafés y con dos cafés se les había pasado toda la mañana. «Están locos, pero locos de verdad», pensó la camarera. Pablo pagó y, cuando se levantaron de la mesa, Bea se echó el pelo hacia atrás. Con ese movimiento, a Pablo le llegó su perfume y le nubló los sentidos. Lo había percibido desde la mañana temprano, pero después de tantas horas seguía con ese maravilloso olor… Pablo cerró los ojos, tomó la mano de Bea y se la besó. Necesitaba besarla y no le importaba dónde.
Bea se dejó besar la mano y, de repente, se acercó más a él, lo cogió suavemente de la corbata y también lo besó. Gracias a que llevaba tacones, pudo alcanzar sus labios sin ninguna dificultad.
Pablo no perdió oportunidad y le soltó la mano para cogerla de la cintura y besarla otra vez como el día anterior. Ella lo esperaba y se dejó llevar, pues ardía en deseos de volver a sentir su calor. Y otra vez, en sus mentes, volvieron a desnudarse. Se sentían completamente desnudos y abrazados a esa pasión, tan hermosa y fuerte, que solo ellos estaban viviendo y que los ojos de la gente a su alrededor no percibían.
Terminaron el apasionado beso y recogieron los abrigos. Pablo la ayudó a ponerse el suyo que, por cierto, también olía a su perfume.

Bea miraba a Pablo muy atenta. Le gustaba cómo iba vestido, le gustaba y la excitaba muchísimo.
Al fin, salieron de la cafetería para ir a la casa de Bea.

10. El piso de Bea

—Solo tenemos que cruzar la calle, figúrate, vivo aquí al lado —dijo Bea.
—¿Aquí al lado? ¿Dónde esaquí al lado? —preguntó

Pablo.
—Puesaquí al lado.Túsígueme—le respondió ella con sonrisas.
Pablo no habló, prefirió mantenerse en silencio mientras volvían a cruzar la calle. Cuál sería su sorpresa cuando Bea se detuvo en el número 20 de la misma calle Goya.
—Es aquí—le indicó la joven,que continuaba sonriendo.
—¡Anda! Fíjate qué bien, tan cerca de tu trabajo —le dijo Pablo sin querer decir eso, porque al ver el número 20 recordó la cita con Marina en el ginecólogo.
«¡Cómo se me ha podido olvidar!», se reprochó. En lo primero que pensó fue en Marina, pero, en seguida, su pensamiento se fijó en el baile de números y coincidencias: «trabaja en el número 8 de la calle Goya, en el 10 trabajo yo, y el ginecólogo de mi mujer está en el número 20, donde vive ella… ¿Cómo puede haber tantas casualidades?».
Pablo no daba crédito a sus pensamientos, aunque tampoco se alarmó, pues estaba más concentrado en seguir a Bea.
—Aquívivo —explicó satisfecha—. ¿Qué te parece?
La verdad, lo tengo todo cerca, mi trabajo y mi casa. Bea sonreía y hasta reía, contenta, ajena a la verdadera vida de Pablo. Ella solo podía ver a través de sus

labios, de lo que Pablo le contaba. Se dejaba llevar por sus palabras, por su olor, por su cálida voz… Estaba en un sueño «de verdad», un maravilloso sueño de pasión y no sabía si sería de amor, solo vivía el instante bello que la vida le brindaba y que ella tanto había pensado, lo había sentido, abrazado, y ahora, ahí estaba. «¿Será un regalo de Dios?», se preguntó Bea, pues ella le había pedido muchas veces conocer a un ser como Pablo…
Entonces, Bea pensó que Dios, por fin, la había escuchado. Se convencía a sí misma de que el universo estaba mediando en esta historia, que todo estaba preparado por la vida, que todo esto era parte del plan de Dios para ella.
Pablo se esforzó en seguir el hilo de la conversación: —Mira qué bien, Bea, lo tienes todo cerca. —Pues sí.La verdad, no me quejo —le dijo y volvió a sonreír—.Vamos, vivo en el último piso.Tengo unas vistas maravillosas de la ciudad, ya verás. Hay una terraza acristalada y desde ahí da gusto ver caer la lluvia.
Por lo menos a mí me encanta. El sonido de la lluvia tiene algo maravilloso. ¿No crees? Yo adoro sentarme ahí, cerrar los ojos y pensar… Bueno, más que pensar, sueño… Creerás que soy algo tonta…
Mientras pasaban al portal, Bea y Pablo se observaban, eran cómplices en sus miradas. Sabían qué iba a pasar: en sus pensamientos no había sexo, sino una pasión del más allá.
Entraron al ascensor; Bea dio al número 5 y comenzaron a subir. Durante el trayecto, ninguno de los dos intentó besar al otro, solo subieron los cinco pisos mirándose y acariciándose con la mirada. Por un instante a Bea le brillaron los ojos como si fuese a llorar y Pablo fue consciente de ello. Ese era un estado de Gracia pues, sin tocarse, sintieron una pasión y un disfrute fuera de las barreras de la humanidad.
—Hemos llegado —dijo Bea cuando se abrieron las

puertas del ascensor. Pablo sujetó las puertas con la mano y con la mirada invitó a Bea a salir primero. Fue una mirada dulce que Bea entendió sin dilaciones. Al abrir la puerta de su piso, fue ella quien invitó a Pablo a entrar primero.

Pablo se encontró con un piso lleno de vida y color que le causó muy buena impresión. Olía a incienso y ese aroma impregnaba el aire de pasión. Bea notó que Pablo respiraba placenteramente y se sintió satisfecha: quería que él estuviera a gusto, que disfrutara de todo lo que ella podía ofrecerle.

—¿Sabes, Bea? Me encanta tu casa, tiene algo que no sé explicar, solo te puedo decir que estoy muy a gusto y en paz —expresó Pablo con sinceridad.En aquel hogar se respiraba una paz fuera de lo común, la luz era distinta a la luz normal y Pablo pensó que esa casa no era de este mundo. Pudo advertir que incluso todos sus muebles eran de otra época, muy bonitos, pero antiguos. Le llamó mucho la atención que, siendo Bea tan joven, tuviese ese maravilloso gusto por lo antiguo y glamuroso. El ambiente tenía una vibración que, en ese momento, él no podía descifrar, solo podía percibir que era extraña y, al mismo tiempo, maravillosa. Le daba la sensación de algo ya vivido.

—Mira, ven. Vamos a la terraza que no hace frío. Te gustará —dijo Bea mirándolo a los ojos.

La terraza era completamente acristalada y estaba llena de plantas. A Pablo lo asaltaron olores entremezclados de rosas, pino, romero, geranios… Era un espacio lleno de vida. Allí prepararon la mesa para comer. Pablo llamó a un restaurante para pedir el menú.

—Bea, ¿te gusta la comida china?

—Sí, sí. Me gusta mucho. Suelo comer mucha comida china —respondió entusiasmada.

—A mí también me gusta. Voy a pedir—anunció Pablo. —Perfecto, voy a ver qué bebidas tengo… —co-

mentó ella.
—¿Te gustan laspastas, carnesy pescados? —Volvió a preguntar Pablo.
—Me gusta todo menos la carne —le respondió la joven.
—Bien, pido dos menús sin carne —decidió Pablo. Mientras tanto, Bea fue a ocuparse de la bebida. Tenía varios vinos y no sabía cuál poner, quería que fuese el mejor, pues deseaba que todo estuviera perfecto para la ocasión. Buscó y rebuscó y, al final, se decidió por el primero que había visto. Estaba nerviosa y no atinaba. Pablo estuvo de acuerdo con la elección y comentó: —A mí me gusta todo, hasta el agua.
Con esa pequeña gracia intentaba romper la tensión que se estaba acumulando en el ambiente. Quería hacer de la comida un momento relajado, pero las emociones inundaban los pensamientos y generaban tensión.
Mientras ella preparaba el vino, él miraba el paisaje por los cristales y, de reojo, la miraba también a ella. Sentía una pasión desenfrenada, pero, como un caballero, tenía que contenerse. Pensó que ambos se merecían algo más tierno que lanzarse al vacío o abalanzarse sobre ella como estaba deseando.
Mientras servía el vino, Bea sentía que lo deseaba. Nunca había tenido ese instinto de pasión y, en parte, la asustaba, porque creía que estaba cometiendo un pecado. Sin embargo, en ese momento, iba a permitirse pecar. ¡Qué narices! Decidió dar rienda suelta a su deseo y dejarse llevar: «Me permito pecar», se dijo a sí misma. «Me permito desearlo porque me da la gana», se repitió una y otra vez. Su mente no la dejaba en paz, estaba harta de tanto castigarse en la vida, de no ser ella misma pues, a sus 23 años, quería, por fin, conocer el placer. En la terraza, Pablo tampoco podía parar de pensar, también tenía la cabeza loca, porque él debía lidiar con la culpa. Había dejado tirada a su esposa en la consulta del ginecólogo y ahora estaba en ese edificio, en el número

20, pero visitando a una joven.
Bea se veía frente a una oportunidad que nunca había tenido: conocer el amor, que en ese momento era su Dios. Detendría los juicios y se permitiría sentir. La vida le había traído lo que ella llevaba años soñando y, ahora, no podía arruinar todo con prejuicios. «Voy a vivir y a dejarme amar», se dijo.
Bea siempre había tenido complejos por su cuerpo grueso y también creía que Dios la juzgaría. En realidad, no era Dios quien la juzgaba, sino ella misma.
Todo estaba en su mente, que respiraba la densidad de unos pecados que no existen. Durante tanto tiempo Bea se había privado de sentir tantas cosas que ese día se permitiría todo. No sabía por qué, pero algo le decía que debía incursionar en nuevos aspectos de la vida y dejarse de tonterías sobre su cuerpo gordo, de posibles habladurías. Era el ego el que le llenaba la cabeza de culpas, de terrores que la paralizaban y que hasta ese momento no la habían dejado disfrutar de la vida. «Hoy —se dijo— me permito sentir, me permito dejar de juzgarme y me permito amarme por completo».

11. La pasión

Mientras Bea lidiaba con las botellas de vino y con su tormenta de pensamientos, Pablo, después de ordenar la comida, se quedó en la terraza disfrutando del perfume de las plantas. En ese instante comenzó a llover. La lluvia caía en los cristales con un sonido maravilloso, un sonido que despertaba la vida y que lo invitó a dejar volar su imaginación, sin pensar en la culpa que le sobrevendría. La lluvia era cada vez más intensa y, absorto en su sonido y en los aromas del lugar, sin darse cuenta, con la mano derecha se fue quitando lentamente, con suavidad, la corbata.

Bea había llegado a la terraza y se quedó paralizada, observando a Pablo sin decirle nada, pues no quería perderse ni un detalle de la estampa que tenía delante. Pablo, ajeno a que estaba siendo observado por Bea, fue tirando de su corbata hasta que se la quitó y la dejó caer encima de un sillón de madera blanca con unos grandes almohadones rojos y al hacerlo se sintió más libre. Bea sujetaba las copas de vino y admiraba ese amado sueño de locura. No podía creer que fuera tan bello. Bea bebió un sorbo de vino y se desabrochó un botón de la camisa. Sin darse cuenta de lo que hacía, se terminó la copa de vino. Tuvo que apretar las piernas porque en ese momento pensó que llegaría al éxtasis. Aún inconsciente de sus actos, comenzó a beber de la otra copa, la que se suponía que era para Pablo.

Bea observaba a Pablo apoyada en la cristalera que daba acceso a la terraza. Él continuaba mirando la lluvia, pensativo. De repente, se llevó las manos a la cabeza mientras se preguntaba qué hacía allí.

En ese momento, se oyó un trueno que lo sacó de sus cavilaciones. Bea, sobresaltada también, dio un pequeño grito y Pablo se volvió a mirarla. La vio tan hermosa…

Se escuchó otro estruendo, pero esta vez no era un trueno, sino el timbre de la puerta que anunciaba que había llegado la comida. Pero estaban los dos tan absortos en sus sueños, anticipando lo que iba a suceder, que no se enteraban de la realidad. ¿O tal vez, la verdadera realidad era la que ellos estaban viviendo? En la mente de ambos se proyectaba una película que era idéntica, veían el mismo cortometraje.

El primero en reaccionar fue Pablo:
—La comida ha llegado —dijo de pronto. —¡Ah, sí! Voy a abrir —se apresuró Bea. No quería

dejar al repartidor esperando en la entrada.
—¡No, deja, Bea! Voy yo y pago, puesquiero invitarte. Pablo quería

ser el que invitara a ese evento tan especial y no iba a dejar que ella pagara nada.

—Vale —accedió ella.

La joven que, sin quererlo, se había bebido las dos copas de vino, ya no sentía el tiempo, ahora sí que estaba en las nubes y se dejaba llevar.

Pablo abrió la puerta, atendió al repartidor y recogió la comida. Cuando volvió al salón, Bea seguía apoyada en la puerta de cristal de la terraza, pues ella disfrutaba de la lluvia y allí con el vino se quedó algo entre sueños. El olor de la comida la trajo de vuelta y vio a Pablo. Él dejó las bolsas en la mesa de la terraza, ya que, aunque era invierno, hacía una temperatura muy buena, le extendió la mano a Bea y la acercó a la mesa. Antes de comer brindaron, pero como Bea llevaba ya dos copas de vino, Pablo propuso brindar con agua.

Mientras comían, hablaban y hablaban. Pablo tenía que medir mucho sus palabras si no quería arruinar la historia, pues según su primera versión estaba casado, pero medio separado, aunque vivía en la misma casa que su mujer… Sobre su trabajo lo tenía claro, lo contado era la verdad, era en su vida privada donde había introducido una «pequeña mentira», según pensaba. «Pequeña mentira», así llamaba a la trasformación de su vida privada, y en su mente se justificaba diciéndose que era cosa de la vida. ¿Por qué es tan difícil decir la verdad? Lo que Pablo no imaginaba es que, aun sabiendo la verdad, Bea le habría abierto las puertas de su corazón.
—¿Te gusta la comida, Bea? —le peguntó. —Sí, está muy rica. Yo también suelo pedir esta co-

mida muchas veces y me la traen a casa. Gracias, Pablo, por tu compañía —le dijo ella llena de emoción.

—Gracias a ti, Bea, por tu invitación. La verdad,me ha sorprendido —confesó él.
—¿Por qué? —Quiso saber Bea.

—Pues, soy un total extraño en tu casa… Si lo pien- sas, solo nos conocemos de ayer —explicó Pablo—. ¿No crees que es algo extraño?
—Sí, lo es. Pero no me preguntes qué pasa porque no lo sé.
Bea no sabía explicar cómo había ocurrido todo, pero ahí estaban los dos.
—Pues eso mismo me pasa a mí: hay algo dentro mío que no puedo explicar —le dijo Pablo.
—Solo sé que estoy distinta, estoy muy a gusto a tu lado o, mejor dicho, con tu compañía —concluyó Bea.
—Me pasa a mí lo mismo. Tu compañía me llena el alma y no quiero parar.
Estas palabras de Pablo emocionaron a Bea. Otra vez los ojos se le nublaron con ese cristal llamado lágrimas, no sabía qué decir. Miraba al sillón blanco con almohadones rojos y miraba la corbata que él se había quitado mientras ella lo observaba con sigilo.
Pablo se percató de su mirada. Se levantó, se colocó detrás de la silla de Bea, le puso las manos en su cuello y, suavemente, acercó los labios y comenzó a besarla. Bea no hizo nada, solo se dejó llevar. Entonces, Pablo la cogió con sus fuertes brazos, la puso de pie y la besó apasionadamente. Eso era lo que en verdad deseaban los dos, ambos esperaban esta ocasión. Para Bea era todo nuevo. Para Pablo era pecaminoso y maravilloso, algo bello y morboso, lo era todo, no sabía cómo explicárselo, pues tampoco quería explicarse nada, solo quería vivir esa locura de pasión.
—Pablo, si seguimos, ¿tú crees que nos arrepentire- mos? —le preguntó Bea.
—No, seguro que no —contestó él sin pensarlo mu- cho—. ¿Por qué preguntas eso?
—No sé, no sé.Escomo sino fuera real —dijo Bea.
Algo había en el sentir de ambos, aunque lo callaban, aunque no sabían responderse, se hacían esa pregunta. Pero descartaron los pensamientos y siguieron con los besos y los abrazos. Pablo la abrazaba por la cintura, todo lo de ella le gustaba. Bea estaba encantada. Aunque no sabía si tenía que tocar todo aquello que deseaba y se sentía tímida, la vergüenza que sentía no era ya por su

cuerpo. Es más, por primera vez se sentía a gusto con él: la mirada y los besos de Pablo hacían desaparecer todo rastro de vergüenza por su obesidad. Elsentir de Pablo llegaba a ella con tanta profundidad que le quitaba los complejos de toda su vida.
De repente, Bea se retiró, lo cogió de la mano y lo llevó al dormitorio. Pablo le tapó los ojos con las manos, la besó dulcemente y, agarrándola por la cintura, la llevó otra vez a la terraza. Allí le quitó la blusa. Entonces ella no lo dudó y le fue desabrochando la camisa, poco a poco, botón por botón. Cuando ambos estuvieron sin camisa, él se puso de rodillas y le quito esos zapatos de tacón que tanto le gustaban y comenzó a besar sus pies sin ningún pudor. Ella solo se dejó besar. Luego, se puso también de rodillas, a su nivel, se arrojó a sus brazos y los dos cayeron al suelo. En ese momento comenzó a llover muy fuerte; caían relámpagos que alumbraban toda la terraza; los cristales comenzaron a empañarse; los truenos eran tan fuertes que retumbaban las paredes… Pero ellos seguían en su apasionado momento. Era como si la fuerza de la naturaleza imprimiera más fuerza a la pasión. Pablo solo quería hacerle el amor locamente y Bea sentía lo mismo, pero fueron poco a poco: la lluvia dirigía sus movimientos. Se quedaron un momento tumbados mirando esa lluvia y, cuando reanudaron los truenos y relámpagos, Pablo quiso quitarle a Bea sus medias y ella lo dejó hacer. Pablo se puso de pie y él mismo se desabrochó los pantalones, pero lo hizo muy lentamente, mirándola a los ojos y temblando de pasión. No pensaba lo que hacía, solo lo hacía como si necesitara cuidar a Bea. Y cuando se despojó de su ropa, la cogió entre sus brazos y, de pie, sujetándose en el sillón blanco y rojo, se miraron a los ojos y se fundieron en uno. En ese momento, entre truenos y rayos, hicieron el amor más bello del mundo. Eso pensaron los dos mientras, mirándose fijamente, colmaron su amor. No tuvieron que decir nada, pues se entendieron sin palabras, como si entre ellos estuviera todo dicho desde la eternidad, como si esa eternidad los estuviera esperando. Pero la eternidad no espera, pues es eterna.
«No hay tiempo», así lo sintieron, se sintieron sin tiempo. ¿Cómo se mide el tiempo? Es una pregunta recurrente para muchos. Pablo y Bea no pensaron, solo vivieron esa eternidad. Así, los dos volvieron

a tumbarse en el suelo y entre trueno y lluvia, se arroparon cuerpo a cuerpo. El calor de sus cuerpos sudorosos los protegía del pequeño frío. Y así se durmieron, sin medir ni tiempo ni espacio, saboreando el dulce del amor. En ese momento, por un instante, supieron que el amor es para todos y que, a veces por miedo, un miedo que puede ser paralizante, no se disfruta.
Ellos se dieron ese respiro entre la inocencia de Bea y las mentiras de Pablo, no importaba por qué, solo se dieron ese respiro de paz, ese respiro de amor, ese respiro de disfrute, sin juzgar, solo se lo dieron, porque eso es lo que en ese momento eran: amor. Sin conocerse, entendieron que solo eran uno. Y ese uno es el todo, es un poder y decidieron aprovecharlo. Se durmieron disfrutando de la pasión, el amor y el silencio.

12. La culpa

—Perdona, Bea, ha dejado de llover —le dijo Pablo al despertar—y me tengo que marchar.

—¡Puf! ¡Vaya! No quiero que te marches.Me gustaría que permanecierasmástiempo conmigo… ¡Infinito! —le dijo Bea mirándolo a los ojos. Pablo no podía hablar y Bea notó ese silencio repentino. También notó que algo escondía ocultando sus ojos, mirando hacia el suelo con miedo. Ella no sabía qué podía ser, pero estaba segura de que Pablo tenía un secreto y ella quería descubrirlo. Después de su bello encuentro de amor Bea no estaba dispuesta a perder a este hombre que tanta ternura le había dado, y que con su mirada, aun ocultándola, decía que sentía algo bello, como lo sentía ella.

—Mira, Bea, yo tampoco quiero irme, pero tendré que ir al trabajo esta tarde a recuperar el tiempo que no he ido —le dijo Pablo.

Otra excusa, otra mentira. A Pablo le entró la prisa y la culpa, por eso no podía sostener la mirada; culpa por las mentiras contadas a

Bea y por las que tendría que contar en casa a Marina. La culpa era tan fuerte que comenzó a sentir dolor en el estómago.

—Bea, voy al baño, no me encuentro bien.

Le daba tanta vergüenza que se llevó la ropa para vestirse en el baño.
—Mientras te vistes, te preparo una manzanilla, son muybuenas para el estómago —le dijo Bea—. ¿Te parece?
—No, gracias, no te molestes. Me visto y me voy —dijo Pablo a quien la culpa ya no sabía por dónde brotarle.
—Para mí no es molestia, deja que te cuide, por fa- vor —dijo Bea con carita de pena al ver que Pablo se marchaba. Esas palabras lo conmovieron y Pablo aceptó.
—Vale, me tomo esa manzanilla —dijo, pero más que la manzanilla lo que le apetecía era seguir disfrutando de los ojos bellos de Bea, de la dulzura de su voz. Al hablarle, volvió a sentir la pasión por ella, pero no podía mirarla a la cara, tenía miedo, tenía prisa, tenía de todo menos paz. Necesitaba salir ya de allí.
—Mira,ya está lista tu manzanilla —dijo Bea mien- tras no podía dejar de sentir algo dentro: sabía que él ocultaba algo, estaba segura de ello, pues ella lo sabía todo, aunque no era consciente de que lo sabía.
Pablo tomó la manzanilla y, mirando a Bea, se acercó, le cogió ambas manos, se las besó tiernamente y luego le besó los ojos. La abrazó y se fundieron en ese abrazo. La lluvia, los truenos y relámpagos habían cesado hacía tiempo, la tormenta entera había cesado, como si el universo les hubiera dado un toque de campana. Despacio, Pablo se marchó mientras Bea se quedó en el umbral de la puerta de cristales de la terraza, a medio vestir, oliendo amor y ya con la nostalgia de haberlo tenido en sus manos. Tuvo una fuerte sensación de despedida y, aunque solo se conocían desde hacía un día, sabía que él sentía lo mismo: amor. Era como si la eternidad estuviese hecha para ellos. Bea sabía que volverían a verse, no sabía cuándo, pero sentía todo el cuerpo de Pablo sin tiempo ni espacio. Ella lo esperaría, como se espera al verdadero amor eterno. Miró al

cielo desde su terraza llena de plantas, respiró y suavemente se sentó en su sillón blanco de cojines rojos, cerró los ojos y comenzó a soñar pensando en lo que acababa de ocurrir. Le parecía increíble. Había sido una mañana maravillosa y Bea comenzó a rememorar cada momento acaecido, no quería perder nada: la lluvia, cómo la besaba Pablo, cómo la abrazaba… Todo en él le gustaba, se regodeaba en sus pensamientos y recobraba cada instante, uno a uno, como si no quisiera que esas horas pasadas junto a Pablo se perdieran en el tiempo. Recostada en su sillón, su mente se esforzaba por recrear cada instante: todos y cada uno de ellos le parecían un milagro de amor. Tampoco podía evitar preguntarse si Pablo sentiría lo mismo.

Así, se quedó dormida, en el sillón blanco y rojo, donde aún seguía el perfume de Pablo y el aroma del amor de ambos.

Cuando Pablo se subió al coche, evidentemente, no se fue al trabajo, pues no trabajaba por las tardes más que en casos excepcionales, como reuniones o cosas así. Ahora, además de las mentiras que le había contado a Bea, solo, en su coche, de camino a casa y ya sin la compañía de la lluvia, a ver qué le contaría a Marina, no solamente por no avisar para la comida, sino por haber faltado a la cita con el ginecólogo. Le carcomía la consciencia y, por mucho que pensaba, no encontraba una mentira en la que escudarse. Pablo y Marina, hasta el día anterior, siempre se habían contado todo, pero desde ayer las cosas habían cambiado. Ya no le dolía el estómago, ahora le dolía la cabeza de tanto pensar. Los dolores iban cambiando de un lado al otro de su cuerpo y se preguntaba si sería mala suerte o un castigo de Dios.

«¡Pero qué castigo ni qué ocho cuartas!», se dijo para a sus adentros. Pablo no pensaba en Dios como un ser castigador, sino como un ser de luz y bondad, así que decidió hablar con él:

—Dios, sé que no es correcto lo que he hecho… Lo que sigo haciendo, pero entiéndeme, ha surgido así la cosa, yo no lo he buscado. Tú me conoces y sabes que es verdad lo que te digo… Mira, a ti no te puedo engañar: me gusta mucho Bea, no sé qué tiene, es como si la hubiera amado desde siempre… Pero, lo sé, estoy casado, y amo a mi mujer. Y luego, está lo del bebé… Algo ha

pasado conmigo, que estoy del revés, es como si no… No sé cómo decirte, pero tú eres poderoso y sabes muy bien lo que te quiero decir, porque ni yo sé lo que siento. ¿No me habrás puesto tú a Bea en mi camino? Bueno, no sé qué te digo. Y no sé, Dios, si te hablo, no sé si me escuchas, pero lo hecho está hecho, no puedo volver atrás… Y aunque tengo este cargo de conciencia, no me arrepiento de las horas pasadas con Bea. Creo que tú me has dado este tiempo, no me digas que no, no quiero hacerte culpable, pero… ¿Me la has puesto en el camino, verdad? —ledijoPablo a suDios—.Bueno, ya no sé lo que digo. Estoy hablando con Dios y trato de echarle las culpas a él.

Mientras hablaba con Dios y consigo mismo, Pablo seguía conduciendo y, sin darse cuenta, llegó a su casa. «Madremía —pensó—, y yo hablando con Dios… Me estoy volviendo loco. ¡Hombre! ¡Para eso está mi mejor amigo!».

Pablo aparcó su coche y, conforme subía las escaleras de casa, le temblaban las piernas. Ahora le dolía todo, el estómago, la cabeza, las piernas… Despacio, Pablo abrió la puerta de su casa. Ya era muy avanzada la tarde. Se descalzó al pasar dentro, dejó su maletín y dijo:

—¡Cariño, estoy en casa! ¡Y no sabes lo que me ha pasado, no te lo vas a creer!

Ni él tampoco se lo creía, pues aún no tenía la excusa o mentira perfecta. Y lo peor de todo era que Pablo se había convencido de que todo había sido un plan de Dios. Con ese convencimiento, pudo diluir el miedo y coger fuerzas para dirigirse a su esposa. «¡Que narices! —pensó— todo esto es una maniobra de la divinidad. ¿Para qué? Bueno, no lo sé, pero… Luego cuando estemos a solas te pregunto cuál es tu plan. Así que las mentiras que le diga a Marina no son mentiras gordas», se dijo y sonrió.

Marina no contestaba. Pablo fue a la cocina, vio la comida encima de la mesa, fría, por supuesto, cuando de repente, Marina llegó por detrás.

—Cariño, ¿qué te ha pasado? —le preguntó y, sin dejar que respondiera, lo abrazó y le dio un beso, un beso apasionado y se quedó abrazada a él llena de alegría.

Pablo no daba crédito a lo que estaba pasando, su mujer estaba contentísima, y él no entendía nada. Había pedido a Dios que le echase una mano y vaya si se la echó. Estaba del revés y no sabía qué decir; así pues, dejó hablar a Marina, que es lo que ella quería y pensó: «tal vez Dios ve que no me falta razón».
—A ver, Marina, te explico —comenzó Pablo, que ya iba forjando su protesto, pero Marina lo interrumpió.
—Estoy loca de contenta, ¿sabes? El ginecólogo me ha dicho que estoy muy bien y que estoy de un mes, es decir, más o menos para junio o julio, no es seguro aún, seremos padres. ¿Ves, cariño? Todo perfecto. ¡Es maravilloso! ¡Dios nos ha bendecido!
Marina no paraba de hablar y no atendió a la excusa de su marido. Estaba tan contenta que no le importaba que Pablo no hubiese ido a la cita con ella, tampoco le importaba que no hubiese ido a comer… No le importaba nada, excepto su embarazo. Marina también estaba agradecida a su mejor amigo y confidente, Dios. Así, ambos tenían a Dios como comodín. ¿Qué pensaría Dios de todo esto? El caso es que ella tenía lo que quería y él también: no tener que decir más mentiras. Lo que Pablo le pedía a Dios era que lo ayudara a resolver el problema sin mentir ni hacer daño.
—Me alegro de que todo esté perfecto yde que estés feliz — le dijo a Marina. Él estaba loco de contento, pero por cómo había salido todo. Pensaba: «Gracias, Dios. No comprendo cómo lo has hecho, pero te ha salido redondo».
No obstante su alegría y alivio, Pablo se quedó pensativo. ¿Lo habría escuchado Dios? ¿Cómo los había podido contentar a los dos queriendo cada uno una cosa distinta? Porque Marina también llevaba su petición a Dios. El matrimonio estaba en contacto con la misma empresa, con la divinidad, y cada uno le pedía una cosa distinta. Se trata de una empresa muy seria y que siempre escucha, escucha detrás de cualquier rincón, escucha detrás de las magias del amor; al fin y al cabo, Él es Dios, es la divinidad en cada uno de nosotros.
Satisfecho porque todo le había salido bien, Pablo se preocupó por la cuestión de volver a ver a su amada. Desaparecido el dolor de estómago, de cabeza y la culpa, ahora solo pensaba en ver otra vez

a la chica de zapatos rojos, con su sillón blanco de almohadas rojas, solo quería tener otra vez un encuentro de amor.

13. Sorpresa

Aliviado, Pablo sintió renovados deseos de estar con su mujer y juntos prepararon una velada para celebrar que todo estuviera perfecto con el embarazo. La noticia lo merecía, ya que era un riesgo para Marina ser madre primeriza con 42 años y Pablo, consciente de ello, tenía que apoyar a su mujer y darle mucho amor, pues él amaba mucho a Marina. Pablo amaba a las dos mujeres: a una, por todos los años compartidos de amor y, a la otra, por toda una eternidad en una terraza con truenos y relámpagos. ¡Caramba!

¡Qué afortunado era! Y, además, tenía a Dios de su parte. De lo que Pablo no era consciente era de que los tres, él y las dos mujeres a las que amaba, tenían el mismo cómplice. La vida es así, da lo que se le pide. Los tres pedían a Dios su deseo, lo sentían y lo hacían realidad —¡vaya si lo hacían realidad!— sin saber que ellos mismos eran los fabricantes de sus hazañas.

—Cariño, vamos a celebrarlo juntos a la luz de las velas — propuso Marina mientras servían la cena—. ¿Qué me decías? ¿Por qué llegaste tan tarde?

—¡Ah! Nada, tesoro. Solo cosas del trabajo, ya no importa — salió al paso Pablo. Pensó que algún día todo saldría a la luz: sus miedos sobre la paternidad y sus mentiras sobre el trabajo, pero en ese momento prefirió detener los pensamientos: «Voy a dejar de pensar. Mejor, voy a preparar la mesa y cenamos en paz, ya que ella no se ha molestado porque no haya estado en la consulta ni porque no he venido a comer… No lo entiendo… ¿Será que ya solo quiere al bebé? Antes de llegar a casa ya se pone el primero de la fila. ¡Pues vaya con el niño!».

—¿Sabes, amor? —lepreguntó Marina cambiando de tema—.Me he comprado algo que te va a gustar.Me lo pondré ahora para la cena. Te van a dejar muerto, pues sé seguro que serán de tu agrado. Los he comprado para una ocasión de celebración como es esta.

—Bueno, cariño, si tú dices que me va a gustar, así será. Siempre tienes sorpresas para mí, aunque yo a mi edad ya prefiero estar tranquilo —opinó Pablo y se echó a reír con una risa falsa, pues él sabía a lo que se refería: ya no quería más sorpresas como la noticia del bebé. La edad le pesaba, pero no porque se viese viejo, sino porque no quería atarse a una responsabilidad.

—Pablo, ¿decías algo? —le preguntó Marina dete- niendo su paso.

—No, ¡qué va! Hablaba solo, como los viejos. Se ve que me estoy haciendo mayor —le dijo con una risa sarcástica.

—Si sigues hablando de la edad, al final me vas a preocupar a mí también —le reprochó ella.
—Perdona, Marina, no quiero preocuparte, llevas razón —concedió él que, ante todo, quería verla tran- quila.
Pero lo que en verdad preocupaba a Marina en ese momento no era precisamente la edad. Estaba tan entusiasmada que el hecho de que Pablo hubiera llegado tarde no solo no le molestó, sino que, en realidad, no se había dado cuenta. Marina estaba a lo suyo. Aunque pareciera que caminaban juntos, ambos estaban en caminos distintos, se habían distanciado sin notarlo.
—Mientras terminas de preparar la mesa,yo enseguida vuelvo, ahora bajo —le dijo mientras subía las escaleras en busca de la nueva sorpresa para su marido.
Marina era coqueta y se preocupaba de gustar a Pablo. Se miraba al espejo y sabía que era bella, tenía un cuerpo precioso que estaba a punto de empezar a cambiar, pero eso no le importaba; no tenía miedo de perder su figura, confiaba que en poco tiempo estaría igual de estupenda. Los pensamientos hacia su bebé ganaban a los pensamientos hacia Pablo y se preguntaba si eso sería normal. La

emocionaba tener un ser dentro de sí misma que cada día crecía y crecía y que iba a todas partes donde ella iba.
La voz de Pablo la sacó de su diálogo interno: —¡La mesa está lista! —anunció desde abajo.
—¡Bajo enseguida! La comida está en el horno —le respondió mientras terminaba de preparar su sorpresa.
—¡Mira, Pablo! ¿Te gusta? —le dijo al tiempo que bajaba las escaleras.
Pablo se giró y, al verla, solo pudo fijarse en sus zapatos: eran rojos y ¡caramba! ¡Eran iguales a los que llevaba Bea! Se quedó perplejo…
—¿Qué tal, cariño? ¿Te gusto? —le dijo Marina co- queteando—. ¡Te has quedado de piedra! ¡Me encanta! ¡Menuda sorpresa te he dado! ¿Verdad?
Marina lucía espléndida: llevaba un precioso vestido negro, brillante, con un escote que dejaba poco a la imaginación, pero Pablo solo se quedó en los zapatos. A él se le caía la baba viéndola bajar, perplejo, pero no por lo guapa que estaba, sino por la terrible coincidencia de los zapatos rojos de tacón fino. No pudo dejar de imaginar los pies de Bea en ellos y se quedó tieso mirándola.
La mujer, llena de alegría al ver a su esposo como hacía años, se ilusionó tanto que, faltando dos escalones por bajar, tropezó y cayó bruscamente. Pablo tragó saliva y reaccionando con buenos reflejos pudo cogerla antes de que tocara el suelo. Al recibirla en sus brazos dijo aliviado:
—¡Ya te tengo, Bea!
—¿Bea? ¿Me acabas de llamar Bea? —inquirió Ma- rina con una mirada de mil demonios.
—No, no, no, habrás oído mal, cariño —se excusó y trató de desviar la atención—. ¡Vaya sustos me has dado! ¡Primero aparecer así de guapa y luego el tropezón!
Por dentro, Pablo sentía que su mala consciencia lo traicionaba. Marina, que seguía entre sus brazos, lo dejó pasar y lo besó apasionadamente.
—Te quiero, cariño —le dijo dulcemente a su esposa yera sincero,pues él aúnla amaba—. Debes tener más cuidado.
Pasado el susto, Pablo recuperó el color y se sentó a disfrutar de la

cena, que estaba riquísima. Conversaron animados, pero Pablo, de vez en cuando, estaba ausente, pensando en Bea y repitiéndose que no debía volver a soltar ese nombre.
Después de esa cena entrañable, se fueron a la cama y Pablo tuvo especial cuidado de no fijarse siquiera en los zapatos o volvería a tener el desliz de llamar Bea a su esposa.

14. Más excusas

Al día siguiente, de vuelta a la rutina, Pablo se encargó del desayuno. Tenía prisa por salir de casa. Cómo no iba a tenerla si le tocaba pensar qué excusa iba a poner en el trabajo ya que, por muy jefe que fuera, llevaba dos días sin avances, el último sin siquiera aparecer por la oficina.

—Marina, ¿desayunamos? —apremió Pablo a su mujer.
Terminaron de desayunar y Pablo se marchó como alma que lleva el diablo. Marina no se extrañó, pues muchas veces se marchaba con prisa.
Ya en su coche, los pensamientos de Pablo abandonaron el tema del trabajo y se dirigieron a Bea. Sabía que era sencillo volver a verla, por pura lógica: trabajaban en la misma calle y ella vivía también por allí, muy cerca. Por eso se hizo ilusiones de encontrarla enseguida. Aparcó su coche y se bajó de él mirando para todas partes, buscándola con la mirada.
Antes de decidirse a entrar en la oficina, probó suerte en el café del día anterior. Tampoco estaba allí. Tomó un café para hacer tiempo por si ella llegaba, pero ni rastros de Bea. Al final se fue al trabajo sin resignarse, mirando atentamente por toda la calle.
Al entrar en la oficina, lo recibió su compañero Juan con un sarcasmo:
—Bueno, el señorito. ¿Pero qué te paso ayer, tío?
—Tuve un lío en casa y ni pude avisar —dijo Pa- blo—.Lo siento, pero se me complicó un poco la cosa.
Pablo veía cómo sus mentiras se extendían hasta envolver a sus

amigos.
—Puestuvimosun jaleo bárbaro, te lo perdiste —le comentó Juan.
—Puesnada.Ahora me ponesal día.¿Vale? —con- testó Pablo procurando que no se notara su excitación.
—Mira, Pablo, antesdequellegarasesta mañana ha venido a buscarte una chica, muy guapa, por cierto, algo rellena, pero muy guapa, vamos que tiene un... Tú ya sabes —le dijo Juan con tono algo pícaro.
—¿Ah,sí?¿Y te ha dicho su nombre?—le preguntó fingiendo no saber que, evidentemente, se trataba de Bea. El comentario sobre el físico de Bea le sentó muy mal y tenía que disimular ese malestar al tiempo que se daba cuenta de que sus sentimientos hacia Bea no eran solo sexo, era algo muy fuerte: sintió deseos de darle un

puñetazo a Juan y salir a buscarla. Pablo notaba cómo en su interior estaba naciendo algo muy especial por ella. Quería acribillar con la mirada a su compañero de empresa, pero muy educadamente volvió a preguntar:

—Su nombre. ¿No te lo dijo?

—Sí, sí, hombre, claro: Beatriz. Bueno, ¿qué? ¿La conoces? —Quiso saber Juan.
—Muy poco, la verdad. Luego intentaré hablar con ella —respondió esquivo.
—Pero…¿No será amiga tuya?Tío,parece muyjoven —continuó Juan sin abandonar su sarcasmo…
«¡Joder! A ver qué leches le digo al preguntón este», pensó Pablo y soltó lo primero que se le vino a la cabeza:
—Es una amiga de Marina, del gimnasio.
—Nada, nada. Si te lo pregunto porque como ella ha insistido en saber de ti… Pero lo de la edad era una broma. No te lo habrás tomado a mal, ¿verdad? —le dijo Juan que quizás notaba el malestar de Pablo.

—¡Anda, Juan! No. A mí qué me importan las com- pañeras del GYM de Marina. No, tonto. ¡Qué me voy a tomar a mal! —le respondió Pablo haciendo de tripas corazón. Por dentro estaba ardiendo de rabia porque había tratado de «rellena» a Bea y a él, indirectamente, de «viejo». Sin embargo, Pablo debía ser muy cuidadoso con sus emociones, pues su compañero sabía leer el pensamiento: Juan tenía una gran intuición, un buen olfato.
—Bueno, Juan, vamosal trabajo que tengo todo muy retrasado. Luego tomamos unas cañas, ¿vale?
—Bien, tío. Vamos a trabajar.
La jornada trascurrió con normalidad, pero entre papeles y más papeles, Pablo no se quitaba de la cabeza a Beatriz e intentaba trazar un plan para volver a verla. Sin dudarlo, decidió que en cuanto saliera del trabajo iría al piso que, a fin de cuentas, estaba a unos pocos portales de la oficina, en su misma calle.
Tal como lo pensó, cuando terminó la jornada de trabajo salió para el piso de Bea, pero antes quiso llamar a su mujer para avisarle de que tal vez se retrasaba. No pudo contactar con ella y, aunque le pareció muy extraño, no le dio importancia, preocupado como estaba por encontrarse con la joven.
Subió hasta el quinto piso y llamó a la puerta. Llamó y siguió llamando, pero nadie abrió. Insistió un poco más, pero nadie contestó. Pablo se preguntaba para qué había ido ella a verlo al trabajo, si tendría algo importante que decirle, pero se marchó como llegó, con sus dudas a cuestas y sin saber nada de Bea.
Se sentía rabioso, pues no entendía que les costara tanto encontrarse y cayó en la cuenta de que no le había pedido su número de teléfono. Hubiera sido tan fácil así y ahora no tendría que estar buscando hecho un mar de dudas.

15. En busca de Bea

Al día siguiente, nada más despertar, Pablo tenía tanta prisa que ni tan siquiera hacía caso a Marina. Ella hablaba y hablaba solo de un tema: de todo lo que tenían que preparar para la llegada del bebé.

Pablo le decía a todo que sí sin escucharla en realidad y, nuevamente, con mucha prisa por salir hacia la oficina. Otra vez, el trabajo era la excusa, pero la prisa de Pablo se llamaba Beatriz. Había decidido ir directamente a su piso, ya que no lograba pensar en otra cosa que no fuera en esa chica.

Así, antes de que Marina pudiese sentarse a la mesa, él ya había desayunado y estaba listo para salir.
—Pero bueno, Pablo. ¿Ya has terminado? Hoy síque llevasprisa ¿no? —le dijo en un tono entre el reproche y la sorpresa.
—Perdona, Marina, pero hoy tenemosuna reunión muy importante a primera hora y, la verdad, lo había olvidado. ¡Vaya cabeza la mía! —dijo Pablo acelerada- mente—. Lo siento, pero tú lo entiendes, ¿verdad? Me marcho.
—Bueno, por lo menosdanosun beso a losdos—le pidió Marina.
—¿A los dos?¿A qué dos?—preguntó Pablo conlos ojos como platos.
—A mí y a nuestro bebé, cariño —se explicó ella.
—Claro, claro —respondió Pablo y le plantó un par de besos apresurados.
—¿Esque no te acuerdasde que estamosembaraza- dos? —le reprochó Marina, decepcionada y algo molesta por la actitud de su marido.
—Sí, mujer. No pienses mal. Es solo que tengo que llegar cuanto antes.
—Entiendo, pero te noto muy distraído.
—Que no pasa nada,Marina,es que hoyllevo mucho en la cabeza —se explicó Pablo sacando su versión más dulce para apaciguar el reproche.
—Bueno, Pablo, pero el bebé es lo más importante, ¿verdad? —insistió ella para quitarse el sabor amargo.
—Luego hablamos, cariño —le dijo Pablo que pa- recía listo para volar y así lo hizo. Cogió la cartera, el abrigo y salió de casa dejando a Marina con la palabra en la boca.
En su cabeza solo podía pensar en encontrar a Bea. Iba directo hacia el piso de la joven mientras trataba de encontrarle algún sentido a que el día anterior no hubiera podido verla. Cuando llegó a

la calle Goya, aparcó como siempre, pero no entró a la oficina, sino que fue al número 20. No podía aguantar sus ganas de estar con ella.
Todavía faltaba mucho para las 8 y media y pensó que a esa hora Bea debería estar aún allí. Llamó al timbre una y otra vez, pero nadie respondía. En Pablo empezó a brotar cierto enfado: ¿por qué no abría la puerta? ¿Le habría pasado algo? ¿Cuánto antes salía esta joven para llegar a su trabajo? ¿No estaba en casa o estaba y se negaba a abrirle la puerta? Pero ¿por qué haría eso? ¿Tal vez habría sido solo una simple aventura para esta chica? ¿Estaría enferma? A fin de cuentas, sepa Dios quién era en realidad esta joven… ¿Y si no era la persona que había dicho ser?
Estas dudas y pensamientos preocupantes herían el ego de Pablo y hacían crecer en su interior una mezcla de enfado y ansiedad por volver a verla. Necesitaba besarla, abrazarla, volver a ver sus ojos…
Finalmente, se abrió una puerta, pero no la del piso de Bea, sino la del piso vecino y salió una señora de avanzada edad, con el pelo blanco. Pablo vio en ella una oportunidad y la abordó:
—Buenos días,señora. ¿Le puedo haceruna pregunta?
—Sí, claro. Dígame, caballero —le respondió la vecina.
—¿Ha visto hoy a su vecina que vive aquí? —¿Mi vecina? —preguntó extrañada la señora.
—Sí, su vecina. La chica joven que vive justo en esta puerta —dijo señalando la entrada.
—Pero ¿a quién se refiere usted?
—Puesa Beatriz; así se llama… Suvecina deestepiso, una chica joven. ¿No la conoce usted?—explicaba Pablo pensando que la mujer estaría poco lúcida.
—¿Beatriz? ¿Quién es Beatriz? No. No la conozco, mire usted —dijo la señora sin perder la amabilidad.
—Mire, señora, si vive aquí y se llama Beatriz —in- sistió Pablo, desconcertado.
—¿No se estará confundiendo usted?
—No, señora, no… Mire, se llama Beatriz, esjoven… Vamos, que vive aquí… Es morena, muy guapa… Y trabaja tambiénenesta calle —explicó Pablo ya con un tono de voz más alto de lo normal, pues

comenzaba a desesperarse con la señora.
—Mire, joven, aquí hace tiempo que no vive na- die. Hace ya años que la dueña de este piso, la señora Sol, mi vecina, se tuvo que ir a una residencia, pues sus familiares lejanos no se quisieron hacer cargo de ella. Estaba algo mayor, no podía cuidarse sola. Para colmo, luego cayó enferma y, como le decía, se fue a una residencia para que la cuidasen. Pero de eso ya va haciendo años. Esta señora, doña Sol, que yo la quiero mucho, suelo ir a verla a la residencia. Pero desde que Sol se fue a la residencia, aquí no ha vivido nadie. Está usted confundido de piso. Este piso permanece cerrado. Ya le hubiese gustado a Sol tener a una persona joven que viviera aquí con ella… A la pobre le costó mucho marcharse de su casa, pues es un piso estupendo y a ella le encantaba vivir aquí, pero ya le digo que no le quedó otra y se tuvo que ir a la residencia. La pobre lo pasó muy mal, figúrese, teniendo familia, aunque sean unas sobrinas lejanas, pero no vinieron nunca a verla. La única compañía de doña Sol era la mía y mire cómo ando yo… Ya pronto me tendré que ir también a la residencia. ¡Es una pena! A las personas mayores ya no nos quieren. Tenemos que terminar olvidados en las residencias. Así es la vida ¿no cree usted, caballero?
Se quedó a gusto la mujer con su explicación. Pudo lanzar su monólogo sin interrupción, primero, porque se notaba que tenía ganas de hablar y, segundo, porque Pablo se había quedado mudo. Confundido como estaba, reaccionó diciendo:
—Bueno… pues… llevará ustedrazón,señora…—dijo a modo de disculpa, aunque enseguida agregó—: No quiero importunarla, pero es que yo le aseguro que he estado en este piso con una joven llamada Beatriz y sé que no estoy confundido, sé que estuve aquí, le puedo dar detalles de cómo es el piso: tiene una terraza acristalada con unas vistas estupendas… Una terraza encantadora en la que, cuando llueve, se puede ver cada gota caer; y tiene un sillón blanco y rojo…
—¿Cómo,cómo?¿Sillónblanco yrojo? —preguntó la señora—. Pero si ese es el sillón de doña Sol. La de veces que me he sentado yo allí para tomar un café y la de cosas que hemos contado y lo que hemos reído… No lo sabe usted muy bien. ¡Madre mía! Si yo le contara…

Pero no le quiero aburrir con mis historias con doña Sol. Las dos hemos compartido muchos años de rellano y de pasillo. Éramos buenas vecinas. Y ¿cómo ha dicho usted que se llama, joven? Se me va la memoria y no recuerdo su nombre…
—Pablo. Me llamo Pablo —le respondió recuperan- do su tonohabitual, aunque seguía perplejo.
Pablo no se quedó conforme con la explicación de la señora y pensó que o lo estaba engañando, o que a la anciana se le iba un poco la cabeza. Él, en cambio, sabía que había estado allí, en el piso 5. Y con su desconcierto a cuestas se marchó sin siquiera despedirse de la señora que, confundida o no, había sido muy amable con él. Más tarde caería en la cuenta de lo descortés que había sido y se reprocharía seriamente a sí mismo. Pero en ese momento, Pablo solo sentía una rabia profunda creciendo en él: no entendía nada.

16. Juan

Ese día, como ya estaba siendo costumbre, Pablo llegó tarde a la oficina. Nada más entrar lo abordó Juan, su amigo y compañero, que lo había estado esperando al acecho, pues había algo que no le cuadraba.

—¡Hola, tío! ¡Pero bueno! ¿Qué te pasa estos días que llegas siempre tarde? Hoy había reunión. ¿No lo recuerdas? —dijo Juan encadenando las preguntas.

—Puesmira… Que lo he olvidado.No sé dónde tengo la cabeza últimamente, no sé, no sé—lecontestó Pablo.
—Pablo, si necesitas hablar, ya sabes que conmigo puedes hacerlo. Cuando quieras, tío. ¿Vale? A ratos siento que estás huyendo de mí… Pero ya sabes que estoy aquí. ¡Jo!, habla conmigo. Ya me siento mal, estoy seguro de que algo te está pasando y no sé cómo ayudarte, tío.
—Gracias, Juan, gracias —le dijo Pablo y con un suspiro confesó—: Es que no te he dicho que Marina está embarazada. Y, la verdad, no

me lo esperaba, ha sido una sorpresa.
—¡Felicidades, hombre! A ver, Pablo… Es normal. Estáis en ello, ¿verdad? Yo pensaba que lo estabais. De todas formas, te veo mal. Mira si no hay algo más en tu interior… ¡A ver si es que tienes un secreto que no me quieres contar! Oye, que si es muy secreto, sabes que yo soy una tumba, en mí puedes confiar, pero, tío, te veo mal.
—¿Qué quieres que te diga, Juan? Yo ya me había hecho a la idea de no tener hijos, después de tantos años de intentarlo y ahora, casi con 50… Pues no me hace gracia, ni tampoco ilusión.
—¡Vamos, Pablo! No me digas que ahora ya no te hace ilusión un niño. ¡Si es una bendición! Y era lo que tanto deseabas ¿no?
—Será para ti la bendición —le dijo Pablo, cortan- te—.Yo ya no quiero niñosy no lo estoy llevando bien. Lo veo como un problema. Marina está loca de contenta, no sabe hablar de otra cosa que no sea de su embarazo. Está todo el día, pero todo el santo día, hablando de lo mismo. Esto me supera, Juan, y no sé cómo decírselo a ella. Yo no me hago a la idea y… Además… Ha pasado otra cosa con la que no contaba y creo que me estoy volviendo loco.
—Bueno, Pablo, tienesmuchascosasque contarme, tío. Cuando quieras tomamos algo y me cuentas. Vamos, si quieres. Es claro que me estoy perdiendo una parte

de tu vida y me gustaría ayudar —le dijo Juan con tono comprensivo.

Pablo no quería hablar con su amigo porque Juan tenía razón: lo de ser padre lo tenía mal, pero lo que de verdad lo tenía hecho polvo era Beatriz. Estaba perdido. La joven se había esfumado, como si nunca hubiera existido, como si esos días no hubieran tenido lugar en su vida, como si hubiesen sido un sueño. Él sabía lo que había vivido, pero también sabía que estaba totalmente perdido.

¿Cómo buscar? ¿Dónde comenzar a buscar? En ese momento, se le encendió una bombilla:

«¿Y si voy a la residencia de la que hablaba esta vecina?», se preguntó y trató de racionalizar la información que tenía: «Lo mismo la vecina esta no sabe nada y esta señora Sol le ha dejado las llaves de su piso a una de esas sobrinas lejanas y no se lo ha dicho a la vecina… Pero ¿por qué no se lo diría? A ver… ¿Y por qué se lo tendría que comunicar? ¡Eso es! La dueña del piso, esta tal señora Sol, le ha dejado las llaves a una sobrina, Bea será la sobrina lejana de esta mujer y la pobre vecina no lo sabe o no lo recuerda, que se le iba un poco la cabeza a la abuelita. Lo que tengo que saber ahora es dónde narices está esa residencia… ¡Uf! Tendré que ir otra vez a hablar con la viejita… De todas formas, era una señora amable y con muchas ganas de hablar. Le llevaré un ramito de flores y se rendirá a mis pies. Sí, lo soltará todo, hasta la dirección de la tía de Bea… Bueno "tía" o lo que sea. También podría ser una inquilina que no tiene declarada para no pagar a Hacienda…».
La imaginación de Pablo era poderosa y estaba a toda máquina para descubrir el paradero de la bella joven. Tampoco dejaba de soñar y rememorar su mañana de lluvia y truenos en esa terraza maravillosa junto a Bea. Lo pensaba y se le erizaba la piel.
Con todo esto en su cabeza, a Pablo se le pasó la mañana sin hacer nada productivo. Juan era consciente de que su compañero no daba palo al agua, pero no quiso molestarlo más. Pensó que si Pablo no quería contar nada más, él tampoco podía hacer nada. Se conocían desde hacía mucho tiempo y no quería tener ningún problema con él, pero Juan no se engañaba.

17. Un llanto en el vientre

Al terminar la jornada, Pablo se marchó a casa y ya de camino se iba sintiendo enfermo solo de pensar en la charla que le daría Marina sobre el hijo en camino. Mejor era aprovechar el viaje en coche para pensar sobre el plan que había trazado en su mente para encontrar a Bea. Ya lo tenía definido: al día siguiente, hablaría de nuevo con la vecina del piso 5 y averiguaría la dirección de la residencia en la que

estaba la supuesta dueña del piso. El plan lo mantenía despierto y lejos del mal humor que le provocaba el tema del bebé.

Y es que nada más entrar por la puerta, Marina le dio un beso y comenzó a hablar sin parar sobre los cambios que tendrían que hacer en la casa para el hijo que venía en camino. Pablo quería desaparecer. La conversación o, mejor dicho, el monólogo de Marina le resultaba pesado, aburrido, cansino… Y no entendía que Marina no lo notara en su cara y en sus gestos, pues Pablo ya no intentaba disimular ni fingir interés. Pero las cosas se pusieron peor: por la noche, Marina le hizo un comentario que, claramente, no era algo normal:

—¿Sabes, cariño? Yo diría que hoy he escuchado un llanto en mi tripa. Vaya cosa rara ¿no?
—¿Un llanto? ¿Pero cómo vas a haber oído un llan- to? —le preguntó Pablo pensando que ya no le quedaba nada más que escuchar. Ahora su mujer oía cosas.
—Sí, Pablo, era un llanto de nuestro hijo. Sé que es extraño, pero te juro que en mi tripa se podía escuchar al bebé llorar.
—Mira, cariño… Vasa tener que relajarte, por el bien del embarazo. El bebé no puede llorar ¿o te piensas que ya está criadito? —le dijo, aunque él mismo no sonaba nada relajado, sino alterado y sarcástico.
—No te burles, Pablo. Hay varias madres que dicen poder oír a sus hijos desde la tripa, y no es broma. No te pongas así —le respondió ella a la defensiva.
—Vamos a ver, no me pongo de ninguna manera, pero yo nunca he oído una cosa así. ¿No te parece que estás algo obsesionada? —dejó caer Pablo.
—No, Pablo, no estoy obsesionada y tampoco me estoy volviendo loca. Yo sé lo que he oído, y estoy muy segura, te siente como te siente —le contestó Marina algo alterada también, pues ya era consciente de que Pablo ni la acompañaba ni la acompañaría en el embarazo.

—Cariño, yo no he dicho que te estés volviendo loca —dijo Pablo suavizando el tono, pues veía que la

discusión se estaba saliendo de control—, solo digo que te has podido confundir. No te lo tomes a la tremenda, no quiero que te molestes. A ver, cielo, te pido perdón, ¿vale? —agregó cada vez másconciliador—.Pero últi- mamente estás muy sensible y supongo que es normal, que será por el embarazo.

—Sí, sí. «El embarazo», dices. ¿Te crees que no me he dado cuenta de que no te hace ilusión lo del hijo? Pues sí, lo sé. Sé que no estás ilusionado como yo, pero lo entiendo: te da miedo la edad y perder la libertad que tenemos ahora, no hace falta que me lo expliques, Pablo. Pero sabes que es el sueño de toda mi vida y te pido que me apoyes o, por lo menos, que no te burles de mí —dijo Marina dando por tierra con las intenciones de Pablo de zanjar la discusión—. Lo del llanto yo sí lo he oído por otras mujeres y te digo lo que siento, no me voy a inventar nada.

Marina se desmoronaba ante la falta de receptividad de su esposo, le dolía que no compartiera ni un mínimo de su ilusión, le preocupaba llevar bien el embarazo y, además, le pesaba su secreto.

Desde esa noche, Pablo y Marina comenzaron a alejarse. Ella prefería estar callada, evitando hablar del bebé, casi ocultándolo. Pablo huía de ella, quería estar solo con sus pensamientos y sentía que así, en el silencio, mantenía a salvo su propio secreto.

Al día siguiente, Pablo se marchó con esa prisa que ya no extrañaba a nadie, pues era claro que Pablo huía de casa. Marina se quedó sola pensando en que la noche anterior había vuelto a escuchar a su bebé desde su vientre y, como ya no lo hablaría con Pablo, tal vez debería comentárselo al médico. A ella, en realidad, también le preocupaba eso de poder oír a su hijo por las noches.

18. La calle Goya, siempre la calle Goya

Pablo, por su parte, tenía otra preocupación: volver a hablar con la vecina del piso 5, disculparse por lo descortés que había sido el día anterior y averiguar la dirección de la residencia de ancianos. El hombre estaba sufriendo y no sabía por qué. Solo soñaba con Bea, imaginaba que ella era ahora todo su mundo y se olvidaba de los años pasados con Marina. A su esposa la veía como un sueño pasado, alejado de su realidad, y solo quería vivir el sueño nuevo, ese sueño que pensaba que le había regalado la vida y que no quería perderse. Su mente se había convertido en un mar de pensamientos al lado de esa desconocida, pensamientos que tiraban de él como la tempestad tira de un barco a la deriva, lo arrastraba y él no podía resistirse.

Así ocurre cuando el ego se empeña en vivir ilusiones, fantasías forjadas en un mundo apartado de lo real y que, sin notarlo, pueden hacer mucho daño a lo único que los seres humanos tienen consigo: su propio cuerpo. El mundo de las personas solo puede estar dirigido por el ego o por Dios. En ese momento, Pablo creía que estaba en comunión con lo divino, con Dios, sin percibir el papel que su ego estaba representando en su vida.

Esa mañana, decidió hacer las cosas «bien» y pasó primero por su oficina.
—¡Pablo! ¡Hoy por fin llegas tempranito, tío! Te daré un «premio» —le dijo Juan hurgando en la herida. Le gustaba hacer rabiar a Pablo, aunque siempre con cariño, pues era su mejor amigo y, además, era consciente de que su compañero necesitaba ayuda. Pero como lo conocía bien, tendría que esperar a que fuese Pablo quien le abriera su corazón. Y es que Juan ya se olía que de corazón iba la cosa.
—¡Hombre, no te pases! Por un par de veces que llegué tarde…

—se defendió Pablo.
—¡Ja! «Un par de veces», dice.Pero, tío, siniapareces por aquí —continuó pinchándolo Juan.
Pablo empezó a sentirse acorralado e insistió en defenderse:
—Sí, bueno… Es que surgen cosillas y… Claro, me tengo que ausentar, entiéndelo, pero vengo todos los días a trabajar.
—Mira, Pablo —le dijo entonces el amigo bajando la voz y acercándose—, a mí no me importa el trabajo, pero intuyo que te pasa algo y, ya te lo he dicho, cuenta conmigo. Te veo cada vez más raro, diría que hasta triste. Y un futuro padrazo no tiene que estar así. Tío, ya verás cuando te lleguen los pañales y las noches sin dormir:será maravilloso, ya te lo digo yo, ja —terminó Juan entre risitas.
—Juan, déjate de bromas y mejor cambiamos de tema. Mira, ¿sabes qué te digo? Que me voy a la calle, que tengo una gestión que hacer. Ahora vuelvo. ¿Lo entiendes? —le espetó Pablo.
—Claro que sí, que te entiendo, pero… Lo dicho, que aquí estoy.
—Ya, ya, lo sé, Juan. Sé que cuento contigo, pero… Dame tiempo. Algo me está pasando, pero no quiero hablar ahora —terminó Pablo.
Juan quería demostrar que estaba dispuesto a ayudar a su amigo y Pablo lo sabía, pero no podía explicarse en ese momento. Dejó su cartera encima de la mesa y se lanzó a la calle, al edificio de Bea.
Al llegar al piso 5, lo asaltó la pequeña esperanza de que Bea abriera la puerta y llamó varias veces. Cuando nadie abrió, entonces pasó al plan que había trazado y, aunque sin ramito de flores, llamó a la puerta de la vecina.
—Buenos días, señora. No sé si se acordará de mí. Estuve hablando con usted de su vecina… ¿Lo recuerda? Me llamo Pablo y busco a una chica —dijo él cuando la señora atendió su llamada.
—Perfectamente, joven —lerespondióla anciana—. Dígame en qué le puedo ayudar, aunque la información que le comenté el otro día es toda la que le puedo decir, mire usted. No sé cómo más podría ayudarle…
—Bueno,lo primero es disculparme por cómo me fui ayer. Usted perdone, pero estaba realmente desconcertado—.Pablo comenzó por lo que creía másimportante y luego, sin más dilación, le pidió la

información que estaba buscando: la dirección de la residencia. Le explicó que creía que la señora Sol tal vez conocería a la joven, que podría ser familiar o inquilina.
—¿Usted me daría la dirección, por favor? —le pidió Pablo con su mejor tono.
—¡Anda! Ysin favor.A losviejosnosencanta recibir visitas y a mi amiga Sol seguramente le agradará verlo a usted. Yo le doy las señas del lugar y ya ustedes se entienden —dijo la mujer y se echó a reír.
Pablo llenó entonces a la anciana de halagos y agradecimientos por la cuenta que le traía.
—Anote, joven, aunque tampoco tiene pérdida: es en esta misma calle, al final de la calle, en el número 90. Tiene un jardín precioso, ya lo verá usted… —le indicó la vecina y Pablo se quedó mudo.
Al parecer, la calle Goya tenía mucho éxito últimamente en la vida de Pablo. ¿Cómo sería posible? Era como si no pudiera escapar de ese espacio, la bendita calle Goya lo tenía, de alguna manera, atrapado.
Cuando alguien está en el camino indicado, lo sabe: las coincidencias empiezan a sucederse unas tras otras en el horizonte; el corazón se llena de satisfacción y de prudente entusiasmo y, poco a poco, surgen preciosos resultados. Al fin y al cabo, la mente se focaliza en aquello que se desea con firmeza y apertura. Las cosas no suceden por casualidad, sino por determinación. Pablo no era del todo consciente de cómo estos pequeños eventos, aparentemente casuales, guardaban relación entre sí.
Cuando tuvo las indicaciones, Pablo quiso marcharse a toda prisa, pero encontró el ascensor averiado y tuvo que bajar andando los cinco pisos.
—Vecina, vaya usted con Dios —alcanzó a decirle a la señora mientras corría escaleras abajo, volviendo a caer en la falta de cortesía del día anterior. Era tanta su prisa por llegar a esa residencia que se dejaba los modales por el camino.
Y mientras bajaba las escaleras a toda velocidad, embargado por la ansiedad de llegar al destino que lo obsesionaba e impresionado por las coincidencias, se encontró cara a cara… ¡Madre mía! ¡Con su propia esposa!
Pablo se puso rojo, se quedó tieso, sin saber qué decir, deseando

que se lo tragara la tierra. Era ella, era Marina y él no sabía qué inventar. La vida prepara escenas en las que es imposible saber qué hacer, pero todo ocurre para algo. Pablo sintió, como haría cualquiera en esa situación, que no podía tener peor suerte, y no se paró a pensar para qué le ocurría esto. En su rabia y perplejidad, no cabía la posibilidad de dejar que todo ocurriera con tranquilidad, que el universo siguiera su trayectoria. El ego lo había cegado y se sentía furioso.

—¡Pablo! ¡Qué sorpresa!—dijo Marina perpleja ella también—. ¿Cómo sabías que hoy tengo cita con el ginecólogo?

—Anochemecontastealgo, Marina, y mehepasado por aquí, pero… Como me he dejado la cartera en la oficina, no sé en qué piso es —mintió descaradamente aprovechando el pie que le había dado la pregunta de su mujer.

—Yo… no recuerdo haberte comentado nada, diría que no te lo he dicho…

—Sí, lo dijiste cuando me contaste eso de que oías el llanto del bebé.

—Yo creo que no te lo he dicho… Enrealidad,como ni caso me haces, por más preocupada que esté… Pero, ya que estás aquí, me alegro de ver algo de interés por tu parte en saber si nuestro hijo llora. Vamos, la consulta es en esta puerta. Será una tontería, pero me quedo mástranquila si vienesconmigo —argumentó Marina.

Aunque los planes de Pablo de ir a la residencia se habían ido al traste, pensó que estaba bien acompañar a Marina. Al fin y al cabo, se trataba de su mujer y de su hijo.

El ginecólogo fue muy amable. Al principio, los tranquilizó al decirles que era normal escuchar el llanto de un bebé en gestación, pero luego les explicó que pruebas realizadas con ultrasonidos habían mostrado llanto en fetos de 24 a 35 semanas en el interior del útero y que esto se volvía más complejo cuando avanzaba el desarrollo. Esta información desconcertó a Pablo y a Marina, pues el bebé solo tenía cinco semanas y era muy pronto para que tuviera emociones. El médico dijo que tal vez el bebé era un poco adelantado y todos rieron. Las explicaciones del doctor habían conseguido disminuir la tensión entre los futuros padres.

Pero, cuando salieron de la consulta, el silencio los invadió. Marina no quería hablar con Pablo. Ella sabía que no le había mencionado que iría a consulta y se preguntaba qué estaría haciendo su marido en ese lugar. Además del embarazo, otra preocupación turbaba el pensamiento de la mujer. Por su parte, Pablo también iba en silencio, pero su silencio no era solo verbal: algo había pasado en su interior, pues en ese momento había dejado de pensar en Bea. No sabía lo que deseaba. Se alejó tanto en sus pensamientos que se quedó en blanco, tuvo ese silencio mental y se meció en la paz.
—Bueno.Yo mevoy a casa quetengo trabajo—dijo Marina rompiendo el silencio.
—Sí, yo también me marcho a la oficina, que ya es algo tarde. Nos vemos en casa —dijo secamente.
Ni Marina ni Pablo tenían más palabras que decirse, como si fuesen unos completos extraños. No sabían cómo tratarse, se sentían muy lejos uno del otro. Y no solo porque los pensamientos de Pablo estaban secuestrados por Bea, sino que en Marina tampoco fluían las palabras. No se necesitaban. Y ambos sentían esa ruptura. En la calle, se despidieron sin más, sin siquiera darse un beso. A Pablo le comenzó a preocupar la idea de que, tal vez, Marina supiera o sospechara algo sobre Bea. «No, no —se dijo Pablo—, no puede ser. Nadie sabe nada. De hecho, empiezo a pensar que todo ha sido un sueño».

19. Desencuentros

El resto de la mañana, en la oficina, Pablo trabajó como un robot, se puso en modo automático y no se enteró de cómo transcurrió la jornada hasta que apareció Juan. Su amigo era ahora el único que le arrancaba alguna risa, pero el hombre estaba allí con un propósito definido: averiguar, de una vez por todas, qué le estaba pasando a Pablo. Sabía que Pablo no estaba bien y que, tarde o temprano, se abriría a él. Juan debía adivinar la verdad, por su propio interés.

—¡Tío! ¡Qué caro te vendes, Pablo! Si para verte en la oficina habrá que echar instancia, ja, ja, ja —dijo Juan irrumpiendo en el despacho de Pablo.

—Juan… No estoy para bromas, así que suelta lo que tengas que decir y no me toques la moral —le espetó Pablo con todo el mal humor que cargaba encima.

—Bueno,bueno,tío. Si yo no quiero tocarte la moral ni nada, solo estoy a ver si te ríes un poco que, últimamente, no te veo ni una sonrisa. Ya te lo he dicho, Pablo, que a mí no me importa si estás mucho o poco por aquí, que lo que quiero es que, ya que somos amigos, puedas descargar lo que llevas encima y que parece que te pesa —dijo Juan atajando los malos modos de su amigo.

—Perdona, Juan… Llevas razón, no me encuentro bien. Pero, de momento, no quiero hablar con nadie. Sé que algún día hablaré contigo, pero ahora necesito tiempo, y prefiero estar solo con mi mala leche, que si no lo pagaré contigo y no quiero —explicó.

—Vale, Pablo, no te preocupes—dijo Juan y bajando el tono, casi en susurros agregó—. A todo esto… ¿No tendrá nada que ver la chica esa que vino el otro día preguntando por ti? La que está poco rellena. Te lo digo porque hace un rato, cuando no estabas, me la he encontrado en la puerta preguntando otra vez por ti. Le dijeron que esperase, que estarías al llegar, pero ella se marchó. Por cierto, sí que es guapa la tía.

—¿Cómo? ¿Ha estado aquí? ¿Cuándo exactamente? ¿Y se marchó sin esperar? —Pablo ametrallaba a Juan con preguntas.

—Hace nada de tiempo, ya te digo. Se habrán cru - zado en el camino —le respondió Juan al tiempo que confirmaba su sospecha sobre que el rol de esa chica era crucial para entender lo que le ocurría a Pablo: los nervios lo delataron.

—Pero ¿dijo algo? Y ¿qué le habéis dicho? Y ¿cómo venía? Pero ¿se ha ido sin más?

Pablo fue consciente de que se estaba delatando, pero no se molestó en disimular, como si ya nada le importara, perdió los papeles y quedó al descubierto, tal como Juan pretendía.

—A ver, despacio, tío, que te han entrado los cien males —le indicó Juan conteniendo su sonrisa de triun- fo—. Llegó y preguntó por ti a la secretaria de recep- ción. Yo me fijé en ella, claro, con lo guapa que está, y recordé que era la misma del otro día. Y, como es la segunda vez que viene a buscarte, estuve atento a lo que le decían, pero no me dio tiempo a hablar con ella. Llegó, preguntó y se marchó, tío, sin más.

—Juan,si ves que vuelve y,por casualidad,no estoy, por favor, pídele su teléfono —imploró Pablo visible- mente nervioso.

«¡Vaya suerte la mía!», pensaba Pablo. Ella lo estaba buscando y él no estaba ahí. Sus caminos se cruzaban, pero sin poder encontrarse. Pablo, que se había puesto de pie sin darse cuenta, se dejó caer en la silla y se quedó cavilando mientras Juan se alejaba en silencio y mirándolo por el rabillo del ojo. De repente, no aguantó más: cogió su abrigo y salió bruscamente del despacho. Tenía que ir a la dichosa residencia a ver a la anciana.

Al verlo partir así, a Juan no le quedaron dudas: la cara descompuesta de Pablo cuando mencionó a la chica y su salida repentina lo dejaban claro. Pablo debía de tener algo con ella.

«Pablo, amigo… A punto de ser padre y conoces a una chica… joven… guapa… Peligro, peligro», pensó Juan. Pero decidió no entrometerse. Ya Pablo le contaría claramente lo que estaba pasando cuando las cosas se hubieran calmado.

20. La residencia

Pablo marchaba a la carrera rumbo al número 90 de la calle Goya. A lo lejos ya se veía el jardín del que le había hablado la vecina anciana, lleno de arbustos y flores de todos los colores. Estaba nervioso. Sabía que esa señora Sol, necesariamente, tenía algo que ver con Bea.

Al llegar a la residencia, abrió el portón del jardín que no estaba del todo cerrado y, sin dudarlo un momento, entró. «¿Qué hago aquí? ¿Qué estoy buscando?», se preguntó sin encontrar una respuesta precisa. En ese momento, apareció una mujer vestida con hábito de religiosa. Su primera reacción fue de sorpresa, pero luego pensó que con las hermanitas los ancianos estaban mejor cuidados.

—Buenosdías, señor.¿En qué puedo ayudarlo? —le preguntó la monjita.
—Pues mire, hermana, vengo a visitar a una anciana que,al parecer,se encuentra conustedes aquí—explicó.
—¿Ah, sí? Puessimediceel nombredeestaseñora, lo miramos —dijo la religiosa.
—Es doña Sol —dijo Pablo y haciendo una pausa tuvo que explicar—, pero ¿sabe qué le digo, hermana? Que no sé su apellido. ¿Podremos encontrarla sin ese dato?
—Claro que sí, hijo. Solo tenemos una señora Sol, muy conocida aquí. Es una mujer mandada por los ángeles, mire usted. Aquí la queremos mucho y es la alegría de nuestro jardín.
La monjita le dio esa larga explicación a Pablo, hablando sin parar. Aprovechó para presentarse a sí misma, era la hermana Trinidad, y finalmente le peguntó:
—¿Es usted un familiar?
Pablo tragó saliva. A ver cómo explicaba su situación.
—No, en realidad, no. A decir verdad, no conozco a la señora, pero… es que conozco a un familiar suyo y por eso he venido a verla.
Pablo improvisó esta excusa, que más que excusa era una mentira,

una más de las que ya plagaban sus días. Se estaba convirtiendo en un experto en mentir y una trola más no le afectaba: ya tenía ganado el infierno.
—¿Un familiar? ¿Quéfamiliar esese? —preguntó la monjaalgo desconcertada—.No quieroentrometerme, buen hombre, pero es normal que tengamos que saber quién viene a esta casa de Dios. Lo comprende usted, ¿verdad? Como doña Sol no tiene a nadie, pues me ha extrañado. Bueno, creo que tiene alguna sobrina, pero muy lejana, tan lejana que ni la conocemos, pues nunca ha venido a verla, mire usted, y es que, al parecer, su sobrina es algo mayor también, sin ser una anciana.
Ni toda la perorata de la monjita, que no parecía tener fin, le dio tiempo a Pablo para pensar una respuesta coherente. Según lo que decía la religiosa, era imposible que Bea fuera esa «sobrina lejana» de la dueña del piso y Pablo no sabía por dónde tirar.
La monja lo vio pensativo y, sin pretenderlo, le echó la mano que necesitaba:
—Mire —le dijo—, mejor pasa usted y habla con doña Sol que ya se entenderán. Que le dará alegría que alguien venga a visitarla, más allá de la vecina suya.
Y, mirando a Pablo de arriba abajo, agregó:
—Le veo a usted buena persona y me fío de mi ins- tinto. Dios me dice que doña Sol se alegrará mucho con su visita. Mire, pase y suba hasta la primera planta. A esta hora encontrará a la señora en el salón.
Aliviado por no tener que seguir fabulando mentiras, Pablo subió de inmediato por donde le indicaba la monja. Al llegar a la planta superior, se encontró con un salón lleno de ancianos y parecía que se estaban divirtiendo. Los vio felices, estaban todos riendo. A Pablo le gustó el ambiente, era como un pequeño paraíso y se respiraba esa paz que Pablo estaba buscando. Pasó la vista por el salón y, sin saber cómo, reconoció que esa anciana guapísima y que parecía más joven que el resto era la mujer que estaba buscando. Era algo muy extraño, como si una fuerza externa lo guiara, como si una voz le dijera al oído que era ella.
—Buenos días, señora Sol. ¿Es usted, verdad? —le preguntó Pablo.

—Sí, yo soy —dijo la anciana—. ¿Y usted es..?
—Mi nombre es Pablo —dijo tomando aire y pro- siguió—.Estoy aquí para saludarla y… para hablar con ustedde algo —dudó Pablo—… que ahora no sé si debo hablar o no…
—¡Anda! ¡Fíjese qué gracia! —le respondió la seño- ra sin perder su buen humor—. Creo que usted se ha confundido, pero me alegro de verle, tengo tan pocas visitas que es una alegría que pregunte usted por mí. Estoy muy contenta, aunque, como le habrán dicho, sabe que de vez en cuando entro en el silencio, no se vaya a asustar —dijo y se echó a reír.
Pablo no tenía ni idea de a qué se refería la anciana con lo de entrar en el silencio, aunque a ella le hiciera tanta gracia. Prefirió no preguntar y centrarse, en cambio, en su objetivo.
—Me alegro de haber venido. Aquí se respira paz —dijo Pablo para reconducir la conversación.
—A ver… No estamos para muchos trotes. Si aquí no se respirara la paz, ya me contará usted qué se podría respirar, si estamos todos a punto de embarcar para el más allá —comentó la señora Sol entre risa y risa.
Se trataba de una anciana en verdad dicharachera y le gustaba mucho bromear, pero Sol era consciente de que Pablo estaba allí para algo, que algo estaba buscando. Por eso, prefirió dejar a un lado las risas y darle espacio para que hablara, ganara confianza y poco a poco soltara lo que fuera que le preocupaba.
La mujer llevaba algunos años ya en la residencia y necesitaba algo de emoción o, mejor aún, de emociones fuertes, algo que la visita de Pablo prometía darle. Pensó que sería esa una buena mañana y se dispuso a disfrutarla sin saber lo que le esperaba.
Aunque Pablo estaba a gusto allí, decidió ir directamente a lo que buscaba:
—Mire, señora Sol, le voy a hacer una pregunta: ¿conoce usted a una joven llamada Bea?
—¿Bea? No, no me suena.
—Sí, Bea… Beatriz. Mire, es una joven de unos 23 años, más o menos, muy guapa, está fuerte, vamos, y es preciosa, morena y de pelo largo y… Y, mire, creo queviveen supiso —lesoltó Pablo

atropelladamentey continúo sin darle tiempo a la anciana a seguir el ritmo de su interrogatorio—.Porque su piso está en el número 20 de esta calle, ¿verdad?
Las explicaciones y preguntas de Pablo dejaron a la señora Sol confusa y lo detuvo:
—Pare, joven, que se va a atragantar. Vamos por partes. Mi casa está en esta misma calle, en el número 20, lleva usted razón. Pero allí no vive nadie. Cerré el piso cuando vine a vivir aquí. No tengo familia y nunca lo he alquilado. ¿Será que usted se ha confundido? En esta calle hay tantos pisos parecidos… son casi iguales —explicó Sol.
—No —insistió Pablo—. Estoy seguro de que hace apenas dos días estuve allí comiendo con ella, con mi amiga Beatriz. Lo que pasa es que no tengo su número de teléfono y se me ocurrió buscarla en su casa, pero ahora llamo a la puerta y nadie contesta… Y es su vecina, la señora que vive en el piso de enfrente, quien me explicó que usted es la propietaria de ese piso y que podía encontrarla aquí. Pienso que Beatriz tal vez es una de sus sobrinas lejanas o alguien a quien usted le ha dejado el piso y por eso me he tomado la libertad de venir a verla.
Pablo veía la incredulidad en la cara de la mujer, que seguramente seguiría pensando que se había equivocado de piso. Entonces, decidió ir un paso más allá y comenzó a describirle el piso: le habló de su terraza fantástica acristalada y de aquel sillón blanco y rojo y abundó en cuanto detalle vino a su mente. Pablo no paró de describir palmo a palmo el lugar hasta que notó que a la mujer le había cambiado el color: estaba completamente pálida, sus ojos se cristalizaron y su mirada quedó ausente. El presente se había detenido para ella. Su boca se cerró, no quiso o no pudo hablar más. Sol había viajado a otro tiempo, a un pasado que solo ella conocía y que nunca había desvelado.
—Señora Sol, ¿está usted bien?—le preguntó Pablo al notar que la mujer se había congelado, no movía ni un músculo ysu mirada no estaba allí—. Señora,señora… —la llamaba Pablo sin saber qué hacer.
De repente, los demás ancianos habían dejado de reír y uno de ellos

se acercó a explicarle:
—Mire, joven: de vez en cuando a Sol se le acaban las pilas y se queda así, en silencio.
Pablo no entendió qué era eso de las pilas, lo que estaba claro era que la mujer ya no estaba allí. Era como si se hubiera marchado y hubiera olvidado su cuerpo ahí.
Sin saber qué más hacer, Pablo la cogió de la mano y le dijo hablándole al oído:
—Volveré a visitarla, Sol. Creo que algo se acuerda usted y, aunque no se acuerde, le haré una visita con todo mi cariño, señora Sol. Me ha alegrado hablar con usted. Cuídese, bella señora.
Pablo se marchó con tristeza y Sol se quedó sumergida en un mar de recuerdos que creía desaparecidos, pero cuando las palabras de Pablo evocaron los detalles de su casa, una serie de visiones llenaron su mente y perturbaron su paz. Entonces quedó «en el silencio». Así lo explicaban sus compañeros de residencia: Sol se quedaba en el silencio algunas veces, se encerraba en el más profundo callar y vivía en sus sueños. Aunque eran sueños, eran maravillosos. En ese espacio sentía lo que en realidad quería sentir. La verdad era que Sol no quería reconocer que estaba en un centro de mayores viendo la vida pasar, esperando sin saber qué esperaba. Por eso, de vez en cuando se iba y los dejaba a todos allí. Aunque los ancianos veían su cuerpo, ella volaba muy alto, muy lejos de allí. En la residencia, nadie sabía la verdad del silencio de Sol. Creían que eran ausencias de la vejez, que le fallaba la mente, sin imaginar la verdad de su secreto y de su dolor. Las monjitas estaban convencidas de que las lagunas de memoria de Sol eran normales a su edad y cuando la mujer se sumergía en el silencio, la trataban con suma delicadeza y evitaban hablarle para no asustarla. No podían imaginar que Sol era consciente en esos momentos, que las oía. Lo de Sol no tenía nada que ver con problemas de memoria o crisis de ausencias. Estaba perfecta y, cuando se cansaba de su realidad diaria, se iba un rato a volar. Era su secreto, lo único que nadie ni nada podría nunca quitarle: sus sueños.
Cuando Pablo habló con detalle de su piso, su espacio personal, no tuvo la menor duda de que el hombre realmente había estado en su

casa, pero ¿con quién? ¿Quién era la joven que Pablo describía? Y, sobre todo, la mujer se preguntaba a qué narices vendría este joven a remover su pasado evocando cosas que la llevaban a vivencias que a nadie había contado. ¿Por qué la vida se acordaba de ella ahora? Y luego, al despedirse, Pablo le había hablado al oído, como si el hombre supiera que ella podía escucharlo en realidad. ¿Cómo podía saberlo? Y ¿por qué le dijo que volvería? Muchas preguntas para la pobre Sol y ninguna respuesta.

21. Confesiones

Durante el camino de regreso al trabajo, Pablo pensaba que la anciana le había caído bien, pero había notado algo familiar en su mirada y eso lo perturbaba.

El hombre decidió aligerar el paso o su amigo tendría razón en eso de que estaba más tiempo fuera que dentro de la oficina. Nada más llegar, Juan fue a toda prisa hacia él a interrogarlo:

—Bueno, tío, ¿qué?

—¿Qué de qué? —le dijo Pablo devolviéndole la pregunta.
—Nada… Como te has ido otra vez… yo solo quería saber si estás bien —le dijo en tono herido y, por fin, Juan consiguió de Pablo la reacción que buscaba.
—Perdona,Juan. Tienes razón. Llevo unos días ma- los y… Sí.
—Sí ¿qué? —insistió Juan que finalmente veía el resquicio por el que colar su curiosidad.
—Puesque sí, hombre.Que voy a contarte lo que me ha pasado, que si no hablo, siento que voy a reventar —dijo Pablo, desbordado por la presión interna.
—Ya decía yo, tío. Algo te ha pasado, se ve de le- jos. Pero no será para reventar, Pablo, que eres muy exagerado. Venga, vamos, que para algo estamos los amigos—lo animó Juan y acordaron que en el descanso hablarían calmadamente.

Pablo consiguió centrarse un poco en su trabajo hasta el momento del descanso. Enseguida escuchó a Juan llamando a su puerta e invitándolo a salir. Juan iba como siempre, de buen ánimo, tirando de su amigo, aunque no se sabe si para ayudarlo o solo para enterarse de su secreto.
Salieron rumbo al bar de siempre, pero Pablo «exigió» ir a la cafetería en la que había estado con Bea. Necesitaba sentarse allí y respirar el aire cargado de momentos.
—¡Vale,tío!—accedió Juan riendo—. Donde el se- ñor diga…
—Vamos a la cafetería en la que estuve con ella.
—¿Con ella? —preguntó Juan expectante.
—Sí, con ella, Juan, con ella.
«¡Esto se pone interesante!», pensó Juan que, aunque ya sospechaba bastante, disfrutaba de la emoción del momento. Hacía tiempo que, entre los compromisos laborales y familiares, habían dejado de tener la complicidad de antaño y el sentido de aventura de la vida se había diluido en la rutina. Además, Juan necesitaba, por su interés propio, estar informado de lo que pasaba en la vida de Pablo.
—¡Anda, tío! Me gusta. Pillín, ¡qué bien te lo mon- tas! —comentó Juan al entrar a la cafetería, pues no la conocía.
Pablo, instintivamente, se dirigió al sitio donde se había sentado con Bea. Pidieron un café y Pablo empezó a hablar:
—No sé por dónde comenzar… Pero, para que sepas, donde estás sentado, ahí estaba la mujer por la que no puedo dormir. Y no me refiero a Marina, no, sino a la chica que fue a buscarme a la oficina. Y como se te ocurradecir queestaba algogorda, teenteras—leadvirtió a Juan, ya que Pablo no estaba para bromas.
—¡Tío! No creasquesoy tan superficial —sedefen- dió Juan—. Lo de la silueta solo son bromas, porque sé que siempre has presumido del cuerpo de Marina, pero lo del otro día de esta chica era solo una broma. ¡Relájate, Pablo, que estoy aquí para escucharte!
—Gracias, hombre… Es que lo estoy pasando mal. Mira, el otro día Marina me dio la noticia de que está embarazada y para mí fue una bomba, pues, entre tú y yo, Juan, no quiero ser padre a estas alturas. Marina está loca de contenta, siente que está cumpliendo un

sueño, pero para mí ese sueño… ¿cómo decirlo? Ya ha «caducado». Que estoy cerca de los 50, Juan, y no quiero pasar por esta experiencia. Y ella se va dando cuenta, claro, ve que no comparto su ilusión, pero no puedo decírselo, no puedo decirle que ya no quiero ser padre —explicó Pablo, hizo una pausa y continuó—. Y, para colmo, hay más.
—¿Más? ¿A qué te refieres, tío? —lo alentó Juan a continuar.
—Cuando me dijo lo del embarazo, de repente fue como si perdiera el interés por Marina, como si la hubiera dejado de amar —confesó Pablo.
—Pero, vamos a ver: si sois la pareja ideal, no me lo puedo creer —dijo Juan, aunque, en su interior, la confesión de Pablo no le provocaba ninguna tristeza, al contrario, lo regocijaba.
—Pues créelo, Juan. Es una sensación extraña y me duele reconocerlo. Pero, por otro lado, se ha despertado en mí un deseo por ella que sentía perdido —le dijo Pablo a su amigo sin poder explicarse mejor: era un sentir que se le escapaba de las manos.
—Vamos a ver… ¿cómo es eso, Pablo? —preguntó Juan quien, sin que Pablo lo notara, había perdido el color. Lo del deseo de Pablo por Marina no se lo esperaba.
—Sí, Juan… Yo pensaba que, a estas alturas de la relación, nos había ganado la monotonía. ¿Sabes a qué me refiero?
—Bueno, no.No séa quéterefieres.Siloquequieres decir es que no se marcha tan bien en la cama como al principio, tío, yo creo que le ocurre a todos. Vamos, a mí me pasa, ya no es como al principio, pero de ahí a que deje de querer a mi mujer hay un siglo. Yo a mi mujer la quiero como antes y me gusta. Aunque, no te voy a engañar, amigo… También me gustan otras, pues no soy de piedra. Yo te entiendo. Mira, Pablo, cuando veo a una tía de 20 años… Se me van los ojos y me gusta, ¡no lo puedo remediar!—se confesó también Juan, aunque no era del todo honesto, ya que a él le gustaban todas las mujeres, tuvieran la edad que tuvieran.
—Sí, a cualquiera se le van los ojos por una mujer de 20, pero lo mío con Bea fue a más.
—¿Hubo más? —preguntó Juan con los ojos como platos.
—Tuvimos un encuentro en su casa y fue fabulo- so… Algo

inexplicable, Juan. Mira, solo de recordarlo tiemblo —le dijo Pablo.
—¡Tío! ¡Cuéntalo todo que vas por fascículos y me tienes en ascuas! —le pidió Juan.
—Es muy extraño, Juan. Después de estar con Bea, volvió mi deseo por Marina. Pero, no lo comprendo: cuando apareció Bea, volví a poder estar con Marina, pero si no puedo ver a Beatriz, el deseo por Marina desaparece de nuevo —intentó explicar Pablo.
—¿Cómo? Creo que no te entiendo, Pablo: ¿dicesque si no ves a una, la otra ya no te gusta? ¿Algo así? —pre- guntó Juan haciendo un esfuerzo por comprender.
—Asíme sucede,Juan. Pero no sé ni para qué te cuen- to esto, si no te enteras y me estás poniendo de mal humor —se quejó Pablo, desbordado por sus contradicciones.
—Bueno,Pablo,no te enfades,no te pongas así. Me cuesta creer esto de ti, estoy sorprendido —se defendió Juan—. No me digas que no es extraño en ti. Te veo tan espléndido con Marina que no es fácil asimilar lo que te ha pasado. A todo esto, ¿Marina se huele algo?
—No, no —aseguró Pablo—.Ella solo piensa en su bebé. No sabe nada de Beatriz, pero, claro, notará que estoy extraño. Además… —agregó Pablo y se quedó en suspenso.
—¡Joder!Además ¿qué?¿Qué le pasa a Marina?—pre- guntó Juan, ansioso.
—Pues yo diría que a ella le pasa algo también, que le da igual si no estoy ilusionado con el embarazo, si la beso o la dejo de besar… Siento que pasa de mí ¿sabes? Siento que ella también me oculta algo —terminó de confesar Pablo.
—¡Vamosa ver, Pablo! ¿Ytúhablasde ocultar? ¡Tío! No te quiero echar la bronca, pero me acabas de decir que has estado con otra…
—Me estás tocando las narices, Juan. Es que no sé para qué te cuento nada si solo me vas a juzgar —se quejó Pablo perdiendo un poco los papeles.
—A ver, Pablo, sino te reprocho nada.Yo solo quie- ro ayudar y prefiero ser totalmente sincero contigo. Si quieres, claro. Entiende que me tienes sorprendido, que nunca pensé que tuvieras ojos para otra teniendo la mujer que tienes, tío —le dijo Juan intentando ser conciliador.

—¿Qué quieres decir con «teniendo la mujer que tengo»? Ya me estás poniendo etiquetas… —continuó Pablo con su tono de reproche.
—Vale. Es que no puedo abrir el pico, todo lo que digo te molesta. Mira, estoy aquí para ayudarte, porque es claro que lo estás pasando mal. Pablo, solo quería decirte que tienes una mujer muy buena y preciosa y que no me imaginaba que te habías enamorado de otra. Pero yo no te juzgo, amigo, que aquí donde me ves, también he tenido mis líos estando casado y ¿sabes qué te digo? Que al final todo se queda en eso, en líos, porque me di cuenta de que Montse es todo para mí —dijo Juan abriéndose él también a su amigo—.Tuve una pequeña, pero muy pequeña, aventura. Cosa de nada, pero en ese momento sentía que era algo fuera de lo común… Y al final ¿sabes qué? Que solo fue sexo y nada más. Te lo cuento, Pablo, porque te puede acabar pasando lo mismo.
—¡Anda, el mosquito muerto! Eso no lo sabía yo. ¡Qué callado lo tenías, hombre! Tú con el pico cerrado, pedazo de cabrón, y dices que yo no te cuento nada… ¡Pero si eres tú el que lo callas todo! — dijo Pablo sol- tando la tensión.
—Es que no me tocó tan fuerte como a ti… y solo duró un año —admitió Juan.
—¿Un año? ¿Y en un año no me dices nada? No lo puedo creer… Qué bien lo has guardado. Y yo, para una vez que me fijo en alguien más, estoy aquí contándote todo. Y, a todo esto, ¿quién era la chica? Ahora no te lo calles. Tal vez la conozco ¿no? —Quiso saber Pablo.
Juan se percató del giro que había dado la conversación y de que se le estaba yendo de las manos. La charla tomaba un rumbo que a Juan no le convenía y trató de volver la conversación sobre Pablo y no sobre él.
—Perdona si te he cabreado, tío, pero dejemos lo mío que es agua pasada y sigue con Bea, que ya no te voy a interrumpir — propuso Juan.
—Sí,llevas razón,no la voya tomarcontigo. Es que, últimamente, salto con nada. ¿Cómo te explico? Con esta chica solo he estado una vez y ahora, no puedo volver a encontrarla —explicó Pablo—.Voy a su casa, el piso donde estuvimos, y resulta que parece que no vive allí,

¡peor aún! Parece que nunca ha vivido ahí. ¿Entiendes algo? Porque yo no. Allí pasamos una mañana fantástica y ahora me dicen que el piso está cerrado y la señora de la residencia se queda sin voz y no me explica nada…
—¡Para, tío! Ve más despacio que no te sigo. A ver si entiendo: estás buscando a Bea y no la encuentras. Pero ¿por qué me sales con una residencia? ¿Qué pinta en esto una anciana que se queda muda?
Estoy liado… —lo interrumpió Juan, aturdido.
Pablo quería descargar su mente y sus emociones todas a la vez, pero estaba complicando la situación. No podía culpar a Juan de que no siguiera una historia que iba desde el embarazo de su mujer, pasando por una mañana de pasión con una joven veinteañera, un piso abandonado y terminaba en una residencia de ancianos con una señora a la que se le iba la voz. Se dio cuenta de que era una situación incomprensible, que él mismo ya no terminaba de creer. Se llevó las manos a la cabeza, dio un fuerte respiro y le dijo a Juan:
—¿Quieres otro café? Yo lo necesito.
—¡A mí no me pidas café, tío! Pídeme una copa de vino, que necesito algo fuerte.
Se preguntó Pablo por qué era su amigo el que necesitaba algo fuerte y regresó de la barra del bar con dos copas de vino en vez del café. Ya pensaba que su historia resultaba para él mismo como una fábula.
Luego vino otra copa de vino, y luego otras tantas más hasta que ninguno de los dos podía apenas tenerse en pie. Como no estaban en condiciones de coger el coche, se fueron a la oficina y se acomodaron en el salón de reuniones. Allí se quitaron los zapatos, las chaquetas, y se tumbaron en los sofás. Entre risas y tonterías, se les fueron cerrando los ojos. Pero justo antes de caer dormido, Pablo escuchó a Juan susurrar algo. Estaba susurrando un nombre: Marina.

22. Resaca

Por la noche, sobre las nueve, el personal de limpieza ocupaba las oficinas y con el ruido de las mopas y arrastrar de mesas, los dos amigos se despertaron.

—Ja, ja, ja —dijo Juan—. Menuda mona hemos pi - llado. Mejor nos vamos ya a casa, que nuestras mujeres deben estar preocupadas.

Al nombrar a las esposas, Pablo recordó lo que había escuchado susurrar a Juan y, sin dudarlo, lo interrogó al respecto:

—Juan, antesde dormirte me ha parecido que nom - brabas a Marina.
—¡No me digas!—dijo Juany,disimulando,se echó a reír. Pablo se contagió de esa risa tonta y ya no dijeron nada más. Pablo pensó que habían estado toda la mañana hablando de mujeres y que sería normal que en la borrachera siguieran hablando de ellas.

Así se fueron a casa, todavía con los efectos del alcohol en el cuerpo. Pablo conducía lentamente, para evitar cualquier accidente. Cuando recordó que volvía a casa, pensó en Marina y en que no quería hablar con ella, ni inventar más mentiras.

Juan, por su parte, que también se iba a casa contento, pensaba en lo que había hablado con su amigo y se arrepentía de haberle contado que él también había tenido una aventura. Se lo reprochaba con amargura:

«¡Joder! —pensaba— No he tenido que contarle mi lío con otra mujer. ¿Para qué abrí la boca, para qué?». Pero así había surgido y ya no podía hacer nada.

Al llegar a casa, Pablo entró intentando no hacer ruido, pero se llevó una sorpresa al comprobar que Marina no estaba. Pensó que habría salido, pero era ya muy tarde, casi las diez de la noche, y no imaginaba dónde estaría. Supuso que, tal vez, estaría enfadada con

él por no haber ido a comer y ni siquiera haber avisado. Tampoco sabía si debía preparar cena, era tarde para eso, así que se tumbó en el sofá.

Al rato, escuchó que Marina anunciaba «¡Estoy en casa!» y sin más saludo ni conversación subió a la habitación. A Pablo le resultó muy extraño, pero estaba aliviado por no tener que dar explicaciones. Apenas pudo verla de refilón y le pareció que estaba cansada. Ni Pablo ni Marina tenían nada que decirse. La situación en la casa era tensa.

A la mañana siguiente, continuó el silencio entre los esposos y desayunaron sin decirse nada.

Acuerdo de silencios

Ya en la oficina, Juan se acercó al despacho de su amigo para saber cómo llevaba la resaca.
—Pues, tío, creo que nos pasamos ayer con el vino —le dijo animadamente, pero sin mirarlo a la cara.Juan estaba avergonzado por haber pronunciado el nombre de Marina en aquellas circunstancias, aunque Pablo no percibía la culpa que pesaba sobre Juan.

23. En el vientre

Así pasaron tres largos meses, era finales de febrero de 2019 y en la casa de Pablo y Marina la relación se había vuelto cada vez más tensa: el matrimonio seguía sin hablarse. Cada uno se dedicaba a sus cosas y el trato entre ellos dos era solo correcto. El ambiente se había ido cargando en esos tres meses.

Marina, que siempre había sido delgada, no estaba gorda, pero con cuatro meses de embarazo ya se le adivinaba tripilla y estaba más ancha. Ahora sabía que su bebé era una niña y cada día la oía llorar en el vientre. Para sí misma había decidido que se llamaría Luna, le

gustaba mucho ese nombre. A Pablo no le comentó nada ni del nombre, ni de que seguía escuchando los llantos. Tampoco Pablo se lo preguntó. Él ni siquiera se acordaba.

Durante esos tres meses, Pablo seguía buscando a Bea, sin resignarse. Iba a menudo a aquel piso en el que nadie abría la puerta y también intentó volver a hablar con la señora Sol, pero la mujer siempre ponía excusas para no atenderlo. Pablo se había propuesto ir cada semana a la residencia porque sabía que la mujer era la clave, pero tampoco en esto tuvo suerte.

Ya entrado el mes de marzo, una mañana de sábado de ese frío invierno, Marina decidió que la situación era insostenible y le dirigió la palabra a Pablo:

—Pablo, esto no puede seguir así. Llevamos como tres meses que no existimos ni tú para mí, ni yo para ti. Creo que necesitamos volver a hablar. Estoy preocupada por la niña y… Te echo de menos,Pablo,te necesito —le dijo con la voz rota.

—¿Niña? —le preguntó Pablo sorprendido. —Sí,niña. Vamos a tener una niña,Pablo. Me enteré hace unos días y no te lo había dicho y… no aguanto más. ¡Estamos esperando a una hija! —le dijo con los ojos llenos de lágrimas. Las semanas sin comunicación habían hecho mella en ella.
La noticia hizo reaccionar a Pablo, lo sacudió por dentro. Se dio cuenta de que habían perdido un tiempo precioso de sus vidas sin ninguna razón. Sintió compasión por su esposa y se preguntó cómo habían llegado a esa situación. Todo por no aceptar su paternidad y por seguir enamorado de un sueño, pues eso había sido su pasión por Bea: un sueño.
Marina notó que Pablo se ablandaba y que estaba receptivo. Entonces aprovechó para hablar, realmente necesitaba hablar con él.
—Pablo, cariño, sabes que yo te amo y… te necesi- to. No sé cómo podemos dejar pasar el tiempo así, sin hablarnos. Han pasado muchas cosas en estos meses y necesito que lo sepas. Mira, sé que

el bebé es una niña, he pensado cómo llamarla y, además, siento que el ginecólogo se ríe de mí —dijo y se echó a llorar desconsoladamente.
—¿Cómo que se ríe de ti, cariño? —le preguntó Pa- blo, con dulzura, al tiempo que la abrazaba.
En ese momento, ambos se fundieron otra vez en un flujo de amor. Marina, con sus palabras, había comenzado el despertar del camino de la paz y por ese camino pronto volvieron al amor, a un amor que llevaban tantos años cultivando y que no entendían, en realidad, por qué se habían apartado de él.
Marina se propuso hablarle a Pablo de todo… De todo lo relacionado con el embarazo, claro, no del gran secreto que guardaba dentro.
—Pablo, cariño, te pido que no te enfades. Durante estos meses he seguido oyendo el llanto de nuestra hija todas las noches y este último mes ya… A ver cómo te lo digo —comenzó Marina, que estaba temerosa de lo que tenía que contar—… No sé por dónde comenzar.
—Marina, tesoro, comienza por donde quieras. Te escucho. Mira que me estás asustando. ¡Venga, dímelo sin miedo! —la animó Pablo.
—A ver… Mira, la niña ha dejado de llorar tanto, porque no sabes tú cómo lloraba. En cuanto me quedaba tranquila, oía perfectamente cómo lloraba. Yo acariciaba mi tripa y, poco a poco, se iba calmando, como si la niña (que entonces no sabía que era niña), notase las caricias y se callaba. Y luego, Pablo, luego comenzaba a reír… Sí, sí, no me mires así, Pablo. Oía su risa perfectamente.
Pablo no daba crédito a lo que le contaba su esposa. Estaba perplejo. Si malo era el llanto, ahora, además, venía la risa. Para sus adentros el hombre no sabía qué pensar, si era que Marina no estaba bien de la cabeza o si estaba tan deseosa de ser madre que ya se imaginaba el llanto y la risa de la criatura. Y sepa Dios lo que se imaginaría después. Sin embargo, algo dentro suyo lo empujaba a escuchar a su esposa con más atención aún.
—Y mira, ahora se ríe mucho, puestiene a una ami- ga. Bueno, eso creía yo. Ellas dos hablan mucho y juegan y cuando la otra niña se va, nuestra hija llora, imagínate. Estaba tan asustada por sentir estas cosas dentro de mí que, hace unos días, me dije «¿y si le

hablo yo a mi niña?», no sea que esto me lo esté imaginando. Entonces, en un momento en el que las dos niñas jugaban, yo me toqué la tripa y les dije: «¡Basta ya de tantas risas y juegos que os traéis las dos!». Y entonces… —Marina se interrumpió y se llevó las manos a la cabeza.
—Sigue, cariño, no te calles. ¿Qué pasó? —la apre- mió Pablo.
—Pues, se callaron y nuestra hija me dijo: «sí, mamá. Perdona».
—¿Quieres decir que nuestra hija te habló? ¿Que puede hablar desde la tripa?
—Sí, Pablo. Eso es lo que pasó, te lo juro. Nuestra hija me contestó.
Pablo no sabía qué decir, ni qué pensar, pero trató de ser coherente.
—A ver, cariño, mira: que el bebé… perdón, que la bebé llore, no está mal, nos lo explicó el médico, pero que ría y juegue y ¿con una amiga dentro de ti? No sé, es muy difícil de entender —dijo Pablo— y, además… ¿Cómo sabes tú cuál es nuestra hija? ¿Y es que tienes otro bebé dentro? Marina, algo me estoy perdiendo.
—Mira, te cuento. Para nuestra hija he elegido un nombre: Luna. Sé que no te lo había contado. Y yo hablo con ella… Cuando hace unos días el ginecólogo me dijo que era niña, entonces elegí su nombre. Eso es normal ¿no? Cosas de padres. Quiero llamarla Luna. ¿Te gusta?
—Pero, Marina, antesdelo del nombre, explícame, ¿es una niña o son dos? ¿Vamos a tener dos niñas? — preguntaba Pablo sin saber si su mujer le estaba haciendo una broma o si estaba desvariando.
—¿Cómo te explico,Pablo? Hay otra niña, pero no es nuestra. Cuando fui al ginecólogo le pregunté cuántos bebés tenía y fue muy claro: «señora, tiene una niña y está muy bien». Así que si solo llevo una niña, la otra… no sé, Pablo. Yo solo te puedo decir, que las escucho hablar. Y el otro día ¿sabes qué? —preguntó Marina.
—No, no sé qué pasó el otro día. Dímelo por favor que estoy muy nervioso —le pidió Pablo, visiblemente alterado.
—Pues, hace unos días, como no paraban de jugar, les volví a decir: «¡Ya está bien! ¡Silencio!». Y entonces les pregunté: «¿quién de vosotras es mi niña?» Y Luna me dijo, escucha Pablo lo que me dijo: «mamá, si ya me has puesto nombre, cómo no vas a saber quién soy». Pablo, imagínate, la niña me habla, yo escucho su voz dentro

de mí. Y dice que tiene una amiga que le habla, con la que juega, ríe y ya casi no llora…
Marina le contaba a Pablo esta historia que ni tan siquiera ella se terminaba de creer. No comprendía lo que en su vientre estaba ocurriendo.
—¿Cómo que ya no llora casi nada? —le preguntó Pablo desorientado.
—Es que antes, cuando no tenía a su amiga imagi- naria, pues creo que se la imagina, Luna lloraba mucho. Pero, ahora, está feliz y para mí es un descanso, pues con tanto llanto no podía estar en paz.
Pablo, completamente desconcertado por lo que escuchaba, llegó a preguntarse si su mujer no estaba simplemente tratando de llamar su atención con estas historias, si todo sería una estrategia para recuperar la relación entre ellos. Las explicaciones de Marina eran realmente muy difíciles de creer, pero, al mismo tiempo, la veía a ella tan metida en el personaje que también se implicó en la historia y se empezó a hacer preguntas del tipo «¿por qué este ser necesita hablarle a su madre?». La historia, real o inventada, le planteaba interrogantes y quería saber más, porque sospechaba que había más todavía, que Marina no le estaba diciendo todo.
El hombre procuró tranquilizar a su esposa y volvió a abrazarla. Llevaban tanto tiempo sin dedicarse una muestra de cariño que echaba mucho de menos a su mujer. Ella necesitaba esos abrazos y ambos se sintieron como antes de comenzar la aventura de ser padres, como antes de esos meses en solitario que acababan de pasar.
Pablo se convenció de que estaría más tiempo al lado de Marina y de que olvidaría los sueños con Bea para siempre. Se propuso firmemente tomarse en serio su paternidad. Marina, por su parte, se sintió al fin arropada por su esposo.
Pero Pablo no estaba preparado para lo que se le vendría encima. Y es que ¿está el ser humano preparado para afrontar las vueltas de la vida? Una vida que se presenta de tantas formas que puede llevar a equivocaciones, a dudar de uno mismo, a juzgar, a no entender lo que se entendería si se mirase con los ojos del amor.
Esa mañana, Pablo preparó el desayuno como lo hacía antes,

cuando estaban enamorados, y Marina preparó la mesa. Por fin, todo volvía a ser perfecto y Marina suspiró aliviada. La mujer realmente necesitaba contención. Las conversaciones que escuchaba en su vientre la tenían preocupada. Si ya de por sí era extraño escuchar esas voces, las conversaciones de las niñas eran también extrañas. Además, sus voces eran como de niñas ya crecidas, como de unos siete años, y parecía que hablaban en un código propio que Marina no acertaba a descifrar.
Pero si todo esto era real, ¿de quién era la otra voz? ¿Quién era la otra niña? Marina se hacía las mismas preguntas que Pablo le había hecho a ella y había trazado un plan para desentrañar el misterio, pues el trajín que se traían las niñas era muy grande.

24. El paseo

Aunque la mañana era fría, el sol brillaba con fuerza y eso animó a la pareja a salir a dar un paseo después de desayunar.

Pablo caminaba sereno junto a Marina, sintiéndose a gusto con ella cuando, a lo lejos, le pareció ver a Bea. ¡No! ¡No podía ser!

«Imposible», se dijo Pablo. Conforme iba andando junto a Marina, se acercaban poco a poco a aquella chica. Marina hablaba de lo fresca que estaba la mañana y de vaya a saber qué, porque Pablo no estaba ya en la conversación, sino que solo miraba la silueta de la chica joven que poco a poco se les iba acercando.

Marina se dio cuenta de que estaba hablando sola, pues Pablo estaba en las nubes y, aunque no sabía lo que su marido estaba pensando o viendo, se detuvo en seco y le dijo:
—¿Me atiendes, Pablo?
—¡Ah, sí! Claro —respondió Pablo.
—¿En qué piensas que vas tan distraído? —le pre-

guntó ella.
—Sí,bueno… Me he quedado algo distraído, pero…
No, no es nada —pudo responder, concentrado en
realidad en ver a la joven por el rabillo del ojo. Marina retomó la conversación en la que solo participaba ella y la joven pasó justo al lado de Pablo, que
se quedó petrificado: era ella.
Se miraron. Bea no retiró su mirada de Pablo ni por
un momento.
Él estaba avergonzado, pues iba cogido de la mano
de Marina.
«¿Qué pensará de mí?», se preguntaba. El hombre
estaba blanco de desconcierto: meses buscándola afanosamente y ahora, justo cuando se había propuesto
olvidarla, sin pretenderlo, sin mover un dedo, la encontraba, en el peor momento posible.
Tenía que reaccionar deprisa, pues Marina se daría cuenta de que realmente le pasaba algo y no quería
volver a estar a malas con su mujer y tampoco quería
perder de vista a Bea. La siguió de reojo y se dio cuenta
de que ella no lo saludaba, como si supiera que Pablo,
en realidad, no estaba separado de su esposa, como le
había contado.
«¡Qué mala suerte tengo!», gritaba por dentro pensando en que no volvería a verla y en cómo era posible

que la encontrara ahora, cuando después de meses al fin se acercaba a su mujer. «Tonto, más que tonto», se decía, hasta que Marina interrumpió de golpe sus pensamientos.

—¿Tú me estás escuchando?

—Claro que sí, cariño. Con las ganas que tenía de salir juntos a pasear —le respondió Pablo.

—Ya, y yo también, pero… No sé, te veo distraído, estás como ausente —se quejó ella con razón.
—Es que me ha parecido ver a una compañera del trabajo y no sabía si hablarle… —se excusó Pablo, vol- viendo a tirar de mentiras. Era evidente que se había detenido cuando Bea pasó a su lado, pero, como siempre, pudo salir airoso frente a Marina. Sin embargo, ahora que acababa de recomponer la relación con su esposa, le dolía empezar de nuevo con las mentiras.
Pablo lo tuvo claro: el lunes, sin falta, volvería a buscar a Bea. Aunque su amor por Marina era fuerte y lo sentía renovado, también se había activado el deseo de ver a Beatriz y sus pensamientos reavivaban aquellas horas de placer junto a la joven.

25. Un plan

El paseo le sentó muy bien a Marina, que pudo hablar de la niña como si todo estuviera perfecto, olvidada de los llantos, las risas y los juegos. Hablaba como si se tratase de un embarazo normal y como si nada de aquello hubiera sucedido.

Después de comer, Pablo le propuso a su esposa que reposara en el sofá del salón, pues veía que se le habían hinchado los pies. Ella accedió con gusto y Pablo se acomodó a su lado, le cogió los pies y comenzó a hacerles un masaje mientras Marina se quedaba dormida.

A Pablo también lo ganó el sueño, pero cuando se rindió a él, oyó unas risas y unas vocecitas de niñas que lo despertaron enseguida. Observó que Marina dormía serena, pero escuchó dentro de ella esas risas. Acercó su oreja al vientre de su esposa y lo pudo oír claramente: saltos, risas y unas voces de niñas que sonaban como lejanas. Eran dos niñas y una llamaba a la otra Luna, y Luna llamaba a la otra… Sol. Pablo, que había preferido creer que Marina se inventaba estas cosas, ahora estaba aterrorizado.

Entonces, Marina se despertó de su corta siesta y le dijo:
—¡Uf! ¡Qué mal sueño acabo de tener! Pablo, otra vez he oído a las niñas jugar. Ya no sé qué pensar, Pablo, creo que me estoy volviendo loca.
—No, cariño.No estásloca, o lo estamoslosdos: yo también las he oído —confesó Pablo.
—¿A las dos? —preguntó Marina.
—Sí, cariño, a lasdos.Yno veasquésusto.No tehe querido despertar, pero lo he oído. En tu tripa nuestra hija habla y, además, tiene una amiga, a la que llama Sol y yo diría que hasta se lo pasan bien… Marina, deberíamos ir al médico, tenemos que hacer algo —expresó preocupado.
—Lo de las voces ya se lo he dicho el ginecólogo y, por sus gestos, me di cuenta de que no me cree. Como te decía, creo que se ríe de mí, Pablo. Tengo mis dudas sobrevolver a hablar deestocon él —leexplicó Marina.
—La solución esclara: buscaremosotro médico.No vamos a estar con un médico que no te ayude, cariño. ¡Faltaría más! Nosvamosa otra consulta.Pero tenemos que saber qué está pasando —propuso Pablo.
—Tendremos que empezar a contar todo desde el principio y… lo mismo también piensa que estoy loca…

Acuerdo de silencios

No sé, Pablo, no sé. Tengo tantas dudas y tanto miedo… —le dijo ella.

—¡Tengo una idea! —anunció Pablo entusiasma - do—. Tendremos lista la grabadora y, cuando vuelvan a hablar, lo grabaremos todo.

¿Qué te parece?
—Es buena idea —accedió Marina sonriendo. —¿Cuándo notas las voces? —le preguntó Pablo

concienzudamente.
—Pues mira, siempre cuando estoy tumbada, en la siesta, o por la noche, aunque me ha parecido oírlas

alguna vez también cuando estaba en la ducha, pero, sobre todo, es cuando estoy relajada en la cama cuando comienzan las dos a jugar —explicó Marina. —Entonces… Esta noche, cuando nos acostemos, preparo la grabadora del móvil y lo registramos todo —concluyó él.

—Me parece genial, Pablo. Pero… ¿Y después qué vamos a hacer? —le preguntó Marina.

—Le llevamos la grabación al médico y que lo oiga él mismo. Que es cierto que se escuchan dos niñas, que juegan y ríen en tu tripa. Cuando lo escuche, podrá ayudarnos. Seguro que sabrá de más casos como estos o que investigue y lo descubra. No te preocupes, Marina, verás cómo todo se arregla.

Marina estaba feliz de que Pablo se implicara así en esta cuestión, sin embargo, algo dentro la mantenía inquieta. Sabía que lo que le ocurría no podía ser normal. ¿Sería una señal? Por su parte, Pablo estaba dispuesto a llegar al fondo del asunto, a reunir pruebas y encontrar una explicación, pero, al mismo tiempo, no salía de su asombro con el nombre de esa otra niña: Sol, como la señora de la residencia, la dueña del piso donde había estado con Bea. ¡Vaya si el nombre era significativo para él! Pero de esto no podía decirle nada a Marina o toda su historia con Bea saldría a la luz. Pablo se dijo a sí mismo que sería casualidad, trató de quitarle importancia y centrarse en su plan de grabar a las niñas.

Cuando la pareja estuvo en la cama, grabadora en mano, ninguno de los dos podía dormir y las niñas no hacían ruido, no se oía ni un murmullo. Entonces Pablo le dijo a su mujer:

—Marina, tú duerme que yo me quedo para oírlas y grabarlas, ¿vale?

—Vale, Pablo. Pero el caso es que no puedo dormir. Mejor, espero contigo. Ya deben estar a punto de comenzar a jugar. Hagamos silencio y verás. Siempre juegan cuando me quedo en silencio.

Pablo accedió y dejó de hablar inmediatamente. Pero por mucho silencio que guardaron, las niñas no daban señales. Pasó el tiempo y seguían sin escuchar nada, hasta que el silencio de la noche los durmió a los dos. Como si estuvieran viéndolos, esa noche, las niñas no gritaron, ni bailaron, no hicieron ningún ruido hasta que Marina y Pablo estuvieron en el más profundo de los sueños. Entonces sí, comenzaron a hablar, pero en un sutil susurro, pues era lo que les convenía.

26. Las niñas

—Mira,Luna,ya están dormidos tus padres. ¡Qué listos! Se pensaban que nos iban a pillar, ja, ja —le dijo Sol a Luna, radiante de felicidad.

—Esverdad, pero, bueno, ¿y quésihablamos? ¿Qué hayde malo enhablar?¿Lo sabes tú,Sol?—le preguntó Luna y propuso—: ¿Jugamos ahora que no nos oyen?

Las niñas pensaban que no hacían nada malo y tanto Luna como Sol se lo pasaban muy bien mientras esperaban el momento en que se abriera la puerta para ver el mundo nuevo.

Luna y Sol estaban felices en su mundo, un mundo que se movía, hecho solo de amor. Ellas habían elegido quiénes serían sus padres, y habían decidido estar en el mismo sueño, lo habían decidido todo y, mientras la vida que habían decidido se plasmaba en el aquí y el ahora, ellas vivían en una dimensión sin tiempo ni espacio, en la que jugaban y reían. Ellas sabían que eran hijas de un mismo amor, del Universo, el Todo. Un amor que muchas veces se pierde de vista en el presente, pendiente el ser humano de lo material, dando espacio a la envidia, a la rabia, al miedo… Olvidados de reír como hijos del amor.

—¡Vale, Luna, ¡vale! Juguemos, pero en silencio, no sea que ellos se despierten y nos tengamos que dormir —dijo Sol—. Vamos despacio y lo vamos a pasar tan bien como siempre.

Con Pablo y Marina profundamente dormidos, las niñas jugaban a sus anchas. Hasta la grabadora parecía dormir en la mano de Pablo. Pero esa noche, las pequeñas tuvieron mucho cuidado de no hacer ruido, jugando sigilosamente en ese sueño de amor, sin preocupaciones. Aunque las niñas compartían sus juegos y hablaban entre ellas, todo era un hermoso sueño, pues cada una estaba en un espacio y en un tiempo diferente, un tiempo en el que los deseos y sueños de un amor roto se hicieron realidad después de muchos años de espera. En esos ratos de juego, ambas se reunían en un mismo presente, no se sabe si eran conscientes de ello.

27. Intentos

Pablo se estiró y notó que un rayo de luz llegaba a sus ojos desde la ventana, anunciando que el nuevo día había empezado. Él, con la grabadora todavía en la mano, veía desvanecerse el plan que habían trazado. Los que se habían propuesto pasar la noche en vela, habían roncado al unísono hasta el amanecer.

Cuando se espabiló, lo primero que hizo el hombre fue mirar si, tal vez, había dejado la grabadora encendida, pero no, no habían tenido esa suerte.

Marina se despertó también, con la esperanza de que al menos Pablo hubiera permanecido despierto.
—¿Lo haspodido grabar? —preguntó nada másabrir el ojo.
—Pues, cariño, no te voy a engañar, mira, me dormí. Y no tuve el acierto de dejar esto encendido. Nuestro gozo en un pozo. Tendremos que buscar un mejor momento, ¿no te parece? —admitió con resignación.
—Pues no sé, Pablo. Yo no quiero estar todas las noches en danza,

la verdad, me está dando miedo. ¿Y si vienes al médico conmigo y se lo cuentas tú también? —propuso Marina abrumada por ver el planfracasado.
—¡Perfecto! Mañana lunes, llamasy que te dé cita.Yo iré contigo, te lo prometo. Confía en mí —dijo Pablo sin recordar que tenía otro frente abierto que ocuparía su tiempo.
—Vale, cariño. Pido cita mañana, pero, esta noche, intentaremosvolver a grabar ¿vale? —propuso ella sin resignarse con el tema de la grabación.
—Sí, es verdad. Esta noche no podemos desvelarnos, que mañana hay trabajo, pero dejaré la grabadora encendida desde el principio ylisto —propuso entusiasmado.
Contar con el apoyo de Pablo a Marina le daba esa paz y seguridad que todas las mujeres necesitan cuando están embarazadas. Marina necesitaba sentirse amada y comprendida, sobre todo, en esa extraña situación.
Pablo y Marina pasaron todo el domingo juntos en casa y, a la hora de la siesta, lo intentaron de nuevo: Marina se echó en el sofá y Pablo quedó al acecho con el móvil listo para grabar. Pero tampoco esa tarde pudo captar nada. A Pablo le entró la duda de que, tal vez, tanto él como su esposa estaban imaginando cosas.
Por otro lado, Pablo también dudaba sobre si en verdad había vuelto a ver a Bea.«¿Realmente era ella? —se preguntaba—. ¿Qué hacía por allí?». Al fin y al cabo, muchas veces la mente se confunde e imagina cosas que no son o, incluso, puede crear cosas. Se crean miedos, se crean emociones. Podemos creer ver, oler, sentir… y de tanto creer en ciertas cosas, podemos crearlas, llevarlas a la vida.
Por esta senda de pensamiento, Pablo se preguntaba si toda su aventura con Bea habría sido un sueño y, curiosamente, esa idea lo aliviaba, pues, si no era así, le tocaría sufrir y hacerlo en silencio, ya que no lo podía compartir con Marina. ¿Qué pasaría si Marina se enterase? Era muy poco probable, ya que solo había confiado su infidelidad a Juan y quería creer que su amigo no se iría de la lengua.
A la noche, repitieron el experimento. Les costó dormirse, pero al fin cayeron. Despertaron antes del amanecer. Pablo comprobó su móvil

y vio que había varias horas de grabación, pero no podía reproducirlas en ese momento, así que se puso en marcha como cualquier lunes. Marina, pensando que Pablo tal vez había fracasado de nuevo, pues no le comentaba nada de la grabación, decidió no preguntar. Así, los esposos desayunaron y se despidieron sin hablar del tema.

28. La estela de Bea

Cuando Pablo llegó a su trabajo, como siempre, ya estaba por allí Juan, al acecho. A Juan le gustaba enterarse de cuándo llegaba Pablo, no solo por llevar el control, sino para hacerlo rabiar un poco y gastarle algunas bromas. Era algo que en la empresa se podían permitir y que Pablo, en el fondo, apreciaba de su amigo.

—¡Hola, tío! ¿Qué tal el fin de semana del futuro papi? —le dijo Juan, a quien el embarazo de Marina le venía como anillo al dedo para meterse con Pablo.

—No me toques las narices —lo atajó Pablo sinéxito. —¡Ese es mi chico! —continuó bromeando Juan, a pesar de que Pablo traía cara de pocos amigos esa mañana.

—Mira, Juan vamos a trabajar, que yo vengo algo roto y no estoy para bromitas de papi ni de nada. Luego te cuento —dijo Pablo con el tono bastante subido.

—¡Vamos, tío! ¡Qué muermo eres! Contigo últi - mamente no se puede ni hacer una broma. Me voy al despacho. Luego hablamos… Si quieres.

Pablo se puso a trabajar y, cuando más concentrado estaba, sonó el teléfono. Era la secretaria anunciando que tenía a una cliente esperándolo. Como Pablo no recordaba haber quedado con nadie dijo a la secretaria que le dijera que esperara, pues no quería

interrumpir el correo que tenía a medias. Siguió concentrado y, cuando acabó, mecánicamente, siguió revisando sus correos. Habían pasado casi 30 minutos cuando recordó que tenía a esa cliente en espera, se echó las manos a la cabeza y decidió encargarse de ello.

En ese momento, cuando se disponía a llamar a la secretaria, se abrió su puerta de un golpe y apareció Juan, nerviosísimo, con la respiración acelerada y le dijo:

—Bueno, tío, ¿a qué esperas?
—A ver… Tranquilo,tranquilo. ¿Qué pasa que vienes tan exaltado, Juan? Casi me matas de un susto entrando así —le dijo Pablo tratando de sosegarlo y tomándose con gracia la irrupción.
—Pero i¿no ves a quiéntienes esperando?!—le dijo Juan sin relajarse ni un poco.
—Por tucara, diría quea un fantasma, hombre—le respondió Pablo riendo.
—Sí, ¡fantasma! No es por mí, tío, pero estaba es- perando tu chica. Y como estabas tan colado por ella…
—Juan, estás tan alterado que no te entiendo, vaya mañana que llevas —continuó Pablo sin darse cuenta de lo que Juan le decía.
—Es ella, Pablo. Tu amiga… Bea. ¿Así se llama, no?
Fue al escuchar ese nombre que Pablo comprendió que «la clienta» que llevaba media hora esperándolo era Bea y se quedó paralizado.
—Pero, tío, ¿no reaccionas? Con lasganasque tenías de encontrarla y ¿no sales corriendo?
Espabilado por Juan, Pablo corrió hasta la secretaría, pero, al llegar allí, no había nadie. Sofocado, le preguntó a la secretaria por la cliente y esta le anunció que se acababa de marchar.
—¿Se ha ido? Pero ¿no ha dicho nada? ¿Ha dejado algún recado?
Pablo no paraba de preguntar a la secretaria que no sabía más que lo que le había informado. El hombre se echó las manos a la cabeza y suspiró. Su mente se llenó de culpa por haber tenido esperando a la pobre Bea, después de meses buscándola, ahora la dejaba escapar así… No lo podía creer. Volvió a su despacho y cerró la puerta: no quería ni ver a su amigo. Echaba la culpa a todo el

mundo, pero, sobre todo, a él mismo. ¿En que estaría él pensando? ¿Por qué no acudió al momento?, se reprochaba y se preguntaba si era que ya la había olvidado.
A la vista estaba que no, pues lo recorría el mismo sentimiento que el día que la conoció. Ahora podía estar seguro de que la joven que había visto el sábado en el paseo era Beatriz, definitivamente.
Mientras pensaba en esto, recibió otra llamada de la secretaria que le anunciaba que tenía a una cliente al teléfono y esta vez contestó sin demora:
—Sí, sí, sí. Pásame la llamada.
—Sí,dígame —dijo temblando,pues ensu alma sen- tía que era Bea quien estaba al otro lado de esa llamada.
—¡Hola,Pablo!Soy Beatriz —dijo ella también muy nerviosa, tanto que le costaba hablar. Notaba la respiración de Pablo y solo eso ya la excitaba y no la dejaba pensar. No sabía qué más decir, pero sentía la presencia de Pablo y eso le bastaba, le bastaba con saber que él estaba al otro lado, que era su corazón el que latía.
Permanecieron así, callados y abrazados al teléfono, y pasaron a un estado de gracia en el que, sin hablar, se dijeron todo, un estado de éxtasis, de amor.
Los dos esperaban que fuera el otro quien rompiera el silencio, pero, a través del silencio, Pablo percibió que Bea estaba llorando y, roto por la emoción, también sus ojos se cargaron de lágrimas. Sentía una gran impotencia por no poder abrazarla en ese momento, ella necesitaba un abrazo y él daría cualquier cosa por poder dárselo. Y es que Bea, aunque no se lo pudo contar a Pablo, había tenido muy pocos abrazos en la vida. A pesar de que solo habían compartido dos días de conversación, Pablo sentía que la vida de la joven no había sido fácil y ese sentimiento lo acercaba entrañablemente a ella.
Se dice que cuando las almas gemelas se encuentran, se reconocen, saben que son ellas: saben lo que piensan y lo que sienten, incluso, lo que sentirán en la eternidad; son una sola luz, una sola mente, un solo sentir, un solo amar y eso eran Pablo y Bea.
Pablo siempre había creído que cada persona tiene un alma, un alma que luego se abandona para encontrar el espíritu y que las almas pueden encontrarse en el más allá. En verdad, Pablo sentía que

podría haber algo más en el amor y que el amor era lo que tenía con Marina, pero ahora se sentía confuso. Bea le hacía sentir el Edén. No sabía cómo ni por qué, solo lo sentía. Y aunque él amaba a Marina, el sentir hacia Bea era algo distinto. Pablo quería dejarse aconsejar por su voz interna, una voz que le decía: «ve a buscar a tu amor», pero no sabía quién era su amor.
Finalmente, fue Bea quien rompió ese silencio que mantenían, ese silencio en el que se entendían porque vibraban en él.
—¿Estás ahí? —preguntó, aunque sabía la respuesta.
—Sí, Beatriz, estoy aquí.Te espero desde hace cuatro meses.Estoy aquí —le dijo Pablo repetidasveces, aun- que también sabía lo que iban a decir. Conocían todas las preguntas y las respuestas, pero se dejaron llevar.
—Me gustaría verte.Voy a ir a la cafetería en la que estuvimos desayunando. ¿La recuerdas? Estaré allí a las tres. ¿Te parece? —dijo sin extenderse más, pues sabía que sobraban las explicaciones.
—Sí, sí. Allí estaré —confirmó Pablo sin derrochar más palabras mientras en su mente se repetía «por fin vuelvo a verla».

29. Tres

A Pablo la mañana se le hizo eterna. Las horas no pasaban y, por el pasillo, escuchaba el ir y venir de Juan. Aunque Pablo le había confesado a Juan su aventura, no quería decirle nada más, sentía que era mejor callar y algo en su interior lo ponía sobre aviso respecto a Juan, aunque no sabía qué.

Al acabar la jornada, Pablo se lanzó al encuentro con Bea. Salió de la oficina sin apenas despedirse y cruzó la calle para llegar a la cafetería, pero, justo en la puerta, se encontró de frente con Juan.

—¡Anda, Pablo! Tú por aquí… ¡Qué casualidad! ¿No? —le dijo Juan que se había puesto rojo y visiblemente incómodo por la sorpresa. Nunca esperó encontrar allí a Pablo a esa hora. Tampoco Pablo

entendía qué hacía Juan ahí, ya que siempre acudía directo a casa al salir del trabajo: su mujer lo esperaba para comer y era bastante estricta. Por su parte, Pablo dio la socorrida excusa de la entrevista con un cliente y, miméticamente, Juan intentó escapar por el mismo lado:

—¡Anda! Yo igual.He quedado con un cliente, pero se ha hecho tarde y no creo que esté aquí —dijo y se echó a reír mientras por dentro pensaba «la que se va a liar cuando llegue…».

Era evidente que ambos ocultaban algo y que ninguno de los dos iba a decir la verdad. Se quedaron riendo como tontos y, de repente, se presentó Marina.

—Cariño, pero ¿qué haces aquí? —peguntó Pablo a su esposa.
—¡Hola, cariño! —dijo ella igual de sorprendida—. Pues, mira, he quedado con una amiga del gimnasio, como ya no voy, pues hemos decidido quedar por aquí. Perdona que no te haya avisado, luego he caído en la cuenta de que sería ya la hora de comer…
¡Anda! Y no me encontrarías en casa. Pero, vaya… ha surgido así —dijo improvisando, en realidad no sa- bía por dónde salir. Se había llevado un chasco al ver a Pablo.
En ese momento, Pablo y Juan deberían estar de camino a sus respectivas casas y Marina se suponía que —como venía haciendo desde hacía un tiempo— estaría en casa esperando a su marido para comer, pero allí estaban los tres en la puerta de una cafetería, inventando excusas y completamente perdidos.
Lo que Pablo quería era encontrarse con Bea y aprovechó los saludos para decir:

—Chicos, perdonar, voy a pasar dentro, no sea que mi cliente se marche, si no se ha marchado ya —y se echó a reír para disimular mientras se preguntaba qué estaba pasando, qué pintaban Juan y Marina allí… Algo olía mal y no solo su propia culpa.

—Pasa, pasa, yo te espero aquí, por eso de no dejar sola a tu mujer… —dijo Juan disimulando también.
—Yo… Enseguida paso a ver si ya está mi amiga,pero no voya dejar solo a Juan—explicó torpemente Marina.
Los tres reían con risa nerviosa, pues las mentiras de todos estaban a punto de salir a la luz.

30. Perfume

Cuando Pablo hubo entrado a la cafetería, Juan suspiró y dijo:

—¡Uf! ¡Qué situación, Marina! No me esperaba en - contrar a tu marido aquí. No sé qué hacer, no puedo ya con tantas mentiras. Lo estoy pasando mal, por ti, por mí y... Es mi mejor amigo. Marina, esto no puede seguir.

Marina era la mujer con la que Juan llevaba un año teniendo una aventura. La relación entre ellos había surgido sin buscarla. Marina siempre había estado muy enamorada de Pablo, pero en aquel momento, sentía que le faltaba algo y… llegó Juan, tan dado a las aventuras, un seductor que pronto consiguió rendirla a sus brazos. Marina había apartado a Pablo de su pensamiento y se había dejado seducir.

La imagen que Juan daba en el trabajo, frente a sus compañeros y en su hogar, era del típico hombre de familia. Tenía mujer y dos hijos. Era afectuoso y muy entregado… sobre todo a las mujeres. Para Marina esa faceta también era desconocida, pero Juan era todo un mujeriego: no pasaba un momento sin que se le fuesen los ojos detrás de otras mujeres y tenía aventuras. Por esto, hacía varios años que tenía un «nido de amor», un apartamento en el que vivía sus emociones con otras mujeres que no eran la suya.

Un día en el que Juan fue a comer a casa de Pablo, pues solían reunirse para merendar o hacer fiestas, su mirada se encontró con la

de Marina y a partir de ese momento decidieron quedar para tomar un café. Un encuentro llevó a otro y pronto Marina cayó a sus pies.

Y como Juan trabajaba en el mismo edificio que Pablo y sus despachos estaban en el mismo pasillo, le resultaba fácil controlar los movimientos de su amigo y escabullirse de él para vivir su «amor» con Marina. Ella, en cambio, sí tenía un sentimiento hacia Juan, sin llegar a entender cómo, de entre todos los hombres, se había enamorado del mejor amigo de su esposo.

Marina vivía esta aventura aterrorizada por lo que estaba haciendo y desde una culpa que no la dejaba vivir en paz.

—Llevasrazón, Juan, yo tampoco puedo ya con esto, son muchos meses de engaños y… Pablo no se lo merece. No sé qué hacer, pero tenemos que solucionarlo cuanto antes —le suplicó Marina ahogada en culpa.

El caso es que Marina estaba algo enamorada de Juan y, aunque no quería lastimar más a Pablo estaba el problema del embarazo: ¿de quién era la bebé? Este asunto traía a los amantes por el camino de la amargura, pues no podían saberlo.

Muchas veces Pablo había llegado a casa y no había encontrado a su mujer, pero como él vivía en su mundo, siempre enfrascado en sus cosas, no se percataba de las ausencias de Marina o las justificaba desde la lógica. En el verano, ya se sabe, las amigas, la piscina, las terrazas… Y ese invierno era él el que había perdido la cabeza por Bea.

En ese mismo momento, Pablo no era capaz de atender a las señales que tenía delante porque estaba loco por encontrar a Bea. Buscó a «su cliente» en la cafetería y de repente la vio a lo lejos. Estaba sola y exactamente igual que el día que la había conocido: la misma ropa y esos tacones rojos que le fascinaban… Era como si los meses no hubieran pasado para ella. Estaba preciosa y comenzó a acercarse, pero, por precaución, miró detrás de la puerta de la calle,

donde esperaban Juan y Marina y, de repente, cambió de actitud. Le pareció que estaban discutiendo, incluso creyó ver que Marina lloraba… Vio algo raro, pero como toda su ansiedad era llegar hasta Bea, movió la cabeza y retomó su marcha hacia ella.

Bea lo miraba; él observaba cada detalle de la joven y, antes de llegar a su lado, percibió su perfume, ese perfume que le hizo cerrar los ojos. Al llegar a su mesa, Bea se levantó, se miraron y con esa mirada se dijeron todo. Pablo y Bea podían hablar a través del silencio, un silencio que él no sabía explicar, era algo sobrenatural, ya que ese silencio le hacía revivir el sentimiento de una aventura de muchos años atrás: era como si todo ya hubiera sido vivido. Pero Pablo no era consciente de ello en su mente presente, era la mente inconsciente la que le traía esos recuerdos ya disfrutados.

¿Ya disfrutados? ¿Cuándo?

Pablo se acercó un poco más y rozó su mano. Ella se estremeció y movió suavemente sus dedos para devolverle la caricia a Pablo. Por sus mejillas cayeron dos lágrimas que Pablo limpió suavemente con la yema de su dedo.

—Me moría de ganas de volver a verte. Te he busca - do hasta en los infiernos, ya no sabía a dónde ir. Desde aquella mañana no he dejado de buscarte. En mi mente, cada pensamiento es para ti, Bea, el primero en la mañana y el último en la noche, todos son para ti —le confesó él.

—Pablo, no puedo dartetodaslasexplicacionesque necesitas, solo quiero decirte que te amo. Sé que ninguno ha sido del todo sincero, tú lo sabes, pero desde el momento en que te vi supe que eras mi primer y único amor. No me preguntes por qué lo digo, ahora no hay tiempo, y tú lo sabes. Pero te amo y, pase lo que pase, te amaré siempre, hasta la eternidad. Algún día lo entenderás —le dijo ella.

El iluso de Pablo no entendía nada, claro que no entendía, pero las palabras de Bea le sonaban a despedida y entonces le dijo:

—No te voya dejar marchar. Hablaré conmi mujer, haré lo que haga falta, pero necesito que estés conmigo. Quiero que seas parte de mi vida, quiero vivir mi sueño contigo.

—Tú lo has dicho Pablo, es «tu sueño». El mío está lejos, pero estás en él, estás y siempre estarás en él. Pablo, con el tiempo entenderásque eresmisueño —dijo Bea dejando a Pablo perplejo.

—No te entiendo, Bea —dijo él preocupado, casi suplicando una explicación con su tono.
—Tú sueñas estar conmigo y yo contigo, pero es- tamos muy alejados y no podemos estar juntos. Tienes que darle tiempo al tiempo y, algún día, entenderás mi amor eterno —dijo Bea.
—Sigo sin entender, pero voy a salir a la calle a de- cirle a estos dos que me están esperando que me tengo que ir contigo. Enseguida vuelvo,amor —le dijo Pablo sin saber que ese sería el adiós definitivo.
—Espera, Pablo, espera… —suplicó Bea desespera- da, pero Pablo no la escuchó. Estaba ciego y sordo y así corrió hacia la calle para echar, una vez más, una de sus mentiras y volver con Bea.
—Chicos, mirar, está aquí mi cliente.No sé qué ha- réis vosotros, pero yo tengo que terminar un asunto y luego voy a casa. Marina, no he visto a tus amigas por aquí, te lo digo solo para que lo sepas —dijo apre- suradamente pensando que así Marina se marcharía. Pablo quería que su mujer se fuera a casa y de Juan no se preocupó. Solo sabía que esta vez no se despediría de Bea así como así. También era cierto que había notado algo tenso en la situación entre Juan y Marina, pero su preocupación en ese momento era otra y no imaginó que también ellos querían despedirse de él.
—Notepreocupes, tío.Yomevoy a casa.¿Teacerco a la tuya, Marina? —dijo Juan.
—Si,te lo agradezco,Juan. Pues nada,Pablo,en casa nos vemos, ¿vale? —dijo Marina.
Pablo no podía imaginar que eso era lo que su mujer y su mejor amigo estaban deseando: quedarse a solas. En ese momento, él no podía pensar más allá de Bea y volvió rápidamente al interior de la

cafetería.
Al entrar, no pudo ver a Bea en la mesa donde la había dejado, pero se acercó pensando que estaría en el servicio. Sin embargo, al llegar hasta la mesa comprobó que tampoco estaba ahí su abrigo. Algo nervioso decidió preguntar a la camarera:
—Perdone, ¿sabe a dónde ha ido la chica que estaba en esta mesa tomando un café?
—¿Qué chica? —preguntó la camarera extrañada.
—Pues la chica que estaba aquí sentada hace un mo- mento —explicó Pablo.
—Mire, aquí no ha habido nadie, solo usted, señor. Le he visto hace un momento, ha salido a la calle y ahora ha vuelto a entrar.
—Vamos a ver,vamos a ver —dijo Pablo intentando tranquilizarse—. Cuando entré, había aquí una joven tomando un café ¿no?
—Perdone, señor, lo siento.Tengo mucho que hacer y ya le he dicho que aquí solo ha estado usted, nadie más. Esta mesa está muy alejada de la barra y no la frecuenta nadie. Hoy solo ha estado usted, por cierto, de pie delante de la mesa, que me he dado cuenta —le dijo la camarera terminando esa conversación, absurda para ella, y se fue moviendo la cabeza de lado a lado, como diciendo: «este hombre está algo ido».
«No entiendo nada», se dijo Pablo que ya no sabía qué pensar.
Se llevó las manos a la cabeza y luego pasó una de ellas por sus ojos.
¿Se estaba volviendo loco? No. Él sabía que había estado con ella, que le había tocado la mano, que ambos se habían estremecido y que Bea lloraba. Se quedó clavado en el sitio, mirando la mesa y observó que, en efecto, estaba completamente limpia y no había ninguna taza de café. Pablo cerró sus ojos y, entonces, lo notó: su perfume seguí allí. Un perfume que, en ese momento, reconoció que le era más familiar de lo normal, pues al cerrar sus ojos, el perfume le hizo ver unas imágenes muy antiguas, imágenes en las que estaba con Bea como si ambos mucho, pero mucho tiempo atrás, hubieran estado juntos, juntos en la eternidad.
Cabizbajo y sin entender nada, se marchó de la cafetería. En el trayecto hasta su coche, recordaba una a una las palabras que había

dicho Bea tratando de entenderlas, pero no lo lograba. ¿Qué había querido decir con lo del sueño? Tenía que descifrarlo. No pensaba en ninguna otra cosa.

31. Traiciones

Así llegó a su casa, donde estaba la comida lista, pero, como venía siendo habitual, la que no estaba era su mujer. A Pablo no se le ocurrió dedicar ni un pensamiento a Marina, preguntarse dónde estaría o por qué demoraba, todos los pensamientos eran para Bea. Repasaba sin cesar lo que había vivido en la cafetería, tenía la sensación de que no volvería a verla y se planteó la opción de dejar de buscarla… En eso estaba cuando se oyó la puerta de casa y Marina dijo:

—Hola, cariño.¿Ya estás aquí? Yo me he demorado. Juan y yo nos pusimos a hablar y se nos fue el santo al cielo. Tú has venido muy pronto ¿no?

—Sí, figúrate. No era nada, hemos hablado cinco minutos y ya —dijo Pablo siguiéndole la corriente.
—Era una cliente ¿no? —preguntó Marina.
—Sí, ¿por qué? —Quiso saber Pablo.
—No, por nada —respondió ella.
Ninguno de los dos tenía ganas de hablar y esas pocas palabras volvían a ser frías y distantes. Otra vez, se percibía un abismo entre los esposos. Sin mencionarlo, sin ponerlo en común, cada uno sabía, para sí mismo, que vivían una solemne mentira.
Comieron sin hablar, sumergidos en sus pensamientos y culpas, hasta que Marina rompió el silencio:
—Esta noche he descansado muy bien, sin ruidos. Por cierto, Pablo, ya he pedido la cita con el ginecólogo. Nos han dado para la semana que viene.
—¿Cómo dices?
Pablo tardó en reaccionar, absorto como estaba en su mundo.

—Hablaba denuestra hija Luna, queesta nochenos ha dejado descansar y de que la semana que viene tenemos la consulta. A ver si en estos días las podemos grabar. ¿Tú qué piensas? —repitió Marina.
—¡Ah,sí,sí!Muybien—comentó él que,enrealidad, no estaba poniendo ninguna atención a la conversación y Marina lo notaba.
Por su parte, la mujer pensaba en que había quedado al día siguiente con Juan. Al parecer tenían que hablar, aunque Marina no imaginaba lo que Juan quería decirle. Lo que ella sentía era que estaba entre dos amores. ¡Qué ironía! Estaba igual que Pablo, aunque ninguno de los dos sabía de las aventuras del otro. El único que sí lo sabía, el que estaba al tanto de las aventuras de ambos, era Juan. Ignorantes de ello, Pablo y Marina estaban en manos de Juan.
Juan tenía muchas dudas sobre cómo llevar el problema. Era una cuestión delicada. Nunca pensó que tendría tan mala suerte como para coincidir con su amigo a la misma hora y en el mismo lugar. Por una parte, Juan quería dejarse ya de historias, estaba más que harto de mentirle a su amigo. Llevaba todo un año disimulando e inventando excusas, pero, antes de terminar su historia con Marina, se preguntaba si ella tendría que saber que su esposo le había sido infiel, aunque ellos hubieran estado haciendo lo mismo.
Por otra parte, lo peor para Juan, lo que no lo dejaba en paz y le carcomía la conciencia, era pensar de quién era el hijo que llevaba Marina. No sabía qué hacer. Pensando que él llevaba un año engañándolo con su propia esposa y que el hijo de su amigo podía, en realidad, ser suyo, la historia de Pablo con esa joven era nada.
Juan pasó la noche disimulando su malestar en casa, pero sin poder dormir. La mujer de Juan era una persona algo autoritaria y muy estricta. Tenían dos hijos: Pedro y Juan. Él tenía claro que amaba a su esposa y que nunca la abandonaría, pero ¿y si el hijo de Marina era suyo? ¿Qué haría? Esto le quitaba el sueño y pensaba que iba a explotar de un momento a otro. Tendría que buscar una estrategia. No quería poner en riesgo su matrimonio, ni tampoco perder a su amigo.
Finalmente, se dijo que hablaría con Marina y que decidirían qué

hacer. Aunque él prefería dejar la historia en silencio, sabía que había mucho en qué pensar. El cargo de consciencia no lo dejaba dormir y estaba deseando que llegase la mañana para ir al trabajo y hacer una escapada a su apartamento, donde ya había quedado con Marina.

A la mañana siguiente, en la oficina, lo primero que hizo Juan fue hacer una visita a su amigo, para tener la situación controlada.

—Buenos días, Pablo. ¿Cómo se presenta la maña- na? Seguro tendrás mucho trabajo… Yo, no veas. Me voy corriendo al despacho que tengo una mañana de muertos...

—Pues sí, Juan, también tengo lío hoy. Me pondré manos a la obra y… No sé, no sé… —dijo Pablo mo- viendo la cabeza de un lado a otro.

Juan entró a su despacho, pero, en cuanto pudo, salió por la puerta de emergencia, como solía hacer, y se fue rápidamente a su «nido de amor», ese apartamento que utilizaba para verse con sus amantes. No necesitaba coger el coche, pues lo tenía en la misma calle Goya, en el número 30. Por esto, cuando Juan se escabullía del trabajo para encontrarse con sus «amigas», nadie se enteraba. El último año, el apartamento era el lugar de encuentro con Marina, pero antes de ella había estado con otras mujeres, pues en cuanto terminaba con una ya estaba detrás de otra. Así era la doble vida personal que Juan llevaba a escondidas de su mujer, de sus hijos y hasta de sus amigos íntimos.

En todas sus relaciones clandestinas, Juan tenía la situación bajo control y todo muy bien organizado. Sin embargo, en su relación con Marina veía peligro: sabía que estaba jugando con fuego y que, tarde o temprano, se quemaría. Tendría que ser de lo más cuidadoso. Si su amigo Pablo se enterase de algo, sería una bomba que haría estallar por los aires no solo la amistad, sino también las relaciones laborales, ya que ambos eran accionistas de la misma empresa, y su matrimonio. No quería ni imaginarlo, pero lo sabía: su mujer lo mandaría a hacer puñetas… Y se llevaría a los niños… ¡Qué se iba a llevar! Lo echaría a la calle sin dudarlo un momento, con el carácter que tenía la señora…

Juan quería poner solución a la situación esa misma mañana. Al

mismo tiempo, no paraba de preguntarse si debía decirle o no a Marina lo de la aventura de Pablo…

32.Marina y Juan

Todo un mar de pensamientos se agitaba en la mente de Juan y, conforme iba llegando al apartamento, le temblaban las piernas: sabía mejor que nunca que se encontraba en un buen lío. Allí ya lo esperaba Marina quien, tras un año de relación, tenía su propia copia de la llave. Al verlo, la mujer se abrazó a él, pero Juan no le correspondió el gesto.

—¿Qué pasa, Juan? ¿Por qué te apartas de mí? Bue - no… No hace falta que te pregunte. Estás asustado, ¿verdad? —le preguntó Marina tratando de suavizar la tensión del encuentro.

—No es solo eso, Marina, hay más. Primero tenemos que aclarar la situación en la que estamos. Es una locura, Marina, es una verdadera locura. No puedo seguir mintiendo en casa y también a tu marido, que es mi amigo. Esta situación me sobrepasa. Ya no puedo más —dijo Juan para comenzar.

—Juan —intervino ella—, cuando comenzamos esta aventura los dos sabíamos a lo que nos exponíamos, pero no pudimos evitarlo… Yo amo a Pablo, pero también siento algo muy fuerte por ti y… Mi hija… ¿Has pensado que también puede ser tuya?

—¡Cómo no lo voya pensar,Marina!Desde que me enteré de tu embarazo no tengo otra cosa en mente. Estoy hecho un mar de dudas… Tú sabes lo que siento por ti, sabes que siento algo, pero no como lo que tú me dices que sientes por mí y, entiende, a mi mujer no puedo dejarla, no lo voy a hacer, es la madre de mis hijos y no voy a tirar todos esos años por la borda. Si lo nuestro saliera a la luz, sería el fin de mi familia. No te enfades, pero voy a ser totalmente sincero: creo que deberías hacer una prueba de

paternidad, yo la necesito. Y necesito terminar nuestra relación. Sé que estoy siendo duro, Marina, pero no quiero seguir con esta mentira —acabó confesando Juan.

Juan se había decidido a terminar lo que Marina y él tenían desde hacía un año y, ya puestos, también a revelar el secreto de Pablo. No pensó en lo cruel que podía ser, solo quería sentir que él no era el único malo de la película, quería lavar su consciencia a costa de ensuciar también a su amigo.

Al oír a Marina decirle que sentía algo fuerte por él, fue consciente de que el amor de ella era puro, pero el suyo no. Para él, Marina era una más de sus aventuras, una que se le había ido un poco de las manos. Juan nunca había dejado ver la clase de hombre que era en realidad: un mujeriego empedernido, pero que jamás renunciaría a su fachada de hombre de familia. También se cuidaba de mostrar esta otra faceta suya: lo frío que podía ser para tomar decisiones.

Había decidido romper con Marina y delatar a su amigo. Lo que lo traía de cabeza era no poder resolver la duda sobre la paternidad del bebé. Había un 50 por ciento de posibilidades de que la niña fuera suya y otro 50 por ciento de que fuera de Pablo.

Marina notó que Juan se alejaba, percibió su determinación para cortar la relación y esa actitud no le gustó nada.

—Bien, entonces ¿qué vamos a hacer, Juan? —lo increpó.
—Lo primero es que vamos a dejar de vernos, Ma- rina. Lo nuestro no puede continuar. No sería ya justo para nosotros ni para nuestras familias, y ahora con tu embarazo, ya medirás—dijo él apelando a la «justicia» para disimular la frialdadde su determinación—. Mira, dejaremos de vernos y cuando sepas quién es el padre, ya pensaremos algo, ¿no?
Juan estaba decidido a pulir su consciencia, a hacer una buena limpieza en su vida, incluso pensaba dejar el apartamento.
—Juan, eso no es una solución —argumentó Marina.

—No se me ocurre otra cosa que dejar de vernos, lo siento, pero es lo mejor. Así tendremos casi cinco meses para pensar qué hacer. Marina, estoy siendo franco contigo: yo no voy a dejar a mi mujer, lo tengo muy claro, lo tienesque entender —insistió Juan, terminante.
—Yo no te estoy pidiendo que dejes a nadie, Juan. Yo tampoco dejaré a Pablo porque lo quiero. Aunque estemos distanciados, yo lo sigo amando. Pobrecito… si se enterara de lo nuestro… Me da hasta miedo. Prefiero no contarle nunca sobre nuestra historia de amor. Creo que no se lo merece. Me siento mal, Juan, estoy desbordada —dijo Marina, angustiada, y Juan vio aquí su oportunidad.
—De eso tambiénquería hablarte,Marina,«del po- bre de Pablo». En realidad, tampoco es un santo. Sé que no soy nadie para juzgarlo, pero de pobrecito tiene muy poco —comenzó Juan.
—No sé a qué te refieres. Explícate —le exigió Ma- rina aturdida.
—Marina… hace unos meses, no sé si tres o cuatro, Pablo, conoció a una chica, por cierto, muy joven, se lio conella ydesde entonces la está buscando —arremetió Juan con la verdad.
—Pero… ¿Qué dices, Juan? Cómo va a estar liado… No puede ser. Mientesporqueestásdolido—dijoMarina incrédula y enfadada.
—¿Cómo que no puede ser? ¿Por qué? ¿No te das cuenta de que él está haciendo lo mismo que nosotros? —respondió Juan arrastrando a Marina al barro.
—No me lo creo. No puede ser —insistió ella.
—¿Y por qué no puede ser? ¿Acaso piensas que es un santo? ¿Solo nosotros podemos ser culpables? —replicó Juan algo cabreado.
Juan no estaba mintiendo, pero también era cierto que, para descargar su culpa, necesitaba sentir que Pablo no era moralmente superior a él. Si bien no se podía decir que Pablo hubiera tenido un romance de un año como ellos, pues solo había tenido un encuentro con Bea, también era cierto que, desde entonces, Pablo estaba obsesionado con la joven. Bien pensado, Pablo, en su mente, era infiel a Marina todo el tiempo, pues solo pensaba en Bea y eso, a los ojos de Juan, lo hacía tan culpable como él.
—Pues no puede ser porque yo no veo a Pablo co- mo… —lo defendió Marina.
—¿Como quién? ¿No querrás decir que como yo? —dijo Juan

realmente ofendido.
—Pues sí,eso quiero decir,Juan. Que mi marido no es así —se atrevió a responder Marina.
Marina defendía a Pablo no solo porque en verdad era incapaz de pensar en él teniendo una aventura, sino también porque, como Juan la estaba dejando, necesitaba sentir que se quedaba «del lado correcto», que el hombre con el que permanecería no era como Juan, capaz de romperle el corazón. Y con esto, estaba enfadando a Juan y empeorando las cosas.
Juan no se esperaba que Marina sacara las garras por Pablo pues, en su ego, creía que había desplazado por completo a Pablo en el corazón de Marina. Pero la incredulidad de Marina y su defensa de Pablo ponía al descubierto que no era así, que ese año juntos no había sido más que sexo y no amor. A Juan solo le quedaba desear que la niña que Marina llevaba dentro no fuera suya, pues ya no quería nada con ella.
La discusión fue subiendo de tono porque en ella Juan y Marina se reconocían, a su pesar, como lo que en realidad eran: un par de infieles y perdedores que se habían quemado con su propio fuego. De todas las mujeres que Juan tenía a su alrededor, eligió la prohibida, la mujer de su amigo, tal vez, sin darse cuenta, por lo que implicaba competir con alguien a quien en realidad estimaba y admiraba. Y Marina, dónde tendría la cabeza para haber caído en esa trampa. Lo mejor sería olvidar ese año de locura juntos.
Juan comenzó a dudar sobre si había sido buena idea delatar a Pablo. En realidad, había complicado la situación, no había medido las consecuencias. La confesión ponía en juego todo lo que quería salvar al romper su relación con Marina: su amistad, su trabajo y su propia familia. Bajó el tono de la discusión para que Marina no se fuera acalorada. Debía asegurarse de que Pablo no se enteraría de nada.
—Marina, en realidad, estamos de acuerdo: estamos de acuerdo en no vernos más y creo que coincidirás conmigo en que decirle algo a Pablo sería una locura ¿no? —dijo con sus dotes de manipulador.
—¿Ahora qué pretendes, Juan? Lo nuestro se ter- mina aquí y esperas que llegue a mi casa y haga como si nada, ¿borrón y cuenta

nueva? ¿Eso pretendes que haga?
—Lo nuestro está claro,Marina,ylo que hagas entu casa es cosa tuya. Pero recuerda que estas embarazada y Pablo solo ha estado una vez con esa chica y no creo que vuelva a verla —decía Juan, tratando de reconducir a Marina. Veía claramente que su ego le había jugado una mala pasada: intentando quedar por encima de Pablo, había acabado volviendo a poner en riesgo todo lo que quería proteger. Marina ya no estaría bajo su control y la estaba dejando ir con una información que podía hacer saltar todo por los aires.
—Claro, ahora «solo ha estado una vez», ahora Pa- blo no ha hecho nada. ¿No decías que la está buscando? Como sea, Juan, ya veré yo lo que hago. Aquí tienes las llaves de este apartamento — concluyó Marina,despe- chada, arrojando las llaves al suelo y salió de ese lugar que durante un año había sido testigo mudo de su aventura. Marina estaba rota. Su amante le había dado calabazas y habían terminado de muy mala manera. No quería volver a saber nada de él, pero le quedaba la duda sobre si era el padre de su hija y el bochorno de que fuera él quien le informara que su marido le había sido infiel. Todo en su vida se descubría como una gran mentira: su amante, su matrimonio y hasta su maternidad estaban rodeadas de secretos y engaños. Sin embargo, debería valorar muy bien si confrontaría a Pablo o si era mejor callar.

33. La incomodidad y la duda

Esto pensaba Marina mientras se dirigía hacia su coche cuando, de repente, levantó la cabeza y ahí estaba él: su marido. No se le había pasado por la mente que la oficina estaba en esa misma calle y, entre el enfado y la pena, salió del apartamento sin ninguna precaución. Todo se complicaba y no sabía qué decir.

—Hola, cariño. ¿Tú por aquí? —dijo Marina sin pensar.
—Claro, Marina, si aquí está mi oficina, ¿no? —le contestó Pablo con suspicacia.
—Sí, sí, es que… no esperaba verte. Voy pensando en mis cosas…

¡Qué tonta! —admitió Marina.
—Bueno, ¿y tú qué haces por aquí a estas horas? Es muy temprano. Te hacía en casa, trabajando —le dijo Pablo.
—Claro, es que… ¿No te dije que tenía consulta con el Ginecólogo?
—Fue su socorrida excusa.
—No, la verdad, no y ¿tan temprano? —inquirió Pablo.
—Sí, tan temprano. Esta hora es muy buena, ca- si no hay pacientes —explicó Marina tratando de ser coherente.
—Pero ¿no era en unos días la consulta cuando tuvié- ramos las voces grabadas? No sé, Marina, yo me pierdo con las fechas —le dijo Pablo que no recordaba nada de una consulta ese día y estaba extrañado. Además, la consulta era en el número 20… Tal vez Marina hubiera aparcado más abajo, pero también era extraño. La situación se volvió del todo confusa cuando en escena apareció Juan. Era la segunda vez en menos de 24 horas que coincidían los tres. Era demasiada casualidad.
—¿Juan? —preguntó incrédulo— ¿No estabas en la oficina?
—Igual quetú, tío.Parecequenosgusta escabullirnos del curro —dijo con su fingida y estudiada risa.
—Yo me he dejado la cartera enel coche yhe bajado a recogerla. Y, mira: mi mujer, que tiene ginecólogo y yo no me acordaba.¡Qué cabeza la mía! —explicó Pablo y mirando a su mujer le preguntó—: ¿Te acompaño a la consulta, cariño?
—No, no. Ya me había hecho a la idea de ir sola esta vez. Luego te cuento —dijo ella rápidamente y se marchó. La tensión era insoportable.
Marina se alejó fingiendo que iba a la consulta. En un año de romance clandestino se había hecho una experta en mentir, dejando a Pablo como aprendiz.
Pablo y Juan se quedaron solos.
—Bueno, Juan, voy al coche a buscar la cartera, pero ¿tomamos un café ya que estamos? —propuso Pablo.
De camino a la cafetería ninguno de los dos tenía nada que decir. Pablo iba pensando en localizar a Bea y Juan en no volver a meter la pata con algún comentario, de modo que no mediaron palabra.
Al terminar el café, de camino a la oficina, la conversación fue muy

escueta. Pablo, que hasta ese momento se había olvidado de su mujer, de pronto le dijo a Juan:
—Sube tú solo a la oficina, yo me voy a pasar por la consulta a ver cómo va Marina.
Entonces, Juan intervino:
—¡Anda! Pero si ya habrá terminado.
—Pero me pasaré de todasformas—insistió Pablo.
«No lo puedo creer… Y Marina… Bueno, yo ya no quiero saber más nada. Que sea lo que Dios quiera…», pensó Juan y subió a su despacho. En esos momentos quería desaparecer. Sentía que lo suyo con Marina había sido un gran error. Durante el año que estuvieron juntos todo le había parecido hermoso, incluso, hubo momentos que fueron como un juego. Juan trató de pensar cómo había pasado aquello, cómo había comenzado esa aventura y ¿por qué? Él tenía la posibilidad de estar con quien le diera la gana, de tener a la mujer que quisiera y, hasta entonces, todo le había salido bien. ¿Por qué se tuvo que complicar involucrándose con la mujer de su amigo?
Juan no encontraba las respuestas. Ya era complicado el hecho de estar casado y tener una familia con la que muchas personas sueñan, para además sumar a su vida estas aventuras… y, no conforme, con la mujer de su amigo y compañero de trabajo… Veía todos los errores cometidos y, por primera vez, estaba arrepentido. Le pesaba una vida en la que había engañado a tanta gente. Cuando llegó a su despacho y se sentó en su sillón de jefe no se sintió grande como cada mañana: se sintió mezquino, se avergonzaba de él mismo. Su mujer tenía un carácter muy fuerte, sí, pero eso no justificaba tantos años de mentiras. En realidad, él quería a su mujer, adoraba a sus hijos y no quería perder nada de su buena vida, ni siquiera a su compañero y amigo Pablo.
Esa mañana Juan estaba paralizado y solo podía pedir a Dios que Marina no dijera nada a Pablo. «¿Cómo se me habrá ocurrido delatarlo? ¿Qué he sacado yo con todo esto?», se reprochaba. Mientras tanto, tendría que esperar a que Pablo regresara. Tampoco debía anticiparse a los hechos, pues su ego le decía que tendría el perdón divino. Juan tan pronto se juzgaba como esperaba un milagro.

En eso estaba cuando escuchó la puerta de la oficina de Pablo y empezó a debatirse entre ir o no ir a verlo. Resopló, se levantó del sillón y comenzó a andar por su despacho de un lado a otro tratando de decidirse cuando, de repente, la puerta se abrió y apareció Pablo con la cara desencajada. Al verlo a Juan comenzaron a temblarle las piernas y se quedó petrificado. Pablo lo miró directo a la cara con los ojos llenos de lágrimas.
—¿Sabes qué te digo? —le preguntó Pablo.
Juan, viendo a Pablo en ese estado, temió lo peor y trató de atajar la catástrofe:
—Deja que te explique, Pablo. Yo no quería… Solo fue un error… Sabes que somos amigos desde siempre y que hay cosas en la vida que no elegimos, nos vienen, y nos hacemos egoístas, y no miramos las consecuencias… Tú me entiendes…
—Claro que te entiendo, no te preocupes. Y el error es mío por seguir engañándome. No veo más allá de mis orejas. No sé cómo vivo en este sueño, querido amigo —dijo Pablo.
«¿Querido amigo?». Juan no entendía nada. Si se suponía que había encontrado a Marina y ella le había contado todo, cómo Pablo lo trataba de «querido amigo». ¿A qué se refería Pablo? Juan, antes de seguir hablando, esperó a que su amigo le contara más, pues, al parecer, cada uno hablaba de una historia distinta.
Juan, tan pillo como siempre, vio que tenía delante una nueva oportunidad y le volvieron a salir las garras. Entonces, se acercó a consolar a su amigo diciéndole:
—Bueno, Pablo, tranquilízate. Si te he ofendido y te sientes mal por mí, te pido perdón.
—¡Qué dices,Juan!Si eres el único con quien puedo hablar de todo. ¡Qué sería de mí si no pudiese hablar de mi dolor con alguien! Soy yo el que te tiene que pedir disculpas por estar siempre con la misma canción. Mira, Juan, no he subido a la consulta a ver a Marina. ¿Sabes lo que he hecho en cambio? —confesó.
—Pues… No, Pablo.Perocuentaconmigo, en lo que te pueda ayudar… —le dijo Juan para reconfortarlo cuando, en realidad, el que estaba profundamente reconfortado y aliviado era él mismo. Pasó de sentirse el malo de la película a volver a ser un santo, el hombro en

el que Pablo podía llorar. Juan esperó sigiloso a que Pablo hablara, pero este, roto de dolor, le dijo:
—Mira, luego hablamos. Ahora no puedo. Mejor me voy a mi despacho, tengo que pensar.
Juan se quedó desconcertado, pero decidió que lo más importante en ese momento era no mover ficha. De repente, sonó su móvil privado: era Marina. Juan no sabía qué hacer, dudó en responder, pero cogió el teléfono y mientras Pablo salía del despacho dijo:
—Dígame —como si no supiera quién era, cuando lo sabía de sobra, ya que a Marina le tenía puesto un sonido de llamada distinto.
—¿Cómo «dígame»? ¿Ya no sabes quién soy? —le reprochó Marina y se echó a llorar.
—Marina, ¿has ido a la consulta de verdad?
—¿Qué consulta? —le preguntó Marina a su vez.
—Pues la del ginecólogo. ¿No ibas ahí ahora?
—Nooo.¿Aquéiba a ir? Hoy notengo consulta, Juan, lo dije para salir del paso y que Pablo… Ya me entiendes.
—Pues Pablo ha salido detrás tuyo rumbo a la con- sulta del ginecólogo. Yo pensé que estabais juntos y que habríais hablado —explicó Juan.
—Pero ¿estás loco? No, no he ido a la consulta y no he hablado con Pablo —respondió Marina tajante.
—¿Dónde hasido entoncescon tanta prisa? —Quiso saber Juan.
—Puesa dar una vuelta para pensar.Entonces… ¿tú crees que Pablo ha ido a la consulta? —preguntó ella.
—No lo sé, Marina, ya no sé nada.
Tras hablar con la mujer, Juan podía descartar que Pablo supiera de su aventura con ella, pues no se habían visto, pero… ¿De dónde venía Pablo? Y ¿por qué traía esa cara?

34. Silencio

El caso es que Pablo había llegado hasta la consulta del Ginecólogo, pero al encontrarla cerrada, dio media vuelta y no se le ocurrió otra cosa que subir a la planta cinco, donde se suponía que vivía Bea. Allí

llamó, como de costumbre, llamó y nadie abrió la puerta. Pablo se marchó olvidado por completo de hasta para qué había ido allí. Solo pensaba en ver a Bea y con esa angustia había regresado a la oficina.

La mañana transcurrió con Pablo encerrado en su despacho, Juan en el suyo y Marina de regreso a su casa. Allí, la mujer debería resolver qué haría. En algo tenía razón Juan: tendría que hacerse la prueba de paternidad, pero sin que Pablo se enterara. Era realmente complicado.

Además, estaba el tema de los juegos de su niña o niñas en el vientre, algo que no había contado a Juan.

Montserrat Reillo Exojo

Estaba claro que el año que había pasado con el compañero de su marido había sido un error imperdonable. En su vida todo iba bien, no tenía necesidad de haberse colocado en esa situación tan incómoda e injusta. «¿En qué estaría pensando?», se reprochaba una y otra vez. Las dudas y la culpa la llenaban de rabia y desolación. Tenía miedo de que Pablo lo descubriera, tenía miedo de que la niña que tenía en sus entrañas no fuera de Pablo y solo con la idea de perder a su marido se llenaba de una gran pena y miedo.

Al mismo tiempo, la perturbaba la historia que Juan le había contado de Pablo: que había estado con una joven. Su egoísmo y orgullo no le permitían entender que eso fuera posible, el ego la cegaba. ¿Sería un invento de Juan para hacerle daño? Eso se preguntaba mientras se hundía en una soledad áspera, llena de culpa. Y con esas emociones, Marina se sumió en el silencio.

Pablo llegó a casa y, como de costumbre, se hizo notar:
—¡Hola! Ya he llegado…
Su saludo fue cordial, aunque sin derrochar alegría. Marina estaba en la parte de arriba de la casa, escuchó su voz, pero no contestó. Estaba dolida y rabiosa por saber que Pablo había tenido una

aventura con otra mujer. Aunque la paralizaba su propia culpa y la responsabilidad que sentía por no saber quién era el padre de su hija, no podía evitar sentir dolor al pensar en Pablo siendo infiel. Marina llegaba al extremo de pensar que las voces

que escuchaba desde su vientre eran un castigo por la situación que había creado.

Al final no le quedó otra opción que respirar y contestar a Pablo.
—Hola. Ahora bajo… —dijo con la voz totalmente quebrada.
Tenía miedo de ver a Pablo a la cara.
Al encontrarse en la cocina, pasó algo inusual entre los dos: el beso brilló por su ausencia.
—¿Qué tal ha ido la jornada de trabajo? —preguntó ella para aliviar la tensión.
—Bien, como siempre —respondió él, escuetamente.
Marina no sabía qué tema abordar, pues estaba a la expectativa y Pablo, aunque estaba pensando en otras cosas, de repente soltó:
—Bueno, ¿qué ha pasado en la consulta del gine- cólogo?
—Pues mira, que he ido a la consulta y estaba cerrada. Me he liado y me equivoqué de fecha. Es que tengo la cabeza en otro sitio…
Mientras inventaba estas explicaciones, Marina observaba a Pablo y no dejaba de pensar en cómo había podido tener un affair con otra mujer y, al mismo tiempo, su cabeza le decía: «¿Cómo puedes juzgar a tu marido con la que tienes montada tú, que ni siquiera sabes quién es el padre de tu hija?».
Marina no paraba de juzgarse a sí misma. El recuerdo de lo vivido con Juan era como un castigo que no la dejaba en paz. Se fue poniendo pálida, dejó de comer, le dijo a Pablo que no estaba bien y se fue al sofá.
—Es verdad, te veo pálida —le dijo Pablo algo pre- ocupado—,estás casi blanca,no me gusta nada tu cara. ¿No será que las risas de tu tripa no te dejan descansar? —agregó en plan jocoso. Pablo llevaba varios días sin saber nada de los juegos y las voces que se oían en el vientre de Marina.

—No sé por qué estoy pálida, pero las risas de las niñas siguen ahí,sí —le dijo con un tono de voz inusual. Pablo percibió cierta indiferencia al escucharla, como si ya no tuviera interés en lo que estaba pasando con esas voces.
Y es que, en la mente de Marina, todo había pasado a un segundo plano, pues tenía cosas más importantes en las que pensar, cosas que si Pablo se oliera no podría creer. Pablo era ajeno a todo eso y pensaba que su mujer también era ajena a su historia de amor con Bea. En la casa, los dos mentían como podían. Se sentían terriblemente culpables por sus actos, pero se miraban a la cara mientras ocultaban sus historias, sus pecados, procurando disimular. Entre mentiras y risas, Marina y Pablo vivían en un puro teatro.
Y esta es una historia que cualquiera de nosotros puede vivir, son cosas que nos pueden pasar a todos. La vida está llena de sorpresas y, sin esperarlo, nos pueden pillar vivencias buenas, malas, fantásticas, sepa Dios. Nadie está a salvo de las sorpresas de la vida.
A Pablo y Marina, sentados en el sofá junto a las mentiras, la culpa y el resentimiento, los envolvió el silencio.

35. La paz

Como ni Pablo ni Marina hablaban, en el silencio pudieron escucharse las risas de niñas que estaban jugando. Ellos se miraron y, se quedaron paralizados, sin hacer nada, como si a ninguno de los dos les importara. La desidia de ambos ganaba la escena y, en el silencio creciente, se pudo oír a las niñas hablar con tanta claridad que no tenían que arrimar el oído a la tripa.

Las escucharon llamarse por sus nombres, Luna y Sol. En ese momento, Pablo reaccionó, se levantó rápidamente y fue a buscar su móvil. Marina siguió sentada sin hacer nada, con total indiferencia.

—¡Vamosa grabar lasvoces! ¡Esel momento! ¿Oyes cómo ríen? —preguntó Pablo.
—Vale —le contestó Marina, retraída, como si no se diera cuenta de

lo que estaba pasando, pero Pablo estaba entusiasmado.
—Lasescuchas, ¿verdad? —le dijo Pablo a su mujer.
—Sí, perfectamente. Se lo están pasando las dos a lo grande.
—Esta grabación se la llevaremosal ginecólogo cuanto antes— dijo Pablo nervioso—.Esta vez saldrá perfecta.
Marina asentía con la cabeza, pero apenas hablaba. No elegía el silencio, sino que el miedo que sentía respecto a la paternidad de la niña y la rabia de saber que Pablo también había sido infiel la enmudecían. Tenía un mar de emociones que no sabía cómo gestionar. Estaba desencantada y con ira también por cómo la había tratado Juan, después de un año de amor compartido, ¿cómo podía ser tan frío y calculador? Se daba cuenta de la clase de hombre que era Juan.
Marina se ahogaba en la culpa y no podía hablarlo con nadie. Echaba de menos la fuerza que muchas veces le daba su marido, pues durante años habían sido una pareja excepcional. «¿Cómo he podido?», se preguntaba una y otra vez.
Mientras pensaba y pensaba, Pablo seguía grabando las voces de las niñas. Él estaba en silencio escuchando las voces cuando, de repente, Marina, comenzó a llorar.
—¿Que te pasa, Marina?
—No me pasa nada.
—No sé,Marina. Te veo ausente,te veo rara. No sé cómo decirlo, pero noto algo en ti.
Pablo percibía cómo el interés de su mujer por el embarazo y el tema de las voces se había desvanecido. Terminó la grabación y le dijo:
—Llama cuando puedas al ginecólogo y coge una cita, ¿vale?
Por respuesta, Pablo tuvo la frialdad de Marina. Estaba claro que algo le estaba sucediendo a su mujer.
—Tú dirás que no te pasa nada, pero ya no eres la misma.
—Es que… Tengo miedo… A todo esto de las voces y también al embarazo con mi edad. Creo que llevabas razón —dijo Marina con tono muy decaído.
—¿A qué te refieres? ¿En qué llevaba razón? —pre- guntó Pablo preocupado.

—Pues que lo mismo estamos mayores para tener un primer hijo —explicó ella.
Pablo se quedó en silencio, pues no entendía que, a estas alturas, ella tuviera dudas, no podía ser, ella siempre había estado muy segura del deseo de ser madre y la idea de serlo nunca la había asustado. Si estaban en este punto era por el deseo y el amor de Marina. «¿Qué habría podido pasar?», se preguntaba Pablo.
El silencio de Marina era tan anormal y lo preocupó tanto que, otra vez, dejó en el camino los pensamientos hacia Bea y se centró en su mujer y su embarazo.
—Vamos a escuchar la grabación —propuso Pablo.
—Vale —respondió ella sin pronunciar máspalabras.
Pablo la miró y movió la cabeza. Estaba claro que algo le sucedía a su esposa. Intentando atraer la atención de Marina, comenzó a reproducir la grabación, pero ¡vaya sorpresa! Nuevamente, nada se había grabado. Los minutos de grabación corrían, pero el sonido no aparecía: ni risas, ni voces. Marina y Pablo se miraron sin entender nada.
—¿Cómo puede ser? —dijo Pablo, incrédulo.Marina tampoco tenía explicación.
Revisaron bien el móvil por si estuviera estropeado, pero todo era correcto. La grabación se había realizado, pero el sonido había desaparecido. Pablo hizo una prueba grabando su propia voz y se pudo reproducir sin problema. Era como si, por arte de magia, las niñas supieran que las estaban grabando y no permitían que se registraran sus risas.
—Cariño, no sé qué estará pasando, pero creo que tendremos que volver a hablar con tu médico y decirle nosotros mismos que las risas y voces no paran. La grabación… Es como si alguien la manipulara. ¿Tú qué piensas? —le dijo Pablo.
Pero Marina se quedó en silencio. Sabía que Pablo tenía razón, pero seguía paralizada y sin poder hablar.
—¿Me estás escuchando? —le preguntó Pablo, pre- ocupado.
—Sí, te he escuchado, pero, si te digo la verdad, yo no quiero hacer ya nada —le respondió desanimada.
—¿Cómo que no vamos a hacer nada?

—Pablo, lo que queda de embarazo lo quiero pasar en paz y no seguir con todo esto de las grabaciones, pues me están agobiando. Alguna explicación habrá para las risas de dos niñas en mi tripa, pero esperemos al nacimiento y ahí se solucionará todo —dijo Marina secamente.
—Me dejas desconcertado, cariño. Pero si tú crees que lo mejor es parar, pararemos. La que tiene que estar tranquila eres tú, que llevas el embarazo. No quiero que te agobies, pero… Me preocupa —dijo Pablo, para quien las sospechas ya no eran sospechas sino certezas: algo le ocurría a su mujer,aunque no supiera qué. Finalmente se dijo que esperarían al nacimiento—.Seguiremoscon el embarazo sin preocuparnos más. Yo solo te ayudaré en lo que decidas.
—Gracias. Eso es lo que más necesito: tu apoyo… Y estar en paz —le dijo ella.
Pablo y Marina acordaron desistir de las grabaciones e integraron los juegos y voces de las niñas en su vida. ¡Seguro que habría una explicación para todo!
Todo se quedó en silencio. Pablo, sumergido en su decisión, Marina sin decir palabra y hasta las niñas dejaron de cantar y hablar. A Pablo le preocupaba el silencio de Marina, que ni siquiera quiso cenar alegando que no estaba bien y, en silencio, se marchó a la cama, pues la culpa no le dejaba ni mirar a Pablo a los ojos.
Y es que la culpa de creer haber hecho algo malo es algo que no deja vivir. Se nace con culpa, la culpa de los antepasados que acompaña a todos lados.
La culpa de Marina la llenaba de dudas al punto de que llegó a plantearse si era acertado seguir con el embarazo. A esa altura era tarde para pensar en ello, pero la culpa la hacía sentir inseguridad hasta de ser madre.
Marina se fue a descansar, pero la mente de Pablo se puso a trabajar. Pensaba en todo lo ocurrido ese día y había varias cosas que no entendía. Veía a su mujer rendida y pensaba que era por lo extraño de lo que se escuchaba en su vientre, pero hasta hacía pocos días, las voces y risas y todo lo relacionado con el embarazo era lo más importante para ella y, de pronto, pasaba del tema. Al repasar la jornada, se encontró pensando en Juan. ¿A cuenta de qué

saltaba de su preocupación por Marina a su amigo?
Tenía la cabeza echa un lío, así que se tomó una copa y decidió irse a dormir, pero entonces, acudió a su mente el recuerdo de Bea y el último beso en la cafetería. «¿Qué pasó? ¿Cómo pudo desaparecer así?», se preguntaba. Pablo presentía que nunca la volvería a ver y que lo mejor sería olvidar esa corta aventura y centrarse en su vida familiar y laboral. Mientras pensaba así, se le nubló la vista, pues una pequeña lágrima se le escapó de los ojos y rodó por la mejilla, lentamente. El recuerdo de Bea seguía latente en su corazón, pero sabía que era todo un sueño, incluso llegó a pensar que nunca había ocurrido: que nunca la abrazó, que nunca le hizo el amor… Se propuso volver a amar a Marina, pues llevaba en sus entrañas a su hija y ese pensamiento lo hizo volver a la realidad.
Aquella noche, las voces y juegos no asomaron en el vientre de Marina, como si las niñas, Luna y Sol, entendieran que tenían que ser buenas y estar en silencio. Las niñas, siempre juguetonas, permanecieron
calladas, pues las emociones que sentían no las dejaban divertirse. Todo se quedó en calma y el silencio que tantas veces busca el ser humano los encontró a todos y los envolvió en paz.
Es difícil saber qué es más importante, si el silencio o la paz. A veces, aunque no se escuche nada, el ruido mental puede ser tan fuerte que no deja vivir. La paz, en cambio, es un estado del ser en el que, aunque se estén derrumbando muros de hormigón, las personas que vibran en paz no perciben el ruido. La paz es un estado natural de las personas que no siempre se puede experimentar.
¿Por qué? Por miedo, o por falta de amor. Tanto Marina como Pablo necesitaban ese estado de
paz. Aunque ambos habían hecho cosas incorrectas (al menos así lo creían), esas eran cosas de la vida que suceden sin buscarlas y de las que lo importante es aprender una lección. Cada vivencia es algo que debe afrontarse de la mejor manera, una oportunidad de aprender y

encontrar algo positivo. ¿Qué debía aprender Pablo? ¿Qué debía aprender Marina?

36. Hijas del amor

Sonó el despertador. Marina y Pablo abrieron los ojos a una fresquita mañana del mes de abril. Aún hacía frío al amanecer, aunque por las tardes ya asomaba la primavera con sus extensiones de flores por los campos, como si la vida misma quisiera hablar. Al despertar, Pablo respiró dejándose abrazar por el nuevo día. Habían pasado varias semanas desde que Marina y él habían dejado las preocupaciones del embarazo atrás y el estado de Marina, ya de seis meses, llevaba su ritmo. Hacía también varias semanas que los sonidos en el vientre de Marina la dejaban descansar, pues desde el último intento de querer grabar esos sonidos, parecía que las niñas no habían vuelto a hablar. O, al menos, eso era lo que Pablo y Marina pensaban.

En realidad, las risas y conversaciones de las niñas continuaban, pero tenían una estrategia para no ser oídas y mucho menos, grabadas. Las chicas eran muy listas y sabían cómo pasárselo bien sin molestar a Pablo y Marina. Encontraron la manera de jugar y reír sin ser descubiertas y era emocionante jugar de incógnito.

Luna y Sol también adivinaban que, tarde o temprano, debería salir a la luz qué hacían dos niñas jugando en el vientre de Marina. Y es que, en realidad, no estaban en el vientre de Marina, sino… ¿dónde? Ese dónde es muy lejano y también muy cercano, aquí mismo. Las dos confluyeron en un tiempo, en el ahora, pero en realidad ninguna estaba en el espacio terrenal: era el espacio del amor. Sol ya había vivido tantas memorias como para elegir estar ahora con Luna. Luna también había elegido vivir un hermoso momento con Sol. Se dice «un momento» porque, aunque fueron meses los que vivieron en su universo, para ellas solo fue un momento. Una, Luna era la hija de Pablo; la otra, Sol, su amor de hacía muchas centurias y que lo

seguía esperando, vagando por estados de luz y, a veces, de oscuridad.

Fuera del vientre, en la casa, losespososse mantenían en silencio, sumergidos cada uno en su propia historia, en su culpa, y callando. Pablo acudía cada mañana a su trabajo y Marina se quedaba en casa, como siempre, con su teletrabajo. Juntos habían decidido, sin decirlo claramente, mantenerse callados y llevar una vida de paz y armonía.

Marina, aunque estaba expectante por ser madre, en su cabeza no paraba de rondarle la preocupación por saber quién era el padre de su hija y este pensamiento la estaba volviendo loca. Sabía que podía averiguarlo visitando al médico, pero esa visita la dejaría al descubierto. Había decidido estar quieta, dar tiempo al tiempo, a su evolución, aunque la angustia de esperar le quitaba las ganas de seguir adelante. En silencio, en su mente no dejaba de martirizarse, cada día que pasaba se sentía más culpable, ya no solo por haber tenido aquella relación con Juan, sino por continuar con su engaño en el tiempo. Ya no se sentía con fuerzas para afrontar la verdad y postergaba el desenlace de la situación, alargando un problema que solo podía resolverse de esa manera: afrontando la verdad. Pero el tiempo no hacía que el problema desapareciera, sino que se hacía más grande y, a la larga, las consecuencias serían peores.

Muchas veces, pensar demasiado en los problemas lleva a la parálisis, a ser presas del miedo, a envolverse en una nube oscura, una densidad sin luz que impide ver con claridad. No mirar con los ojos del amor, sino con los ojos del terror, los de la catástrofe y, sobre todo, con los ojos de la culpa, es hacerse daño irremediablemente.

La culpa empuja a buscar más culpables y para Marina ese otro culpable era Juan. «¿Cómo pude caer en sus manos?», se reprochaba la mujer una y otra vez, sin darse tregua.

Aunque los reproches y su propio ego la martirizaban, aun así, Marina no se decidía a hablar con su marido. Sincerarse no era tan difícil, seguramente Pablo habría entendido la situación o, al menos, habría tenido conocimiento de que algo no marchaba bien para su esposa. Y es que desde los ojos del amor no hay problema que no pueda superarse, pero Marina se empeñaba en ver solo lucha en el exterior.

El exterior no es un terreno de lucha, sino de aprendizaje, un aprendizaje que se ofrece en bandeja de plata, cuando se mira con los ojos del amor, pero desde el miedo, todo se enreda, se dramatiza, se sufren y se lloran unas consecuencias que, en realidad, solo están en la mente y que pueden llegar a crearse, a traerse a la realidad, al tiempo presente.

Cuando hay demasiadas emociones rondando, es fácil ver nubes y nubarrones, ver todo negro, pero si hay voluntad, se puede ver con los ojos del amor y asumir las responsabilidades. Esto a Marina le costaba mucho, pues solo veía culpa y miedo. El silencio que Marina había elegido le traería más perjuicios que paz cuando, en realidad, eso era lo que Marina deseaba: tener limpia la conciencia. Pero no sabía cómo hacerlo y ocultar fue para ella (como lo es para muchos) la mejor opción.

La mujer llevaba más de un mes sin saber nada de Juan y se había propuesto no verlo. Claro que él tampoco hacía nada por saber de ella: estaban totalmente desvinculados y, al parecer, aunque lo correcto hubiera sido hablar, dejaron que el tiempo pasara. Marina no tenía pensado buscarlo, ella quería olvidar, pero… algún día se sabría si la bebé era de Juan. Solo pensar en esa posibilidad la hacía temblar de terror. Con lo enamorada que había creído estar de Juan en algún momento, ahora, pensar en él le daba náuseas.

Tenía miedo de perderlo todo. Sabía que su marido había sido y sería su gran amor y no sabía en qué momento todo se había perdido por el camino. No entendía qué había pasado entre ellos

para buscar en otros brazos… ¡Sepa Dios qué buscaba! Con Juan había llegado a sentir una emoción y unas sensaciones que creía perdidas con Pablo, que la confundieron y, como Adán, ella tomó el fruto prohibido. En su mente, Marina pasaba el tiempo castigándose, no se daba el permiso de asumir que, simplemente, había sentido otras emociones y las había disfrutado. Y se fustigaba por haber sentido y por haberse equivocado. Se dice que de los errores se aprende y quién sabe si lo que Marina aprendió sería para bien o para mal y, más aún, quién determina qué es bien y qué es mal. Lo importante es el aprendizaje.

Marina intentaba vivir en paz, llevando su culpa en silencio, sin que nadie pudiera descubrir lo que había ocurrido entre ella y Juan.

Después de desayunar, la mujer se iba a su despacho a trabajar. Había tenido que adaptar la silla, pues, aunque era delgada, con los meses había engordado y el escritorio no le resultaba cómodo. Mientras trabajaba esa mañana, notó algo en la tripa, prestó atención, pero no: no había ruidos. Se echó a reír mientras se preguntaba si sería que las niñas comenzarían de nuevo a jugar, pero siguió con su trabajo.

A veces pensaba que las voces y las risas habían sido producto de su imaginación; al no escuchar más nada, trató de convencerse de que nunca habían ocurrido. Así se sentía más tranquila. Creía que si no pensaba en ello, las voces no volverían. El caso es que, de repente:

—Sol, ¿jugamos otra vez sin hacer mucho ruido? —preguntó Luna.
—Sí —respondió Sol.
Luna y Sol seguían con la táctica de la calma para no

molestar a Marina. Llevaban un tiempo así, creyendo que la mejor manera de no ser descubiertas era jugar sin hacer mucho ruido, cuidando las risas y las canciones. De todas formas, las niñas disfrutaban: en su mundo el sonido era lo de menos. Para Luna y Sol no había tiempo ni espacio.

Luna había elegido a su padre y a su madre. Pensó que ese padre era el mejor papá para ella y que Marina sería la mejor mamá.

Cuando Luna reconoció a Sol simplemente como hija de un sueño del amor, algo empezó a vibrar entre ellas, aunque no había cuerpo, no había nada, solo dos luces de puro amor. Luna era hija de Pablo y Sol era el amor de este, un alma que lo buscaba por la eternidad, lo buscaba hasta lo más infinito de los universos.

Luna era una niña que Marina había soñado desde su corazón y, aunque Pablo se había alejado de ese sueño, Luna lo había elegido como padre ideal.

Sol también había pensado existir en ese momento, pues ya era la hora de despertar a Pablo de su sueño olvidado. Las niñas tenían un lazo en verdad fuerte: el amor.

—Sol, ¿jugamos o no? —insistió Luna.

—Sí, vamosa jugar.Tu madre ya no se entera, pues está trabajando y,además,tendremos cuidado —dijo Sol.
Las niñas siguieron jugando, sabiendo que tenían que disfrutar al máximo pues, cuando volvieran, tendrían que separarse y se sumergirían en el olvido de sí mismas, se olvidarían de quiénes eran y de lo que habían elegido, pero habría un hilo fino en sus mentes, una vaga nube de amor que les recordaría, por un instante, que eran hijas del amor, eran inocencia.

37. Aguijones

Marina, ya de siete meses, había decidido suspender su trabajo. Prefería estar tranquila y dedicar el tiempo que le quedaba hasta el parto a disfrutar de la vida, dar paseos, llevar una vida serena y, sobre todo, hablar largo y tendido con su hija. Seguía aguijoneada por las dudas y el miedo, pero se había volcado en la maternidad y

tenía algo de paz. En su mente había nuevas ideas que le hacían ver la vida de distinta manera. Al comienzo de su embarazo, Marina había sentido mucha alegría e ilusión; después, cuando se planteó el problema de quién era el padre de la niña, sintió mucho miedo; pero poco a poco los pensamientos tenebrosos que la atormentaban se fueron disipando y se estaba dando una oportunidad para disfrutar y dejar en manos del destino lo que tuviera que pasar.

Pablo, por su parte, seguía con su vida junto a Marina y preparando la llegada de la niña. Solo cuando dejaba volar la imaginación, encontraba el recuerdo de Bea y se entristecía, pues él deseaba volver a verla. A veces, pensaba que todo había sido un sueño, pero en el interior de su corazón sentía que Beatriz había estado con él y ese sentimiento lo hacía vibrar.

Una mañana de mayo, cuando Pablo estaba en su despacho, como de costumbre, Juan pasó a verlo y a gastarle alguna broma, pero esa mañana dejó caer el nombre de Bea:

—Tío, ¿sabes algo de tu amiga Bea? —le preguntó. —No —respondió Pablo con un tono de voz seca, pues lo último que necesitaba era que se la recordaran. Mientras Pablo trataba de creer que todo había sido un sueño, ahí estaba Juan para recordarle que él también la había visto. Su amigo, al parecer, solo quería animarlo, pero esto a Pablo lo superaba. Él se esforzaba por olvidarla y por pasar página, pero su subconsciente y, ahora también su compañero, le jugaban malas pasadas y acababa irremediablemente pensando en ella.

—Bueno, no te pongas tan serio —le dijo Juan. —Es que… Prefiero no hablar de ese tema, Juan. Y es que algo en el interior de Pablo le advertía sobre

Juan, algo le decía que era mejor callar. Aunque Pablo presentía que no volvería a verla, no se rendía, solo había decidido centrarse en aquello que palpaba y veía, en lo que tenía a la vista, que era su

mujer. Ya quedaba poco para el nacimiento y quería conectar plenamente con la realidad. Estaba seguro de que la llegada de Luna a casa le traería algo bello. Al revés que Marina, él, que había tomado la noticia con tan poco entusiasmo, ahora esperaba ser un gran padre, se despojaba del miedo a la paternidad y de los prejuicios y confiaba en que todo volvería a ser como antes, antes de que ocurriera aquella aventura o aquel sueño con Bea.

Pablo no se imaginaba que su ego le daría pronto un buen susto. Aunque se consideraba un hombre fuerte, su ego lo acechaba como una serpiente acecha a su presa, esperando el momento para lanzarse y devorarlo.

Esa mañana, cuando Juan y sus bromas se fueron del despacho, Pablo se quedó pensando en los preparativos para el nacimiento de Luna y, de pronto, le dio un vuelco el corazón. Pensando en ella recordó que, cuando escuchaban a las niñas jugar en el vientre de Marina, Luna llamaba a la otra niña Sol, y ese nombre fue como un aguijón en el alma. No atinaba a comprender qué pintaba el nombre de Sol en las voces de las niñas o en la ilusión de esas risas. ¿Era una casualidad? Se levantó de su sillón de un salto y se asomó a la ventana: necesitaba tomar aire. Y mirando hacia la calle, se preguntó si el edificio que veía a lo lejos sería la residencia de ancianos donde estaba la señora Sol. Entonces, como alma que lleva el diablo, se apresuró a ponerse la chaqueta y, sin pensarlo dos veces, se marchó con una sola idea en la mente: llegar cuanto antes a la residencia. Sentía que algo estaba pasando. Su mente le decía: «Pero ¿a dónde voy con tanta prisa? Hace un momento solo pensaba en que Bea era un sueño y ahora camino hacia una residencia que no sé qué relación tiene con mi vida…». Pero su corazón tiraba de él hacia adelante. Sus pies no paraban de andar y, además, lo hacían a buen ritmo, como si le fueran a cerrar las puertas de su vida. El corazón le iba a mil. Quería atender a esa urgencia. Aunque pensara que Bea había sido un sueño y aunque se había propuesto centrarse en Marina, su instinto lo llevaba por otro camino.

Pablo llegó a la residencia y llamó a la campanilla. Lo recibió Trinidad, la misma monjita que el día en que había visto a la señora Sol.

—Buenos días —le dijo la religiosa.
—Buenosdías—correspondió Pablo—.Mire, her- mana, no sé si me recuerda, pero estuve... —Sí, joven, usted estuvo aquí hace algún tiempo visitando a nuestra querida señora Sol, ¿verdad? —lo interrumpió la monja sin dejarlo apenas hablar.
—Eso es. Y me gustaría ver de nuevo, si puede ser, a esta señora.
—Puesclaro que puede verla.¿Cómo no? Pase usted, que ya sabe el camino —le indicó la mujer abriéndole paso.
Mientras avanzaba por el pasillo, pensaba qué le diría a la señora, qué quería preguntarle y, al mismo tiempo, se preguntaba a él mismo qué narices hacía allí. Pero Pablo no detuvo su paso. Cuando llegó a la sala, no tuvo que buscar mucho, pues era como si la señora Sol lo estuviera esperando. Sus miradas se encontraron y Sol comenzó a temblar. Ella sabía que Pablo volvería y Pablo, a su vez, sabía que esta mujer le permitiría resolver el misterio sobre Bea, tenía el presentimiento de que las respuestas que buscaba estaban en aquella anciana.
—Buenos días, señora Sol —le dijo Pablo.
—Buenos días, joven. Mire que no sabía por qué, pero lo esperaba —respondió Sol.
En realidad, la anciana Sol sabía que el pasado muchas veces nos visita y había estado esperando ese encuentro.
—Puesdígame, joven.Lo escucho —dijo la anciana.
—Mire, señora Sol, la vez pasada cuando la visité, le pregunté si conocía a una chica llamada Beatriz y si tenía a alguien viviendo en su casa. ¿Lo recuerda? —Comenzó Pablo.
—Claro —respondió Sol—, pero aquella vez creo que me quedé traspuesta ¿no?
—Sí, señora, y menudo susto me dio, pues pensaba que… Ja, ja, ja —Pablo se echó a reír para no terminar la frase, pues lo que pensó en aquella ocasión era que la mujer se había muerto.
—Sí, sé lo que debió pensar, pero no me fui al otro lado. Es que de

vez en cuando me quedo en el silencio. Así me sucede —explicó Sol con amabilidad.
—El caso es que ahora se encuentre ya bien —dijo Pablo.
La conversación se hacía cada vez más distendida, iban ganando confianza el uno con el otro, reían y hablaban. Sol, pacientemente, aguardaba las preguntas del hombre y Pablo iba despacio, pues se encontraba muy a gusto hablando con ella y no quería que volviera a caer en el silencio. Pero Sol no lo haría, no caería presa del silencio porque quería hablar, lo necesitaba.
Finalmente, Pablo decidió abordar la cuestión.
—Señora Sol, el motivo de volver a verla es el mis- mo —explicó Pablo.
—¿Sigue buscando a una joven llamada Beatriz?
—Sí,la sigo buscando,señora Sol. Hace unos meses conocí a una chica, de unos 23 años, muy guapa, por cierto, y estuvimos comiendo en su casa, o al menos eso creí yo: que era su casa, un piso en la calle Goya. Pero cuando fui a buscarla después, no encontré a nadie. Su vecina me dijo que el piso estaba cerrado y que usted era la dueña. Desde entonces, la sigo buscando y ya han pasado meses. Por eso he venido a verla, señora Sol. Estoy aquí tratando de saber si lo que viví con Beatriz fue real, pues, figúrese, señora, que he llegado a pensar que no ha sido real y… No sé cómo decirle… Que lo he pasado mal, pues el poco tiempo que pasé con ella fue tan intenso… Como si nos conociéramos de mucho antes, no sé cómo explicarlo, como si ya hubiéramos vivido en otra vida —expuso Pablo, sin extenderse mucho para no agotar a la anciana.
Sol lo escuchaba atentamente y más atentamente lo miraba, pues Pablo tenía tanto parecido con su pasado que por eso lo había atendido desde el principio. Sol quería revivir ese pasado y sabía que Pablo era el protagonista. Al verlo, algo en ella le había removido todo su ser. El pasado volvía hasta su presente, un pasado que Sol pensaba que había sido un sueño.
Mientras escuchaba las explicaciones de Pablo, Sol viajaba en el tiempo, repasando momentos hermosos que había vivido o que creía haber vivido. Ese pasado también le traía penas, una pena llena de soledades y de inocencias, de muchos sueños en el aire, que nunca

entendió por qué tuvo que vivir en la más larga y agónica soledad.
—Bueno, joven, yo no sé qué le pasó a su chica enamorada, pero le puedo contar que en mi casa, hace muchos años, vivió por unos momentos una bebé llamada Beatriz—. Sol hizo una breve pausa,miró a Pablo a los ojos y decidió abrir sus labios y su corazón ante él.

38. Sol

—Yo viví muchos años en el piso de la calle Goya, esa era la casa de mis padres. Desde muy joven estuve en mi mundo de soledad, pues me costaba tener gente a mi alrededor. Soñaba mucho, eso sí, siempre estaba en las nubes… Por aquel entonces, yo tenía el don de la imaginación, no el de la palabra. Lo de hablar me costaba mucho, aunque me encantaba escribir y así lo hacía.

»No quisiera aburrirle con mi historia, joven. Ya después de tanto tiempo estoy cansada y he dejado mis sueños en letargo.

Sol ya no quería remover su pasado, pero, de todas formas, sin darse cuenta, comenzó a hacer un breve relato de su vida. En ese momento empezó a hablar sin ser consciente de lo que hacía y a pesar de haberle advertido a Pablo de su deseo de olvidar:

—Hace muchosaños, cuando yo era muy joven (¡ma - dre mía! Ni siquiera recuerdo bien mi edad), según me decían era una joven guapa y muy ingenua. En aquel entonces estaba llena de vida y de hermosos sueños, como es normal. Yo vivía en el precioso piso de la calle Goya que había sido la vivienda familiar. Allí me quedé viviendo sola, pues mis padres ya habían muerto. Ellos se fueron jóvenes: mi madre estaba enferma… desde pequeña tengo el recuerdo de que mi madre siempre estaba malita, y mi padre cuidaba de ella… Bueno, no quiero aburrirle.

Sol no quiso hablar de su padre pues, al parecer, él también lo había pasado mal y la señora no quería revivir esa herida. Tampoco quería aburrir a Pablo, pero a la anciana se le soltó la lengua y no paraba de hablar:

—Me gané la vida escribiendo artículos para una revista; no me daba para mucho, pero me las arreglé para sobrevivir y salir adelante.

»En los artículos que escribía le daba rienda suelta a mi imaginación, eran muy fantasiosos y a mis lectores les gustaban. Había gente que leía atentamente mis historias y tenía seguidores, aunque fuese en las sombras. Me gustaba esa forma de tener amigos, me sentía querida por esa gente, aunque no la conociera, era el único amor que me llegaba del exterior.

»Pasé toda mi vida prácticamente sola y cuando fui adulta, soñaba con ser madre. Entonces tuve un bello romance que, por desgracia, fue corto, pues este chico, mi novio, se tuvo que ir a otro país. Él se llamaba Pablo, mire qué gracia, como usted. Yo me enamoré locamente de él. Cuando se marchó me quede muy triste y él… Él nunca volvió.

»Vivía cada día soñando con su vuelta. Cada tarde me sentaba en el sillón blanco y rojo que tenía en mi terraza acristalada y allí esperaba que mi amor, Pablo, volviera.

»Al poco tiempo de marcharse mi novio, figúrese, descubrí que estaba embarazada. Fue uno de los mo- mentos más felices de mi vida, pues el hecho de haberme quedado sola y no tener familia… Creo que por ahí andaba una tía mía lejana, pero solo la vi una vez… Yo no lo recuerdo… El caso es que mi vida fue muy solitaria. Siempre pensé que verme así se debió a las circunstancias o a que no era extrovertida…

»Ahí estaba cada tarde, sentada en mi sillón blanco y rojo, soñando que mi Pablo, el único amor de mi vida, volvería. Pero los meses

pasaron y no volví a tener noticias de él. Me quedé esperando y más sola que nunca. ¡Ay! ¡Con lo joven que era yo y tan sola!

»Cuando usted me habló del sillón blanco y rojo, en mi mente todo volvió a pasar de repente, me invadieron los recuerdos… No podía creer que usted me hablara del mismo sillón.

Sol había estado hablando sin parar, se detuvo un instante para soltar una risa y enseguida continuó:
—Pasaron los meses y, como le iba diciendo, no tuve noticias suyas. Nunca le conté a nadie que estaba embarazada. No sé ni por qué se lo cuento a usted, pues me juré no decir nada nunca. Viví mi embarazo sola, pero más sola que la una. Estaba siempre en casa y, por las tardes, mientras escribía, yo no paraba de hablarle a mi bebé. Le contaba historias, le cantaba canciones y… Me sentía viva. Por primera vez, alguien me escuchaba: era una cosita dentro de mí que latía. Y yo le hablaba a mi bebé de su padre Pablo, le decía lo buen chico que era y que algún día volvería. Quería que mi bebé amara a su padre antes de nacer.
»Cuando se acercaba el momento del parto, solo pensaba en quién podría ayudarme a traer a mi hijo al mundo, pero… No tuve tiempo de resolverlo. Antes de cumplir los nueve meses, una tarde de lluvia, estaba en mi sillón, como siempre. Comencé a sentirme mal y fui consciente de que el bebé llegaba sin previo aviso, un mes antes de tiempo. Con mucho dolor, entre truenos y relámpagos, con una lluvia que no paraba, en ese sillón llegó mi niña preciosa. Figúrese qué milagro: una mu- ñeca para mí. No sabía qué hacer, pero saqué fuerzas de mis entrañas y de Dios, que él nunca me dejó, y tuve a mi hija. Cuando la cogí en mis brazos llovía tan fuerte que apenas se oían sus llantos y los míos. Gracias a la fuerza de la tormenta, ningún vecino escuchó nada. Recuerdo mi llanto desgarrador y los llantos de mi pequeña niña. Al final, Dios y yo asistimos mi parto. Bueno, ahora sé que Dios estaba ahí conmigo. En aquel entonces, me sentía sola, pero ahora veo que Dios siempre estuvo conmigo, arropando a mi hija. La cogí en mis brazos, la abracé muy fuerte y, mientras seguía lloviendo y tronando, le puse nombre a mi bebé: se

llamaría Beatriz.
»Luego, no sé cómo, nos quedamos dormidas. Yo no sabía qué hacer, cómo debía darle de comer, no tenía ni idea. Solo sé que la abracé y nos quedamos dormidas en mi sillón de la terraza, con el sonido de la lluvia… ¿Sabe, joven?
—Sí, dígame —murmuró Pablo que estaba impactado.
—El ruido de las tormentas me encanta. Los true- nos, la fuerza de la naturaleza me hace sentir que estoy arropada por Dios, me hace sentir viva, y que Dios me ama —le dijo la anciana. Ya era hora de que Sol pudiera hablar con alguien así, abriendo su corazón y sus secretos. Con Pablo sintió que podía volcarlo todo, contar toda su historia antes de irse de este mundo.
—Allí pasamostoda la nocheminiña y yo, dormidas. El olor de mi hija me llenaba el alma.
»A la mañana siguiente, cuando desperté, estaba helada. Tenía los pies paralizados. No podía moverme, pero conseguí abrazar fuerte a Beatriz. Abracé a mi hija y permanecí así por mucho tiempo, escuchando los truenos y la lluvia que no paraba.
La anciana había abierto su alma y la vaciaba de todos sus secretos. Estaba decidida a que antes de irse hablaría con aquel hombre que la vida le había enviado.
—Luego, llevé a mi hija al dormitorio y, con sumo cuidado, la vestí con un precioso traje de algodón blanco y la dejé en una cuna pequeña blanca con volantes. La arropé y la dejé descansar.
»Con el tiempo, joven, me convencí de que Beatriz había sido un sueño de los míos.

39. La fotografía

Sol nunca pudo discernir si esta historia ocurrió realmente o solo la soñó, pero el alma de la bebé Beatriz se quedó para siempre en el corazón de Sol: su ser y su amor se quedaron junto a ella.

La vida pasó para Sol siempre en soledad. Nunca se marchó de su casa, donde permaneció aferrada a los recuerdos de un amor

efímero y de una maternidad ilusoria. Con el paso del tiempo, ni ella misma podía saber si todo lo vivido en esa noche de tormenta había sido real. Sol nunca volvió a abrir la puerta de la habitación en la que dejó a su hija, o donde creyó dejarla; no se dio la oportunidad de saber más, pues al final prefirió creer que había sido un sueño. Lo único que estaba claro era que su vida se fue consumiendo como una vela, día tras día, en soledad. También tenía algo claro: el amor de Pablo era algo que transitaba de unas centurias a otras. Estaba segura de que en otra vida había tenido un amor intenso y que siempre estuvo buscando, aunque él… ¿Quién sabe? Él, tal vez, la había olvidado o, simplemente, años después, el espacio-tiempo no los volvió a reunir: ella llegó antes que él y él no la recordó. Tiempo después, ocurrió algo.

Cuando Sol se hizo mayor, decidió marcharse a una residencia, pues no tenía familia, o eso pensaba ella. Su voluntad era irse a un lugar en el que pudiera soñar, rodeada de ruido. Ni siquiera al partir, pensó en pasar a la habitación donde hacía tantos años había dejado a su hija.

Con el tiempo, la anciana se dio permiso para olvidar y perseguir otro sueño: el de la paz.
El alma de Beatriz también tuvo sueños. Soñó con ser madre, tuvo un pensamiento de amor en el que tendría una niña y la llamaría Sol. En realidad, ambas podrían ser la misma…
—¿Pero usted nunca pasó a la habitación? —le pre- guntó Pablo a Sol.
—No, joven, no —respondió la anciana.
—Pero, entonces, ¿qué pasó con su hija, señora? —insistió Pablo.
—No lo sé —dijo secamente, pues parecía que ya no quería seguir hablando—. Mire, Pablo, estoy muy cansada, agotada. ¿Me acompañaría hasta la habitación?
—Sí,claro,señora Sol. Yo la acompaño,faltaría más —dijo Pablo educadamente, aunque estaba estupefacto.

Solo tenía una cosa en claro: aquella señora seguramente le habría contado una fábula, pues era del todo increíble. Había cosas que Pablo no lograba entender, pero la sorpresa que estaba a punto de descubrir lo dejaría del todo perplejo.

Con mucha amabilidad, Pablo la acompañó a su habitación. En el camino, iba haciendo cuentas con los datos de la historia que la mujer le había contado. La niña que doña Sol había llamado Beatriz, claramente no podía ser su Bea. No coincidían las edades, pero no dejaba de ser sorprendente la coincidencia de nombres.

—Bueno, joven, aquí me quedo yo —le dijo Sol al llegar a la puerta.
—Bien, señora, me ha alegrado mucho hablar con usted —dijo Pablo a modo dedespedida.Pero mientras la anciana pasaba a la habitación, le dio un fuerte mareo. Por suerte, Pablo estaba a su lado y pudo sostenerla. Con mucha delicadeza, Pablo la pasó a la habitación y la ayudó a recostarse en la cama. Sol le dio las gracias con un gesto de la mano y pareció dormirse.
Cuando Pablo se disponía a salir, llamó su atención la fotografía que la mujer tenía en su mesita de noche: en ella estaba Bea. ¡Era Bea! La de la foto era Bea, con sus zapatos rojos y su abrigo. Pablo se quedó inmóvil. No quería molestar a la señora, pero no iba a quedarse con la duda.
Sol abrió sus ojos y vio que Pablo tenía la foto en sus manos y la observaba. Entonces, Pablo no se pudo contener y, a riesgo de incomodarla, preguntó con voz temblorosa.
—Señora Sol, dígame por favor, ¿quién es la joven de la foto?
La mujer soltó una carcajada y contestó:
—Pues soy yo, claro. Guapa, joven y muy gordita.
Cerró los ojos y se durmió al momento. Pablo se quedó paralizado, sin saber qué hacer. Al fin dejó la foto en la mesita y, con los ojos llenos de lágrimas, lentamente se fue de la habitación.
Pablo no entendía nada. La chica de la foto era Bea, pero la anciana le dijo que era ella misma. Estaba perdido y aturdido. Ahora era él el que estaba cada vez más seguro de que todo lo suyo con Bea había sido un sueño. No tenía palabras.

¿Bea nunca había existido en su tiempo, pero sí en un tiempo anterior? Se preguntaba mientras se marchaba de la residencia. Pablo sabía que tenía que pasar página. Presentía que ya no podría averiguar nada más de Bea y que nunca volvería a verla. Desconcertado por la historia de la señora Sol y por la fotografía que acababa de ver, volvió a su trabajo. Caminaba sin pensar en lo que hacía, solo se dejaba llevar por sus pies. Al llegar, se encerró en su despacho.
Pablo se dijo una vez más que dejaría de perseguir un sueño y que se dedicaría a su mujer y a su hija. Lo que no imaginaba entonces era que en su casa lo esperaba otra gran historia, algo que no había hecho nada más que empezar.

40. Luna

Se acercaba el momento: faltaba tan solo un mes para el nacimiento de Luna. Las niñas tendrían que despedirse. No querían hacerlo, pero, en sus niveles, la despedida era inminente. Ambas rehuían la conversación y disimulaban jugando en silencio, como habían aprendido a hacer para no molestar.

Entre Luna y Sol se instaló un silencio y las niñas se miraron en su mundo de consciencia. Era el momento de decir adiós, pero cuánto les costaba.

—Sol, yo me tengo que ir, pues ya es mi hora. Mis padres aún no lo saben, pronto se enterarán. Tenemos que dejar de jugar — dijo Luna entre sollozos. Apenas podía hablar, las lágrimas de su ser ahogaban el suave sonido de su voz.

—Ya lo sé —dijo Sol con un tono triste. Ella no podía llorar con lágrimas, pero se apagó la dulzura de su voz. Sabía también que su suerte sería distinta a la de Luna y pensaba que, probablemente, no se volverían a encontrar—. Todo esto se acabó ¿verdad? —le preguntó a Luna.

—Sí. Ahora pasaremos al olvido, pero seguramente tendremos algún recuerdo y, de vez en cuando, estaremos otra vez juntas —le explicó Luna—. Mira, tanto tú como yo somos luz y la luz nunca se apaga, ¿verdad?

—Claro, pero yo no quiero que te marches —le dijo Sol con suvocecita—.Meha costado mucho estesueño y no quiero que termine. No sé si podré estar apagada en el olvido.

—Pero ¿cómo dices eso, Sol? —la consoló Luna—. Ya verás, en realidad, no tenemos tiempo y tenemos todo el tiempo del mundo. Confía en mí.

Luna trataba de animar a Sol. Ambas sabían que pertenecían a distintos sueños y tenían que aceptarlo, pero Luna estaba segura de que, más temprano que tarde, volverían a estar juntas.

Mientras tanto, afuera, en casa de Pablo y Marina, aunque el ambiente seguía tenso, la cercanía del nacimiento les daba una razón de vivir en pareja, una razón para olvidar «sus sombras» y centrarse en la llegada de Luna.

Pablo procuraba no pensar en Bea y llenaba su mente con pensamientos que creía que le harían bien. Al igual que Marina, se centraba en la nueva vida que pronto llegaría.

Al mismo tiempo, Pablo necesitaba que con el nacimiento llegaran las respuestas al misterio de aquellas voces y risas en el vientre de Marina, sonidos que ambos habían escuchado y que habían cesado de repente.

Marina, por su parte, seguía torturándose por la culpa de haber tenido aquella aventura con el mejor amigo de su esposo y quería salir de ese infierno. Además, sabía que esas emociones no le habían hecho bien a su embarazo.

—Cariño, ¿has vuelto a oír alguna voz de las niñas? —le preguntó Pablo a su esposa.
—Pues no. Siento los movimientos de Luna en mi barriguita,pero no escucho nada —respondió Marina.
—Qué raro, ¿verdad? —opinó Pablo.
—Sí —concedió ella—, es raro, pero mejor así, porque necesitaba descansar de tanto ruido y como el médico, después de todo, no nos dio ninguna respuesta, me preocupaban las voces.
Pablo compartía esa preocupación y, además, lo inquietaba otro tema: el nombre de Sol. «Esto de las voces es una locura, pero ¿por qué Sol, por qué ese nombre?», pensaba Pablo cuando, de pronto, escuchó que Marina lo llamaba con un grito muy fuerte.
—¡Pablo! —gritó ella.
—Dime, Marina, ¿qué pasa? —le preguntó enérgi- camente para que lo escuchara.
—Ven, mira: creo que he roto aguas…
En ese mismo instante, Pablo acudió corriendo en busca de Marina que estaba en el baño. Al llegar, encontró a su esposa y un gran charco de líquido a sus pies. Sin saber muy bien qué debía hacer y sintiendo que le temblaban las piernas, se llevó las manos a la cara y gritó:
—¡Madre mía! ¿Y ahora qué?
En ese preciso momento, todo lo que lo había preocupado hasta entonces le pareció una tontería y se desvaneció en el aire. Estaba inmóvil y Marina, sentada en el suelo, se había echado a llorar. Ella lloraba mientras Pablo solo decía «¡Madre mía!». El miedo los había ganado y viendo que Pablo no reaccionaba a Marina solo se le ocurrió decir:
—¡Llama a Juan! ¡Anda, corre!
—¿A Juan? Mejor llamo a una ambulancia…
—Llama a alguien, Pablo, a quien sea que sepa qué hacer. O llama a la ambulancia ya Juan también —dijo a gritos.
Pablo fue corriendo a coger su móvil y llamó a una ambulancia. No entendía por qué a Marina se le ocurría pensar en Juan, pero tampoco se detuvo en ello. En ese momento lo único en lo que podía pensar era en ayudar a su esposa para que no tuviera un

parto en el baño. Cuando terminó la llamada, volvió con Marina, que seguía llorando y temblando. Pablo se agachó a su lado, la vio totalmente indefensa y no pudo más que abrazarla. El parto había comenzado y con él, el dolor.
Al sentir una contracción fuerte, gritó:
—Pero ¿has llamado a Juan?
—No, cariño, llamé a la ambulancia.
¿Por qué esa insistencia en llamar a Juan? Si bien su amigo ya había sido padre dos veces, no era médico y no tenía nada que hacer allí.
Por fin, llegó la ambulancia y Pablo fue corriendo a abrir la puerta. Vio entrar a dos personas y pensó que serían un médico y un enfermero. Tampoco le importaba quiénes eran, solo quería que atendieran a Marina.
Subieron a la mujer a una camilla y la montaron en la ambulancia mientras Pablo preguntaba una y otra vez si Marina estaba bien y les explicaba que el parto no estaba a término.
—Eso es lo de menos —le respondió el personal de la ambulancia—, lo primero es llevarla al hospital. No se ponga usted nervioso y venga detrás de nosotros.
—Sí —obedeció el hombre.
Salió la ambulancia seguida por el coche de Pablo. Al fin comenzaba a sentir la emoción de ser padre y eso le gustaba. Pero estaba preocupado por Marina, pues nunca la había visto así, con ese llanto desgarrador. A Pablo le había parecido que Marina le quería decir algo, pero no había podido.
Era el mes de junio y ellos esperaban el nacimiento en julio, pero Pablo quería confiar en que todo saldría bien.
Es en estos momentos de la vida cuando las personas se llenan de un solo sentir: «que todo salga bien». Al fin de cuentas, el deseo detrás de ese «que todo salga bien» es el deseo de estar en paz.
La ambulancia llegó al hospital y al mismo tiempo llegó Pablo, que corrió para estar al lado de su mujer. Marina no dejaba de llorar, sin saber si era por el dolor, por la culpa o por la incertidumbre de tener que descubrir al fin quién era el padre de su hija. No sabía si quería parir o desaparecer.
Pablo entró al paritorio junto a su mujer, no se alejaba de ella. Un

profundo sentimiento de amor afloraba desde su corazón y, mirando la carita de Marina, le dijo:
—Tranquila, cariño.Todo va a salir bien.Yo estoy a tu lado —y Pablo rompió a llorar desconsoladamente.
A Marina ese gesto de ternura de su marido le producía aún más dolor, pues lo veía sufrir por ella y el aguijón de la culpa le traspasaba el corazón.
En su vientre, las voces se despedían.
—Adiós, mi amiga del alma —dijo Luna a Sol sin soltarla y se fundieron en un abrazo.
—¡Ya llega la niña! —anunció la matrona y al si- guiente momento Luna estaba allí: una bebé preciosa. Marina la cogió en sus brazos y se entregó a la ternura de abrazarla y besarla. Pablo las abrazó a las dos. Luna lloraba, pero cuando sus padres la rodearon, en ese bello instante de amor, dejó de llorar y, como si entendiera lo que allí estaba pasando, abrió los ojitos y se quedó mirándolo.
Pero ¿qué podía entender Luna al momento de nacer? Ya se había despedido de Sol y, como estaba pactado, cada una iría a resolver lo acordado. Uno de los acuerdos era que, al nacer, no recordarían lo vivido en el vientre. Pero después de aquellos meses juntas jugando y bailando, el olvido completo no era posible. Y ya en los brazos de sus padres, Luna miraba hacia atrás, buscando algo: buscaba la voz de Sol.
—Cariño, mira cómo nos observa Luna —le dijo Pablo a la nueva madre.
—Pero si aún no puede ver casi nada —explicó Ma- rina—.Mimadre medecía que cuando losbebésnacen ven solo sombras.
—Pues yo diría que sí puede ver. Mira, parece que busca algo con la mirada —insistió Pablo emocionado, convencido de que la pequeña buscaba algo con sus ojitos recién abiertos.
Y en su corazón, Pablo notaba una sensación que le pedía estar alerta, él también buscaba algo, buscaba a la otra niña, la compañera de juegos de Luna.
Marina, en cambio, no quiso decir nada sobre el tema de las dos niñas y, en vista de ello, Pablo tampoco lo mencionó. Después de todo, estaban en el paritorio y no era momento de hablar de eso. En

realidad, no era momento para hablar de nada, sino para sentir y dejarse invadir por la emoción hasta el punto de que pudieron olvidase de todo: Marina se olvidó de Juan y Pablo se olvidó de Bea.

41. Piedras

Los tres juntos pasaron a la planta de maternidad y desde la habitación comenzaron a llamar a los familiares. Todo iba perfecto. Luna no lloraba, solo observaba y sonreía.

Después de dar la buena nueva a la familia, Pablo recordó que debía informar a la oficina.
—Voy a llamar al trabajo.Ya veráslo contento que se pone Juan cuando le dé la noticia —anunció sonriendo.
—¡No! ¡No, déjalo para másadelante! —dijo Marina dando un grito que le salió del alma.
—Pero vamos a ver, mujer —replicó Pablo perple- jo—, ¿cómo no voy a avisar a la oficina? Además, se lo diré a Juan, nuestro amigo de toda la vida…
—Bueno… Yo… No digo que no llames, Pablo, solo te pido que esperes.
Marina no sabía cómo salir del paso, pues su grito había retumbado en toda la habitación y su actitud no tenía razón de ser, pero veía que su oscuro secreto podía salir a la luz y volvía a estar aterrorizada.
Pablo no le dio mucha importancia al grito, y lo siguiente que hizo fue llamar a la oficina y hablar con Juan.
—¡Hombre, Juan! ¡Ya soy padre! ¡Esto esgenial! ¡To- do ha salido bien! ¿Qué me dices?
Pablo era un ingenuo, pero notó que su amigo se había quedado mudo al otro lado del teléfono.
—¿Juan? ¿No dices nada? ¿Sigues ahí?
—Sí,tío,estoyaquí,pero… Me pilla de sorpresa. ¿No era para julio el nacimiento? —dijo Juan cuando pudo reaccionar—. Bueno, pues ¡enhorabuena!

La noticia no solo había sorprendido a Juan por el anticipo en el tiempo, sino por todo lo que implicaba para él. Hipócritamente dijo alegrarse por su amigo, pero, en realidad, estaba muerto de miedo.
—Bueno, avisa por allí que me tomaré tresdíaspara estar aquí en el hospital. Después de eso, seguramente ya estaremos en casa.
La reacción de Juan no había sido la que Pablo esperaba y, además, le extrañaba que no hubiera preguntado por Marina ni por la niña y fue él quien tuvo que agregar:
—¡Ah! Y dile a todos que la niña y la madre están muy bien.
Pablo se extrañó, pero tampoco le dio mucha importancia. Estaba realmente ocupado pensando en sus dos chicas y volvió rápidamente junto a ellas.

Acuerdo de silencios

Estando los tres solos en la habitación, tranquilos, antes de que comenzaran las visitas de la familia, Marina tenía a Luna en sus brazos y la miraba en silencio, fijamente, tratando de adivinar si se parecía a Pablo o a Juan. Estudiaba todos los rasgos de la pequeña, pero, por más que escudriñaba, encontraba parecidos tanto con uno como con el otro.

Desesperada, advirtió que Pablo la estaba mirando y se preguntó si era porque sospechaba algo. Pero Pablo, por un momento, había cambiado de sintonía y había dejado entrar en su mente un vago recuerdo de Bea.

Las miradas de la pareja se encontraron. Era un encuentro lleno de silencio y de engaño. Querían sorprenderse el uno al otro diciendo «te amo», pero la culpa por sus infidelidades opacaba el momento. Sus labios callaban, pero sus almas gritaban de miedo. Y se dieron a representar el papel de padres felices que, en parte era real, como también era real que todavía se amaban. Solo que la vida los había llevado a torcer sus caminos.

Y ¿quién no tuerce un poco su camino alguna vez? ¿Quién no abandona a veces la senda, se une a otra y luego quiere volver? Es importante darse permiso para equivocarse y para cambiar, eso sí, siempre siendo compasivos con uno mismo y con los demás. Lo que suele ser más difícil es ser compasivo con uno mismo, tener sinceridad y aceptación.

Asumir la verdad a tiempo puede evitar mucho sufrimiento, puede aligerar la carga que se lleva encima, y quitar tantos dolores de espalda, de cabeza, de brazos, tanto dolor del alma que puede asfixiarla hasta el punto de dejarla dormir en el sueño de no volver.

Marina y Pablo aún no estaban decididos a contarse la verdad y con ello estaban haciendo que sus mochilas pesaran cada vez más, pues las piedras se iban acumulando, tomando nuevas formas y colores. ¿Hasta cuándo seguirían con esa nube oscura en el alma?

42. Por si acaso, puede ser

El nacimiento de Luna era para Pablo uno de esos momentos maravillosos que permiten recapacitar sobre las sombras que visitan la vida. Sombras que, al principio, se perciben como destellos de luz. Así le había ocurrido a Pablo cuando Bea visitó su vida. A veces es la propia felicidad la que no permite ver más allá de una vivencia. En los momentos felices, el pasado deja de existir, el futuro es un humo transparente, y solo se percibe lo que interesa, lo que el cuerpo desea.

Ahora, su presente era totalmente nuevo, un momento familiar. Estaba casi seguro de que, si se entregaba a vivir los próximos momentos volcado en sus chicas, dejaría de pensar en aquel pasado ilusorio, en aquella simple ilusión de amor.

Puede ser que, en muchas ocasiones, a todos nos guste mirar el momento presente, cuando es un momento feliz.

Puede ser que solo queramos ver lo que pensamos que es la verdadera paz.
Puede ser que solo queramos ver nuestras risas.
Puede ser que solo queramos ver la tranquilidad de ser amados.
Puede ser que solo queramos quitarnos el miedo.
Puede ser que solo queramos un momento de gloria.
Puede ser que necesitemos un momento para ser amados y atendidos.
Pero, muchas veces, nuestros pensamientos se nublan con el «por si acaso».
Por si acaso no lo consigo. Por si acaso no llego.
Por si acaso me quedo sin ello. Por si acaso me equivoco.
Por si acaso se me olvida.
Por si acaso me deja de gustar. Por si acaso esto se rompe.
Por si acaso no me ven. Por si acaso me duele. Por si acaso no le gusto. Por si acaso le gusto.
Por si acaso se va todo al traste. Por si acaso no me pagan.
Por si acaso no tengo.
Por si acaso me quedo solo. Por si acaso me duele.
Por si acaso no me levanto. Por si acaso no me ve.
Por si acaso…
La vida puede llenarse de «por si acasos» y, entonces, se instala el gobierno del miedo, de la inseguridad. Si no hay fe, si no hay certeza de que podemos tener lo deseado, con la mente creamos y, al instante, destruimos lo creado. La falta de fe nos conduce a romper con los

deseos que nacen del alma, que demandamos desde el amor y, al final, solo queda el «por si acaso», la duda, la inseguridad. Con ella se aprisiona la mente y se limita. Al limitar nuestra mente, se limita también la mente de nuestros seres amados y nuestras vivencias se vuelven pesadillas de muerte que llevamos a nuestros propios cuerpos.

Así se encontraba Pablo que, lleno de dudas y sin darse cuenta, a cada instante cambiaba de sentimiento y de opinión, pues tan pronto se centraba en sus chicas, Marina y Luna, como lo asaltaban los recuerdos de Bea, esa mujer que no se explicaba cómo, en unas horas, le había dejado una huella imborrable, le había tocado el alma.

43. Enhorabuenas

En un par de días Marina fue dada de alta, pero Luna, al ser prematura, tenía que quedarse, al menos, una semana más en el hospital, por recomendación del pediatra. Al comprobar que todo marchaba con normalidad, Pablo le dijo a su mujer:

—Cariño,como tú te quedas conLuna,yo me voya casa para terminar con los preparativos. Además, mañana puedo volver al trabajo. ¿Qué te parece?

Pablo realmente tenía ganas de volver a la oficina donde, seguramente, le tendrían preparado algún tipo de festejo, como era habitual en estas ocasiones.

Al despedirse, cogió a su hija y, abrazándola muy fuerte, le dijo:
—Mi niña, pronto estarás en casa.¡Te quiero tanto! Pero no le llores a mamá. Mañana vendré a veros.
A Pablo se le caía la baba por su pequeña, nunca esperó sentirse tan feliz. Marina, en cambio, no podía evitar entristecerse al verlo, pensando que tal vez no era su hija. Justo en ese momento, Pablo le dijo:
—Marina, creo que Luna tiene mi sonrisa. Yo diría que se parece más a mí que a ti, ¿verdad?
Al oírlo, a Marina se le abrieron los ojos como platos y deseaba que la tierra se la tragara. En realidad, pensaba que la sonrisa de Luna se parecía más a la de Juan. Estaba tan alterada que hasta el distraído de Pablo notó algo y le preguntó si estaba bien.

—¿Te pasa algo, cariño? —dijo antes de salir.
—¡Uy! Es que cuando me muevo me tiran los pun- tos —dijo recordando lo que había oído decir a sus amigas cuando parían. Lo de los puntos quedaba muy bien para disimular.
Pablo se deshizo en besos y más besos para las dos. Estaba loco de felicidad y con ese sentimiento llegó a su casa, dispuesto a dejarla preparada para sus chicas. La habitación de Luna estaba casi lista, a falta de algún retoque, nada más.
Pablo estaba decidido a sumergirse de lleno en esa nueva etapa de su vida, sin lastres del pasado, sin volver sobre pensamientos que lo atormentaban. Y así lo hizo, al menos por un tiempo, ya que el ego no tardaría en aparecer cargadito de regalos.
A la mañana siguiente, se preparó con ilusión para volver a la oficina. Tenía muchas ganas de ver a sus compañeros y de compartir la alegría. Sinceramente, lo necesitaba. Habían sido tres días muy intensos que le habían hecho ver la vida de otra manera.
Cuando llegó a su trabajo, la oficina era una fiesta. Sus compañeros llevaban muchos años esperando verlo convertido en padre y ahora, por fin, llegaba ese momento. Tuvo una entrada triunfal. Allí se encontraba el grupo al completo, lo esperaban para felicitarlo y habían engalanado los despachos y zonas comunes.
Pablo se emocionó mucho y se entregó al cariño de sus compañeros. Sin embargo, no veía a Juan y se preguntaba dónde podría estar. En realidad, era a quien más deseaba abrazar en ese momento. Procuró disfrutar de las felicitaciones y de los brindis por el nacimiento de su hija hasta que, finalmente, Juan apareció en escena, portando una caja enorme que era el regalo del grupo.
—¡Enhorabuena, tío! ¡Te veo radiante! ¡Me gusta verte así, papá! —le dijo Juan que, aparentemente, des- bordaba entusiasmo, pero, en el fondo, se esforzaba por esconder unos sentimientos muy diferentes.
Las risas y los abrazos se sucedían y el orgulloso padre no dejaba de contar cómo habían sido las primeras horas, que Luna era muy bella, que no lloraba, que era curiosa… Todo eran elogios para su pequeña.
—¿Y sabéis qué? —agregó orgulloso—. Creo que se parece a mí.

Juan, al oírlo, casi no pudo contenerse.
—¿Ah,sí?¡No me digas!A ver,algo debe tener de su padre—comentóriendonerviosamente, aunque, como siempre, supo disimular y esconder sus emociones.
Después de tantos abrazos y felicitaciones, los dos amigos se fueron juntos al despacho de Pablo para ponerse al día.
Pablo quería contarle cómo había sido el nacimiento, la alegría, la emoción que le había causado… Tenía una gran necesidad de hablar con su amigo y este de escucharlo, aunque, debajo de su máscara sonriente y cordial, Juan temblaba de miedo. Las dudas no lo dejaban pensar claramente, se sentía paralizado. Pablo, que estaba en la gloria por el nacimiento, no percibía la duda y el miedo que el silencio de Juan escondía.
—Bueno,Juan,ypor aquí¿qué tal?¿Ha habido algún cambio, algún problema?
—Pues nada, Pablo. Aquí el tema de conversación estos días has sido tú y tu niña, ja, ja, ja. ¿Qué te puedo decir, tío? Que no te hemos echado de menos, no te voy a engañar —respondió bromeando, pues, en verdad, no había pasado nada relevante y, además, Juan quería volver al tema de Marina y de la niña. Eso era lo que le preocupaba. Quería saber cómo estaban y descartar cualquier indicio de sospecha por parte de Pablo.
Juan no había tenido contacto con Marina desde hacía mucho tiempo y no podía asegurar que no le hubiera dicho algo a Pablo. La satisfacción en la cara de Pablo revelaba que, al parecer, no sabía nada y eso lo tranquilizaba. Juan abrazaba la posibilidad de que toda su historia con Marina se quedara en un simple error del pasado. A medida que la conversación avanzaba, se iba relajando, pues todo indicaba que ni Marina había revelado el secreto que los unía, ni Pablo lo imaginaba.

44. La carta

Entre risas y algún chascarrillo, el tiempo pasó volando y, cuando Pablo quiso darse cuenta, había llegado la hora de salir de la oficina.

En ese momento, se presentó la secretaria en el despacho y le dijo:

—Pablo, afuera hay un mensajero que dice que ne - cesita entregarte un sobre. ¿Lo hago pasar?
—Sí, claro. Dile que pase, por favor —indicó a la secretaria.
Al momento, se presentó un joven que portaba una carta y preguntó por Pablo. Le entregó el sobre sin decir nada más y se disponía a irse cuando Pablo lo atajó para preguntarle:
—¿Este sobre es para mí? Pero ¿quién lo envía? No veo que usted sea de Correos.
—No, señor, no soy cartero. Me envían de la resi- dencia de mayores, la que está al final de esta calle. Al parecer, tienen que comunicarle una noticia y le envían esa carta. Yo no sé nada más.
El mensajero salió del despacho y parecía que con él se había llevado el color de Pablo, que se había quedado blanco. No se esperaba ningún mensaje de la residencia de la señora Sol. A Pablo comenzaron a temblarle las manos y Juan, que seguía allí, pudo percibir el temblor.
—¿Qué pasa, Pablo? ¿De qué se trata? —le pre- guntó desconcertado.
—No sé,pero no creo que sea algo importante. Bueno, Juan, yo me marcho. Hablamos mañana y ya quedamos para que vayáis a ver a Luna y a Marina, ¿vale?
Pablo quería quitarse a Juan del medio y salir corriendo para leer esa extraña carta. Le sobraba su amigo y la oficina entera. A su mente volvió ese humo que creía superado. El pasado regresaba e interrumpía el momento feliz que estaba viviendo. Al coger la carta en sus manos, vio en su mente la cara de la señora Sol y, al mismo tiempo, la cara de Bea.
Dejó a Juan con la palabra en la boca, recogió su cartera y salió a toda prisa. Quería estar a solas para descubrir el contenido de ese papel.
Cuando pisó la calle, Pablo ni siquiera esperó a llegar al coche para abrir el sobre. El mensaje le decía que, hacía tres días, la señora Sol había fallecido y que le había dejado un diario.

Perplejo por la noticia, Pablo se olvidó de todo y, sin pensárselo dos veces, se fue rumbo a la residencia. Conocía bien el camino.

45. El legado

Cuando llegó al lugar, en la puerta se encontró con una monja que no había visto antes.

—Buenos días o… buenas tardes, hermana. Acabo de recibir noticias de la señora Sol, al parecer falleció hace unos días, y según me dicen en esta carta, ha dejado algo para mí.

—Buenos días, señor. ¿Y usted se llama…? —Me llamo Pablo, hermana.
—Sí, pase, por favor.
Pablo avanzó nervioso pero decidido, sin escuchar a

la religiosa que le decía que debía acompañarlo al despacho de la directora y se dirigió directo hacia la sala de estar. Solo cuando estuvo allí fue consciente de que no encontraría a la señora Sol.

Preguntó al primer anciano que vio, un hombrecito de esos que quieren saber más de la cuenta y que lo atosigó con preguntas, pero que supo decirle que lo que Sol había dejado para él estaba en el despacho de la directora, la hermana mayor. Al parecer, toda la residencia estaba al tanto de que doña Sol le había dejado algo a ese hombre que la había visitado un par de veces.

Siguiendo las instrucciones del anciano, Pablo fue en busca del despacho y pidió permiso para entrar.
—Pase usted —le dijo la hermana mayor mientras lo observaba de arriba abajo y daba un suspiro. Aunque Pablo no podía ni imaginarlo, la señora Sol le había hablado mucho de él a la hermana.
La mujer invitó a Pablo a tomar asiento mientras continuaba con su atenta observación del hombre. La religiosa quería saber, de alguna

manera, por qué doña Sol había decidido darle ese legado a este hombre que ni siquiera era familia. Tan descaradamente lo estudiaba que Pablo comenzó a sentirse incómodo y decidió sacar a la religiosa de su escrutinio.
—Hermana, como comprenderá, estoy en ascuas. Sinceramente, no sé qué hago aquí, la noticia me ha tomado por sorpresa.
—Pues mire, más sorprendida estamos mis herma- nas y yo. No nos esperábamos esto —comenzó a ex- plicar—. Todos sabíamos que doña Sol era una mujer muy generosa, siempre dispuesta a dar y sin reparos en compartir todo lo que tenía. Y aquí es donde entra usted, señor Pablo.
—¿Yo? —preguntó Pablo, sorprendido.

—Sí, usted. Aunque no sea familiar de la señora, doña Sol dejó por escrito su decisión y esto no se puede cambiar. Dijo que la persona que había esperado toda su vida vendría y que esto era para esa persona. Como comprenderá, aunque ella ya no esté entre nosotros, debemos respetar su última voluntad, sin contrariarla.

Pablo, que había acudido esperando recibir un escrito con las memorias de la anciana, su diario, no entendía las palabras de la religiosa. Solo estaba ansioso por empezar a leer lo que fuera que hubiera dejado, presintiendo que, en esas palabras, de alguna manera, encontraría a Bea. Una vez más, a pesar de su propósito de dejar atrás ese sueño, la realidad lo arrastraba nuevamente hacia él.

—Bueno, señor Pablo, este es el legado de doña Sol para usted —dijo la monja y le extendió el libro que Pablo esperaba. Pero su sorpresa fue que, junto al diario, estaban también las escrituras de una casa, mejor dicho, las escrituras del piso de la calle Goya, número 20. En ese momento, Pablo se quedó paralizado. No sabía qué hacer, qué decir… No sabía ni qué pensar de todo aquello. «¿El piso de Bea? ¿Por qué?».

—Señor… ¿Se encuentra bien? —le preguntó la re - ligiosa.
—Esque… No… No entiendo nada, hermana.¿Qué significa esto?
—A ver —explicó la mujer pausadamente—, lo primero es que lea bien ese libro. Lo demás está muy claro: doña Sol le ha dejado su piso. Deberá pasar por el notario, pues falta su firma, pero el piso ya es suyo —concluyó, aunque, viendo la perplejidad de Pablo, agregó:
—Claro, si usted lo quiere, ja, ja, ja.
La mujer se echó a reír con la picardía de quien sabe algo más, pero no piensa desvelarlo. Eran cosas que doña Sol le había confesado en privado.
A tres días del nacimiento de su hija y tres días del fallecimiento de la señora Sol, el piso en el que el amor de Pablo y Bea había florecido por unas horas ahora era suyo. Ese había sido el deseo de la anciana para su amor soñado. Y Sol no era una mujer a la que se pudiera contradecir.

46. Montaña rusa

Pablo permanecía allí, en el despacho de la directora de la residencia, sin encontrarle sentido a lo que estaba pasando cuando, de repente, sonó su teléfono. Era una llamada del hospital que le decía que debía pasar a recoger a su esposa y organizar cómo cuidarían a Luna durante los días en los que la niña permanecería ingresada. Pablo se apresuró a marcharse, dejando a la hermana mayor con la palabra en la boca.

—Perdone, hermana, me tengo que ir. Es urgen - te —dijo sin entrar en detalles. Rápidamente, cogió el paquete donde estaba la carta, el diario de Sol y las escrituras, y se fue a la carrera mientras anunciaba:

—Volveré, hermana. Debemos retomar esta con - versación.
—Sí, sí. Vaya con Dios y no se preocupe, que yo de aquí no me muevo hasta que el Señor me lo mande.
Pablo partió con mucha prisa, pero al llegar al coche tuvo cuidado de

guardar los documentos, pues eran algo que debería revisar a solas para decidir qué hacer. No todos los días a uno le cae en las manos un piso en una de las mejores calles de la ciudad.
En el hospital, Marina ya lo estaba esperando. Estaba radiante. Se abrazaron y se besaron. El médico les comunicó que la niña avanzaba bien y aprovecharon para ir a comer juntos y organizarse.
—Pablo, cariño, yo creo que lo mejor para Luna es que yo me quede con ella toda la semana.
—Sí,me parece bienque te quedes conella. Yo ven- dré todos los días para estar juntos los tres y también para hacerte un relevo: que puedas salir un poco, ir a casa y descansar.
—Perfecto, cariño.
—Pero si necesitas cualquier cosa, me avisas y me presentaré aquí en un momento, ¿de acuerdo? —pro- puso Pablo muy atento.
Tanto Pablo como Marina sentían que estaban en una montaña rusa, subían y bajaban, cambiaban de pensamiento y de prioridades, de forma que a ambos les vendrían bien esos días en los que estarían separados, pues así podría pensar cada uno en todo eso que debían resolver. Marina necesitaba tiempo para asumir que, tarde o temprano, tendría que hablar con su esposo, y Pablo quería estar solo para leer el libro de Sol y también para volver, por fin, al piso que guardaba el recuerdo de unas horas que lo hacían enloquecer.

Acuerdo de silencios

Lamentablemente, el matrimonio estaba en una situación en la que ninguno de los dos podía disfrutar del nacimiento en paz. El ego, el miedo y la culpa empañaban el momento y no les dejaba vivir plenamente la experiencia de ser padres, una experiencia que debería ser de ilusión, de sentir que podían comerse el mundo porque lo mejor de la vida acababa de llegar. Aunque la maternidad y la paternidad hace a las personas vulnerables, es tanta la alegría de saber que espera un largo camino para darle lo mejor a ese nuevo ser, que el milagro de la vida se impone a todo lo demás. Pero ni Marina ni Pablo podían entregarse a ese sentimiento.

47. Sueño de amor

Lo primero que hizo Pablo al salir del hospital no fue ir a su casa, no. Se marchó directamente al número 20 de la calle Goya. Le pillaba de camino, pero, aunque no hubiera sido así, de todas formas, habría ido, pues la incógnita, todas esas dudas, no lo dejaban en paz.

Entró al edificio y, al subir las escaleras, notó cómo le temblaban las piernas. Por fin podría volver a abrir esa puerta a la que tantas veces había llamado sin obtener respuesta. Ahora, el piso le pertenecía y no entendía por qué. Su mente buscaba explicaciones y su corazón se rendía a la emoción. Lentamente, sacó las llaves de su bolsillo y, con las manos también temblorosas, abrió.

Caminó por el pasillo para acceder al salón, conocía el recorrido. El lugar le resultaba del todo familiar, más de la cuenta. No era la sensación de haber estado ahí en una ocasión, sino la de volver a casa después de décadas de ausencia.

El salón era tal y como lo recordaba, pero no estaba igual que hacía unos meses: todo estaba lleno de sábanas que protegían los muebles, sábanas que tenían más de una capa de grueso polvo. Las paredes estaban descoloridas, los techos y lámparas estaban cubiertos de telarañas. El aspecto era tenebroso, como era de esperar en una casa que había estado cerrada durante años. Sus pasos dejaban huellas en el polvo al andar.

Buscó el sillón blanco y rojo y cuidadosamente descubrió la sábana. Era el sillón que guardaba el recuerdo de su amor con Bea, pero al verlo, parecía que fuera mucho más antiguo, como si tuviera cien años. Pablo no daba crédito a lo que veían sus ojos. Hacía apenas ocho meses ese espacio lucía limpio, luminoso y perfumado.

—No —se decía Pablo—, esto no puede haber sido un sueño.
Él había estado allí. No lo había soñado. No estaba loco.
Desconcertado, fue hasta la cocina, donde Bea había preparado las

copas de vino y allí las encontró: dos copas, oscurecidas y cubiertas de polvo. Esas copas no podían llevar ahí ocho meses, parecía que llevaban décadas.
Pablo estaba totalmente aturdido, él no encontraba respuesta a todo lo que su mente le preguntaba y hasta pensaba que ya no las quería. Tenía miedo. Algo del pasado le rondaba por el pensamiento y no sabía cómo explicarse a sí mismo lo que le estaba sucediendo. Se sentó en el sillón que estaba entre la terraza y el salón y, sin quererlo, se quedó dormido y comenzó a

soñar. En su sueño fue consciente de que la muerte de la señora Sol había ocurrido el mismo día del nacimiento de su hija Luna.

—Hola, Pablo.Cuántotiempo.Estoy aquí, amor.Yo siempre estuve aquí. Me quedé esperando, siempre te esperé. Esperé tus cartas y tu regreso, pero me quedé en un mundo de ausencia. Me dormí y tú no volviste. Mi vida entera se quedó aquí, en nuestro sillón. Pero yo nunca perdí la esperanza, sabía que volverías, amor. Te juré que estaría aquí. ¿Lo recuerdas?

»Te he amado como se ama lo más hermoso y te he soñado cada noche. Soñaba que venías para envolverme en tus dulces brazos. En mis noches largas y oscuras lloraba, amor. Soñaba tu regreso, amaba tu regreso, me moría por tu regreso. Si hay un morir en vida, mi muerte fue esta: el no poder tenerte, el no poder abrazarte. Pero solo con soñarte, vibraba de locura y de amor.

»Mi espera no se perdió en el olvido, pues no olvidé, no olvidé tus ojos, amor, no olvidé tus promesas.
»Si hay un amor verdadero, este fue, es y será el amor que yo te tengo. Si hay Dios, él sabe de mi espera. Esperé como la primavera espera a las flores, como el invierno espera a que llueva, como la lluvia espera a mecerse en el río. Así te esperé, amor. Así te espero.
»Y lloré, lloré en un terrible silencio. Y mi silencio ahogaba el llanto.

Y el llanto me asfixiaba.
»Y aquí me quedé, sola, en el olvido del mundo. Me quedé en tu olvido, en tu mente, sin saber si vivía aún en tu corazón.
»Alguien llamó a mi cuerpo y, sin darme cuenta, fue creciendo. Un ser de luz apareció de la sombra y creció como luz blanca. Me regaló un momento de paz y la felicidad de sentir el amor pleno contigo. Ya no sé si fue verdad o fue una distracción de amor. Muchas veces las distracciones de amor suceden, nacen de las sombras, del deseo de ser amada, acariciada, de ser una princesa en un mundo sin castillo ni torre, solo una princesa esperando a su príncipe.
»Y así pude disfrutar de lo más maravilloso y milagroso que la vida en los cielos y la tierra puede regalar. Yo sentía tanto amor por ti que acepté esta presencia de luz, la acepté desde mi ser. Y le dije: «tú serás el sueño esperado, el fruto de un amor puro, un amor hecho de algodones de paz, un amor efímero pero hermoso».

48. Sentirse en casa

En ese momento, Pablo despertó recordando vívidamente lo que acababa de soñar. Había soñado con Bea, aunque ella no se había presentado y creyó que en su sueño era la señora Sol quien le hablaba y que él era otro, otro Pablo, un hombre distinto, lejano. Recordaba su rostro, pero no sus ropas. Sentía una opresión en la garganta que lo estaba ahogando. Comprendió que todo lo soñado había sido vivido y sentido realmente alguna vez.

Pablo se levantó del sillón y este ya no se veía envejecido. Sus colores habían recobrado vida, el blanco y el rojo brillaban tanto como la primera vez que los había visto, que no era hacía ocho meses, sino hacía mucho más tiempo. Ese amor lo había sentido hacía muchos años atrás, pero, aunque se esforzaba, Pablo no podía o, tal vez, no quería, ver con claridad.

De repente, alguien llamó a la puerta de entrada y Pablo, sobresaltado, fue a atender. Era la vecina del piso de enfrente que,

al oír ruido, quiso saber qué pasaba allí. Cuando la anciana vio a Pablo, se asombró de encontrarlo allí, dentro del piso.

—¡Es usted, joven! Lo recuerdo. ¿Se acuerda usted de mí? —dijo la mujer.
—Hola, señora. Sí, la recuerdo.
—¿Y qué? ¿Encontró ya lo que buscaba?—La vecina quería saber qué hacía Pablo allí.
—Pues… Sí, señora.Lo encontré—respondió Pablo sin saber muy bien qué estaba haciendo y diciendo.
—Me alegra saberlo, buen hombre. Y dígame una cosa, si no le importa, al final, doña Sol ha muerto de pena ¿verdad?
—Sí, eso me han dicho y por eso estoy aquí —ex- plicó Pablo, sorprendido de sí mismo por dar tantas explicaciones.
—Ya me imaginaba que sería algo así. Pero, mire, la vida nos llama a todos a marcharnos, y a mi querida vecina Sol ya la ha llamado el Señor, ¿verdad?
La vecina era una vieja solitaria y él estaba ahí, hablando con ella como si se conocieran de toda la vida. Tal vez por esto se dice que «todos somos uno».
Después de soltar cuanto quiso por su boca, la anciana por fin se dispuso a marcharse y, conforme se alejaba, cabizbaja, iba moviendo la cabeza de un lado para otro, hablando en murmullos:

—Qué pena, qué pena... Mi pobre vecina…

Pablo volvió al salón y salió a la terraza en la que había vivido su momento de pasión con Bea. Mientras miraba hacia el techo acristalado, sentía como si hubiera pasado allí una vida entera, una eternidad. El sentimiento era inentendible, pero no lo hacía sufrir, al contrario, le provocaba una sensación de paz que a Pablo le gustaba mucho. En ese estado de paz, llegó a pensar que, arreglando el piso, allí podrían vivir muy bien los tres: Marina, Luna y él. Allí Pablo se sentía como en casa, estaba en «su sitio», estaba en casa.

El sonido de su teléfono rompió el estado de paz de Pablo. Al contestar, la voz de Juan le preguntó sin preámbulo:

—¿Te vienes, tío?

—No —respondió Pablo secamente—, estoy ocu - pado en este momento.
—Bueno, pues tú te lo pierdes —dijo Juan sin in- sistir.
Pablo quería prolongar ese momento. Cerró los ojos y respiró profundamente en esa hermosa y vieja terraza. Cogió las llaves y se marchó con la seguridad de que ese sería su nuevo hogar. Solo faltaba pensar en cómo decírselo a Marina.

49. El relevo

Pablo se marchó del piso con la determinación de irse a vivir allí. Pensaba que en ese lugar los tres serían muy felices. Aunque la casa de Pablo y Marina era preciosa y les había costado mucho esfuerzo construirla, él ya había tomado una decisión y lo tenía muy claro: quería la paz que sentía en ese lugar.

Al día siguiente antes de irse al trabajo, pasó por el hospital para ver a Marina y a Luna. Las encontró muy bien. Luna seguía controlada en una burbuja de cristal, pero estaba preciosa y parecía que cuando Pablo la miraba, ella también lo veía, que le quería hablar.

Marina le dio un beso y le preguntó:
—¿Qué? ¿Cómo has pasado la noche tú solito? —Pues muy bien, cariño. Oye, tengo que contarte

algo sorprendente… —anunció entusiasmado.Pero Ma- rina no llevaba bien recibir sorpresas y torció el gesto.

—Bueno, a ver, a lo mejor hasta me animasun poco. Esto de estar aquí tantos días se me está haciendo algo largo. Si no fuera por Luna… —dijo con voz quejum- brosa.

Pablo comprendió al instante que no era el momento apropiado para hacer una propuesta como la de mudarse, estaba a punto de cometer una locura. Supo reconocer que lo que su mujer necesitaba era cariño, pues la estadía en el hospital la estaba agotando.

—Pues, ¿sabes qué te animaría de verdad? Poder descansar una noche en casa. ¿Qué tal si esta noche yo me quedo aquí con Luna y tú descansas y te repones en casa? —propuso el hombre con dulzura y atino.

—¡Ay, Pablo! La verdad es que sí, creo que me haría bien.
Marina no se lo pensó dos veces, pues realmente necesitaba salir un poco del hospital.
Así fue como, esa noche, Marina se fue a casa y Pablo se quedó en el hospital con la pequeña Luna. El flamante padre se acomodó en el sillón de la habitación reservada a los acompañantes y se entregó a sus pensamientos. No se quitaba de la cabeza la idea de mudarse al piso de la señora Sol. La soledad y la noche le ofrecían el escenario perfecto para leer el libro que aquella mujer le había dejado.
Mientras tanto, Marina lo primero que hizo al llegar a su casa fue llamar a Juan. La conversación fue mal desde el principio.

—Sí, dígame —dijo Juan al contestar.

—¡Soy yo, Juan! ¿No lo ves? —le dijo Marina mal - humorada.
—Espere, por favor —dijo él continuando con el paripé, pues tenía que salir del salón, donde estaba con Montse, su mujer, y con sus hijos, para poder hablar. Cuando se alejó lo suficiente, le dijo:
—Ahora ya podemos hablar, Marina. Dime.
—No sé qué hacer, Juan —comenzó Marina y el hombre se puso a la defensiva.
—Puesqué quieresque te diga, Marina.Yo procuro llevarlo lo mejor que puedo, no me quito el asunto de la cabeza y cada vez que veo a Pablo… Pienso en la faena que le puedo haber hecho.
—Yo tengo miedo de que pase algo —se desahogó ella.

—¿Algo de qué? —preguntó Juan irritado.
—A ver, Juan: tengo a mi hija en el hospital y no sé quién es en realidad su padre ¿lo recuerdas?
—De sobra sabes que lo recuerdo, Marina o ¿qué piensas? ¿Que no sé que puede ser mi hija y ni siquiera la he visto todavía? —le dijo bastante alterado, aunque tenía que bajar el tono de voz para que su mujer no lo escuchara. Y, sin darle tiempo a replicar, le espetó—: Ya es hora de hablar cara a cara, Marina. Iré a verte esta noche —y, sin más, cortó la llamada,dejando a Marina con la palabra en la boca y apagó el teléfono para no correr más riesgos. Marina se quedó descolocada y, en su asombro, ni siquiera pudo escuchar la última frase de la conversación. Jamás imaginó que Juan iría esa misma noche al hospital, donde suponía que estaba ella.

50. Como un ladrón en la noche

En el hospital, Pablo se había propuesto leer lo que de su vida había plasmado la señora Sol en su diario. Cuando comenzó a leer supo que ese pequeño y viejo libro se remontaba a muchos años atrás. En sus palabras se reflejaba el dolor de una chica joven que desde su niñez sufrió no solo la soledad, sino también por su cuerpo. A medida que Pablo se adentraba en el diario y leía sobre el sufrimiento de Sol, se le comenzaron a humedecer los ojos.

Según decía la joven, nadie la quería, nadie le daba calor cuando tenía frío, nadie llenaba su plato de comida cuando tenía hambre y ella se forjó un mundo inventado para sobrellevar su vida, callada, en silencio. Sol hizo un pacto dentro de ella: vivir de la mano de Dios, pues cuando le pidió ayuda, Él la dio, y le recordó que ella, entre vidas, ya había hecho su pacto, tenía que seguir el proceso y el camino que había elegido: ser amor.

De repente, Pablo sintió que esas palabras que leía eran palabras repetidas, pues ya había tenido ese sueño de amor y desesperación: era él quien le había prometido a la joven Sol regresar. Todo esto

Pablo ya lo había vivido, quizás lo había vivido entre sueños, ya que no podía recordar la presencia total de su cuerpo, pero sí recordaba el amor vivido con esa joven y también recordaba la promesa hecha. Lo recordaba, sí, pero en otra dimensión, o quizás en otro tiempo muy lejano. Pablo no entendía, era como ver una película de otro tiempo: era el mismo escenario, era él y, al mismo tiempo, no era él… Solo tenía claro que la señora Sol fue una joven con las formas corporales de Bea. Pablo se notó extraño, pues ya no veía a Bea como su amor, todo se nublaba y en ese momento a quien sentía era a Sol.

Mientras continuaba leyendo, las lágrimas acudían a las mejillas de Pablo mientras se hacía preguntas para las que sabía que no había respuesta: ¿qué significaba que Dios hiciera un pacto con Sol? ¿Qué narices era eso de «entre vidas»? ¿Por qué Sol sufrió tanto? ¿Quién era en realidad Sol? ¿A que había venido a este mundo? ¿Sol era la misma mujer que Bea? ¿Por qué sentía el que le dolía el alma al leer su diario?

De repente, cuando la lectura del diario estaba tan llena de tristeza que dolía, las luces generales se apagaron para dar descanso a los pacientes. Solo quedaba la iluminación de emergencia, insuficiente para leer, de forma que a Pablo no le quedó más opción que recostarse y tratar de descansar.

Era una calurosa noche de junio. Se dejó mecer por la penumbra y el silencio de esas cuatro paredes de la sala de espera y pronto se quedó dormido. En la sala ya no había ningún otro familiar, solo estaba Pablo, solo él con el diario y el silencio de la noche, un silencio que le hablaba. Pero, esta vez, las voces que oiría ya no serían irreales: algo estaba a punto de suceder.

Las paredes de los hospitales encierran muchas historias, algunas para no dormir y, otras para dormir eternamente. Paredes que guardan dolor y amor, paredes que encierran secretos, dulces despertares, lágrimas que caen por el dolor o por la gloria.

Al poco rato y con gran sigilo, Juan se deslizaba por esa penumbra en la que solo se adivinaba la sombra del enorme sillón destinado a los acompañantes. Juan se había informado de que los familiares esperaban en esa sala y, sin hacer ruido, había llegado hasta allí para por fin tener con Marina una conversación largamente postergada. Ingenuo de Juan: pensaba que allí solo estaría ella, Marina.

Entró en la sala como un ladrón, sin encender ninguna luz y sin comprobar si Marina estaba dormida o despierta y comenzó a decirle lo que tenía pensado. Soltó por su boca todo lo que le salía en ese momento, sin pensar en las consecuencias.

—Lo siento, Marina, lo siento de verdad.Perdóname. Casi susurrando, Juan siguió acercándose lentamente hasta la silueta del sillón donde creía que estaba Marina y continuó hablando:

—Esto se nos fue de las manos, pero creo que lo mejor es seguir callando para no lastimar a Pablo.
Pablo comenzó a escuchar las palabras de Juan en sueños y se despertó, pero sin moverse, abrió los oídos sin decir nada. Cuando distinguió que, efectivamente, era la voz de Juan la que sonaba en la habitación y que hablaba de perdón, de no herirlo y de que algo se les había ido de las manos, en su mente se dispararon todas las alarmas.
Avanzando muy lentamente, Juan llegó hasta el sillón y, al distinguir que era Pablo y no Marina quien estaba allí, sintió que se quedaba sin aire.
Pablo se levantó con los ojos abiertos como platos, como si estuviera viendo un fantasma. No sabía qué, pero era claro que algo pasaba entre Juan y su esposa.
—¿Me quieres decir de qué hablas? —le preguntó con la expresión desencajada.
—¿Eres tú? —Fue lo único que atinó a decir Juan sin saber qué más hacer. Nunca se había visto en una situación como esa, al fin el destino le estaba jugando una mala pasada. En ese momento solo

pensaba en por qué no se habría quedado en casa. Juan ya no tenía salida. Aunque, infantilmente, esperaba que un milagro lo rescatara de ese aprieto, en realidad sabía que era tiempo de hacerse responsable de sus actos y terminar con las mentiras que llevaba más de un año lanzando a su amigo.
—Pues sí, soy yo. Por lo que veo, no es a mí a quien esperabas encontrar —dijo Pablo encarándose con él. —No, la verdad pensaba que era...
—Que era mi mujer, ¿no?
—No sé qué decir, Pablo —dijo Juan, derrotado. —¿Por qué no empiezas por el principio, Juan?
—Sí… Te estarás preguntando por lo que estaba diciendo…
—Me estoy preguntando por todo, Juan.¿Qué haces tú aquí, a estas horas de la noche, para empezar? Por lo que veo, venías a pedirle perdón a mi mujer. ¿Perdón por qué? Y vienes sin decirme nada a mí. ¿De qué va todo esto? Cuéntame, Juan. Tenemos toda la noche para hablar, como en los viejos tiempos.
Las palabras de Pablo sonaban cada vez más cargadas de sarcasmo y de ira. Juan estaba acorralado. No había mentira capaz de salvarlo y sabía que, en ese momento, estaba terminando su amistad con Pablo. Se iba sintiendo enfermo. Perdía a su mejor amigo, dejaba su trabajo pendiendo de un hilo y no sabía si esto llegaría a oídos de su familia. «¿Qué he hecho?», se reprochaba Juan, pero no era capaz de responderse ni de responder a Pablo.
Con los ojos llenos de lágrimas y la voz entrecortada comenzó su confesión:
—Pablo, te lo tengo que contar. No sé cómo em- pezar… No sé cómo he llegado hasta aquí… Me duele en el alma. Eres mi mejor amigo, Pablo, y no lo digo por el trabajo, sabes que la amistad está por encima de todo.
—¿Por encima de todo? ¿Por encima de mi mujer también? —Y sin aguantar más, Pablo se lo preguntó di- rectamente—.Juan, ¿hastenido algo que ver con Marina?
—Sí.
—¿Sí? ¿Y eso es todo? ¿Ya está?
—No,no está. Mi respuesta no debería ser así,pero no quiero hacerte

daño.
—No sé por qué intuyo que ya es algo tarde para eso, ¿verdad?
—Pablo… Durante un año, Marina y yo hemos te- nido un sueño amoroso.
—¡Un sueño amoroso! ¡Qué bien lo adornas! ¿No? «Un sueño amoroso». ¿Así es como le llamas a que te has acostado con mi mujer?
—Sí, pero, Pablo, todo tiene un porqué.
Juan estaba hundido y, aunque no había manera de justificar lo injustificable, quería parecer digno y restarse culpa. Una vez más, recurrió a la estrategia de arrastrar a Pablo al barro y le echó en cara su infidelidad a Marina.
—Túlo sabestambién, sabescómo va esto.Una cosa lleva a la otra y, sin querer…
—¿Pero de qué narices me estás hablando? —le es- petó Pablo indignado.
—Vamos a ver, tío, de lo tuyo con esa tal Bea.
—Pero ¿qué me estás contando, Juan? ¡Que te has tirado a mi mujer! ¡A mi mujer! Por un año y lo quieres comparar con… ¡Estamos hablando de Marina y de ti! ¿O no te enteras? ¿Es que puedes siquiera insinuar que se compara?
Pablo se llenaba de rabia al ver que Juan intentaba eludir su responsabilidad. Pero estaba decidido a descubrir, esa noche, toda la verdad.

51. El dolor y la rabia

Pablo estaba decidido a que esa noche Juan le contara toda la verdad. De repente, como piezas de un puzle que comienzan a encajar, recordó la insistencia de Marina cuando, a punto de parir, le pedía que llamara a Juan; el día que habían coincidido los tres en la puerta de la cafetería; la supuesta consulta de Marina al ginecólogo y Juan apareciendo en escena; cuando Juan le confesó que llevaba un año de relación clandestina con alguien que no quiso revelar…

No podía creer lo ciego que había estado y no quería aceptar que era Juan, su mejor amigo, su confidente y compañero de trabajo, quien lo había traicionado de esa manera.

Al mismo tiempo, pensó en Bea, en su propia traición y en que si quería explicarle a su mujer por qué había heredado un piso de una desconocida, tendría que acabar hablando de Bea. Pero en ese momento, con Juan delante, quería saberlo todo, con detalles.

Juan, con la cabeza gacha y las manos sudorosas, empezó una narración llena de medias verdades, exageraciones y adornos, pero con la que Pablo pudo hacerse una idea bastante precisa del alcance de la traición.

—No sé cómo pasó.Un día, Marina y yo coincidimos en un café y nos sentamos a hablar. Me sentí a gusto con ella. Ella siempre hablaba de su trabajo y, sobre todo, de ti. Marina estaba… Quiero decir, Marina está muy enamorada de ti. Entonces quedamos otro día para otro café.

—Otro café, otro día. Claro —dijo Pablo con la cara ardiendo.
—Sí, otro día, otro café y así fueron pasando los días… Y, sin darnos cuenta… Te juro que siempre estabas en nuestras bocas, pues Marina no tiene ojos nada más que para ti, siempre estaba hablando de ti. Un día, no sé por qué la invité a mi piso y allí, solos… Imagínate… ¡Pero nadie buscaba nada, te lo juro!
Pablo no quería imaginarse nada, ni mucho menos aguantar los juramentos de Juan y lo apremió a continuar:
—¿Y? ¿Qué más pasó? Porque ahí no quedaron las cosas, ¿verdad?
—No. De vez en cuando nos veíamos en mi piso. Pero no fue nada premeditado, Pablo, simplemente ocurrió.
—Y así por un año, ¿no? Un año de «ocurrencias». Entonces, esta era la aventura de «solo sexo» a la que te referías esa tarde en la cafetería, ¿verdad?

—No, no, esa fue otra —mintió Juan.

—Entonces,por lo que veo,tienes unpiso a espaldas de Montse y allí llevas a tus amantes.
—A ver, dicho así, Pablo, suena fatal.
—Suena como lo que es, Juan, suena a que eres un sinvergüenza, que nos tienes a todos engañados.
Juan no pudo más que agachar la cabeza. Estaba totalmente al descubierto. Pero Pablo no había terminado.
—¿Dónde tienes ese piso, Juan? ¿No estará cerca de la oficina?
—Bueno, sí… Está… en la calle Goya. Es solo un apartamento pequeño…
Pablo no escuchó las explicaciones de Juan, pues, en ese momento, en su mente desfilaban cada una de las veces que había encontrado a Marina en la calle de la oficina, incluso estando embarazada. Decía que iba al ginecólogo, pero… Pablo tragó saliva. No sabía si quería confirmar lo que acababa de pensar. Había echado cuentas y…
—Juan…
Juan sabía lo que Pablo estaba pensando, pero era tan duro que ninguno de los dos se atrevía a mencionarlo.
—Juan, mi hija… Juan, no me digas, por Dios, no me digas que mi hija… puede que no sea mía.
La energía en la sala era tan densa que podía cortarse con un cuchillo. Juan temblaba de miedo y Pablo temblaba de rabia. Sentía que algo le oprimía el corazón y comenzó a descomponerse.
Pablo no lo podía creer. El silencio de Juan le hacía pensar lo peor, pero lo único cierto hasta ese momento era que nadie sabía, en realidad, quién de los dos era el padre de Luna.
Pablo sentía que le robaban no solo la ilusión, sino un pedazo de su cuerpo. Él amaba a la pequeña Luna. La sentía como una parte de sí y ahora le decían que podía ser que no lo fuera…
Juan empezó a inquietarse ante el silencio de Pablo. Pensó que le estaba pasando algo.
—Pablo, dime algo y no te quedes así. No sé qué ha- cer, de verdad que no lo sé. Lo siento. Te pido perdón. No quería hacerte daño y sé

que Marina tampoco, sucedió sin más pero no te quedes callado, por favor dime algo. Cuando al fin Pablo habló solo dijo una palabra:
—Vete.
Y, tal como había entrado, como un ladrón sigiloso, pero ahora más arrepentido y avergonzado, Juan salió de la habitación.

52. La respuesta

Pablo se quedó solo, hundido en el sillón y con los pensamientos como un enjambre de abejas en la cabeza. ¿Cómo no se había dado cuenta? ¿Qué es lo que habría hecho mal para que Marina lo hubiese engañado así, para que su mejor amigo lo traicionara? Los reproches caían sobre ellos y también sobre sí mismo. Incluso llegó a pensar que todo esto era un castigo de la vida por la aventura que él había tenido. El miedo le nublaba el alma, y con una lágrima rodando por su mejilla, se rindió al sueño. Respiraba con dificultad y se sentía olvidado de la mano de Dios. Sentía culpa. Creía que no había estado a la altura del cariño de Marina, que ella lo había buscado y él no la había atendido. Sentía culpa por Bea, sentía culpa hasta del aire que respiraba. En ese momento, Pablo se olvidó del diario y de todo lo que había leído horas antes. La culpabilidad y la rabia lo dejaron paralizado en el sillón del hospital. Hablando con Dios, llegó al silencio del sueño y soñó. Soñó con su hija. En el sueño la niña le recordó que

su padre era él, que siempre había sido él, que ella lo había elegido antes de venir y que él la había elegido como hija.

Le dijo que en ese sueño de locura maravillosa tuvo dos nombres: Luna y Sol, y entonces ella, es decir, las dos, se acercaron hasta él, lo cogieron de la mano y lo llevaron a la terraza de cristal. Comenzó a llover y luego salieron las estrellas. Junto a la luna, la noche los arropó y en esa terraza, llena de maravillosas plantas, escuchando la lluvia caer sobre los cristales y los truenos tocando su música a lo lejos, los tres se hicieron dos. En ese amor de eternidad, Pablo

recordó a una joven y bella niña, con un cuerpo radiante y poderoso, en el mismo sueño. Estaba perdido. No conseguía comprender. Era algo muy extraño, era como otro mundo en el que las imágenes se superponían y los nombres bailaban: Bea, Sol, Luna… Sabía que todo era un sueño y ahí mismo, en ese espacio, acordó que tendría silencio y que perdonaría todo.

Pablo estaba en la profundidad de su sueño cuando, a las ocho de la mañana, se encendieron de nuevo las luces y el ruido de una joven que estaba limpiando lo despertó. Tenía las piernas dormidas y los hombros doloridos, pero lo acompañaba la sensación de ese hermoso sueño. Y aunque no entendía su significado, lo recordaba por completo. Solo tendría que descifrarlo. Era un sueño

confuso, pero hermoso. Pablo pensó (como suele pensarse) que, tal vez, si hubiese durado un poco más, tendría más respuestas, pues sabía que ese sueño le hablaba directamente a él.

En eso estaba Pablo cuando un celador le anunció que podía pasar a ver a su hija.
Pablo veía frente a él una difícil tarea que se resumía en varios nombres: Juan, Marina, Luna, la señora Sol y su piso y, claro está, Bea. Sentía que debía tener fe, pues todo tendría alguna solución, habría una explicación para cada pregunta y no podía quedarse con las aguas tan revueltas. Después de la tempestad, llegaba la calma. Algo estaba pasando en su vida y Pablo quería averiguarlo. Pero, entre sueños, había hecho un voto, un voto de silencio.

53. La tarea más difícil

Pablo se apresuró y fue directo a la zona de neonatos. Estaba deseando volver a ver a su hija Luna. Saludó al personal de la sala pediátrica, que lo invitó a pasar y le indicó dónde estaba la niña.

Pero para Pablo era muy fácil reconocerla: era el único bebé que estaba llorando y que, al ver a su padre, se calmó al momento. Parecía que Luna podía reconocerlo perfectamente.

Luna no tenía los ojitos cerrados, sino grandes y abiertos como platos. Era muy curioso, pues desde el día de su nacimiento, parecía ver con claridad. Y cuando Pablo se acercaba a decirle bellas palabras, era como si la pequeña pudiera entenderlo. Al despedirse, padre e hija se miraron, podían hablarse con la mirada.

En la sala de espera, Pablo aguardaba la llegada de Marina que tenía que hacerle el relevo. No sabía cómo enfrentarla, cómo recibirla, cómo mirarla.
A lo lejos la vio llegar. Estaba radiante, llena de alegría. Se notaba que había descansado bien. Pablo vio a su esposa avanzar por el largo pasillo y la vio preciosa, como si la maternidad le hubiera aportado más belleza de la que ya tenía. Conservaba su figura que parecía aun más esbelta.

Desde la distancia, Marina también percibió a Pablo más guapo de lo habitual. Se sabía observada por Pablo y eso le gustaba. Justo antes de llegar hasta él, sonó su teléfono. Marina no pensaba contestar, pero de reojo vio que el que llamaba era Juan y le cambió el color de la cara, se le borró la sonrisa y todo el esplendor de hacía un momento se desvaneció. Tuvo que atender el teléfono. Haciendo un gesto con la mano a Pablo, dijo:

—Sí. Dígame.
—Marina… ¿Cómo no me dijiste que ayer no es- tarías en el hospital? —le soltó sin más. Juan estaba muy alterado.
—Pero… ¿Cómo sabes que anoche no estuve en el hospital?
—Eso se avisa.
—Estoy a un paso de Pablo, ahora no podemos ha- blar. Tengo que colgar.
—Noooo. ¡Pablo lo descubrió todo! —le gritó a Ma- rina, pues no podía dejar que cortara la llamada.

Marina se quedó petrificada, mirando a Pablo que le sonreía.
—¿Cómoquesabetodo? —preguntóMarina, tapán- dose la boca y bajando la voz—. ¿Qué estás diciendo? ¿Qué sabe?
Y mientras interrogaba a Juan, Marina miraba a Pablo, que le sonreía como si nada hubiera pasado.
—Anoche fui al hospital pensando que estarías allí, y comencé a hablar creyendo que hablaba contigo… Y me descubrí solo —explicó tembloroso.
—Entonces, ¿sabe lo nuestro?
Marina hablaba esquivando la mirada de Pablo, que no le quitaba el ojo de encima, sin advertir que Pablo la miraba con amor y no con rabia. Comenzó a temblar, sin poder remediarlo, y se dio media vuelta para que Pablo no le viera la cara. No podía hablar con Juan claramente, sabía que tenía que cortar la llamada, pero también necesitaba que Juan le explicara algo más.
—Lo sabe todo, Marina. Sabe que hemos estado viéndonos en mi apartamento durante un año… Ten cuidado. Lo siento.
Y fue Juan quien cortó la llamada, dejando a Marina, una vez más, con la palabra en la boca y un nudo en el estómago.
Marina guardó el teléfono en su bolsillo y dibujó una sonrisa en su boca, una sonrisa falsa y continuó camino hacia Pablo mientras se preguntaba «¿Y ahora qué?».
Entonces ocurrió algo en verdad extraordinario: Pablo la abrazó y le dijo:
—Buenos días, cariño.
Ella se dejó abrazar, sin entender nada. Esperaba reproches y creía que todo se había roto. Pero Pablo seguía abrazándola, cada vez más fuerte mientras le susurraba al oído:
—Nuestra hija está muy bien. Te quiero. Pronto iremos los tres a casa.
Marina estaba desconcertada. ¿De verdad Pablo sabía todo sobre su aventura con Juan? Y ¿por qué no tenía dudas de que Luna fuera su hija? Estaba tan impresionada que no supo qué decir y esperó a que fuera Pablo el que hablara primero y, sin poder evitarlo, se derrumbó en un mar de lágrimas. No se sentía digna de su marido. No podía articular palabra, pero algo dentro suyo la empujaba a esperar y a

permanecer allí, en los brazos de su esposo.
Cerró los ojos y se dejó llevar por ese abrazo que era cada vez más fuerte. Y entonces supo que en los brazos de Pablo se extendía el perdón. Marina se entregó. Se dejó amar. Se permitió sentir y vibrar y pudo ver el amor tan poderoso que la unía a su esposo.
Pablo sintió lo mismo. Juntos viajaron por ese camino de perdón y de amor. Se dejaron llevar y en ese pasillo de hospital todo comenzaba de nuevo para ellos.
El hospital despertaba a su rutina, los trabajadores comenzaban a pasar de prisa con las camillas, y esa dinámica los arrancó de su estado.
—Cariño, ¿vamos juntos a ver a nuestra hija? —le dijo Pablo con dulzura.
Ella lo miró a los ojos y, con voz temblorosa pero cálida, aceptó.
Marina aún guardaba palabras, pero Pablo rodeó con el brazo su cintura, la abrazó y comenzaron a avanzar juntos.

54. Camino de perdón

Mientras contemplaban a su pequeña niña, Pablo estaba convencido de que Luna era su ángel, su hija. Recordó su sueño, cogió la mano de su mujer y la besó.

Cuando terminó la visita, Marina se quedó en el hospital y Pablo se fue a la oficina. Aunque no fue consciente de ello, Pablo olvidó para siempre algo en ese hospital: olvidó el diario.

El corazón de Pablo se llenaba de certezas: lo más importante era saber o, mejor dicho, sentir que Luna era su hija y que Marina lo volvía amar. Pero a Pablo le quedaban más asuntos que resolver, entre ellos: Juan

Entró feliz a la oficina, dando los buenos días y se fue a su despacho. Notó que Juan no asomaba por allí como de costumbre y, después de esperar un rato, decidió ir a verlo.

—¿Se puede? —preguntó Pablo.

—Sí, claro. Pasa —respondió Juan atónito, pues lo último que esperaba era que Pablo pasara por allí. Pablo lo miró a los ojos, pero Juan no podía sostener la mirada. Estaba tan avergonzado y arrepentido… Claro que, a esas alturas, de nada servía el arrepentimiento. Había que solucionar el problema y dejar las cosas en claro.

Juan no podía imaginar que Pablo tomaría esa actitud con él, pero Pablo lo tenía claro. De nada servían ya los reproches y rencores y eligió ver al amigo de siempre y no al amante de su esposa. Pablo necesitaba perdonar a su amigo para sentirse en paz. Ni él mismo terminaba de comprender cómo podía reaccionar así. Tal vez, en otro momento de su vida, hubiera optado por partirle la cara a Juan, pero Pablo sentía que estaba viviendo como en un sueño y no podía reaccionar de otra manera que no fuera pasando página. Esto era el perdón.

—Bueno —le dijo a Juan—, ¿comenzamos?

—Sí, comenzamos —se apresuró a responder Juan todavía tartamudeando— pero ¿a qué?
—Pues, a trabajar. ¿No? —dijo Pablo mirándolo a los ojos. Eso era lo que Pablo buscaba: la mirada de su amigo, su mejor amigo, su amigo del alma. Juan, que permanecía cabizbajo, no pudo resistirse, levantó la vista y miró a Pablo. Entonces, los ojos de Juan se llenaron de lágrimas. No entendía nada, pero recibió la calidez de la mirada de Pablo que, de esa forma, lo estaba perdonando. Era como si, para Pablo, se hubiera parado el

reloj y decidió tener en cuenta tantos años de amistad y complicidad y no el año de engaño y mentiras.

—Bueno —dijo Pablo rompiendo el hielo—, me voy al despacho que habrá un montón de papeles.
Por muy extraño que resultara todo, Pablo no podía sentir rabia. El nacimiento de Luna lo llenaba de amor y desde ese sentir solo podía perdonar a las personas que amaba.

55. Certezas

Desde aquel día, fue Marina quien permaneció en el hospital junto a Luna. La pequeña tuvo que pasar varias semanas más ingresada, casi todo el mes que le faltaba para que el embarazo hubiera llegado a término. Pablo las visitaba a diario. En todo ese tiempo, nunca había hecho un reproche. Corrió un tupido velo sobre el asunto y decidió mantener un silencio absoluto. Ni Marina ni Juan entendían cómo lo había podido hacer. Ellos ya no mantenían ninguna relación, ni siquiera por teléfono, pero de sobra sabían que en algún momento tendrían que hablar. Para Juan y Marina, el tema de la paternidad no estaba zanjado, aunque Pablo tenía la certeza de que Luna era su hija.

Pablo visitaba todos los días el piso de la señora Sol y cada vez que lo hacía, el lugar iba recobrando vida, habitación por habitación: las paredes, los techos, las puertas, los muebles… Todo iba cogiendo color y luz, como si estuvieran haciendo un piso nuevo. Pablo pensaba que era magia, y ni tan siquiera recordaba la lectura del diario la noche que estuvo en el hospital: todo lo leído se borró de su memoria.

Cada día, después del trabajo y antes de ir a ver a sus chicas, pasaba un ratito por el piso, hasta que al final quedó tal y como había sido al principio.

Una tarde, cuando regresaba a casa al salir del hospital, sin darse cuenta, el coche de Pablo comenzó a ir rumbo al piso de la calle Goya. Aquel día no lo había visitado como de costumbre y, sin saber

cómo, se encontraba frente a la puerta. Pablo comprendió que si estaba allí era por alguna razón y decidió pasar. Al hacerlo, se sintió muy extraño. El piso no solo estaba completamente renovado, sino que el olor le resultaba muy familiar. Olía como el día que había estado allí con Bea. Estaba ese olor y algo más, que también le resultaba familiar.

De repente, escuchó un ruido y otro más y rápidamente fue hasta la terraza, pues parecían provenir de allí. Estaba comenzando a llover, las nubes tapaban todo el cielo, pero un rayo de luz se habría paso entre ellas. Entonces supo lo que tenía que hacer y se sentó en el sillón blanco y rojo. Cuanto más llovía, más cómodo se sentía y, arropado por el perfume y el sonido, se durmió. De repente, alguien le tocó el hombro y lo llevó hasta una habitación en la que encontró a la hija de Sol con su bebé en brazos.

—Hola —les dijo Pablo—. Me recordáis a alguien, pero no lo entiendo.
Pablo sabía que lo que estaba viviendo no era real. Las voces eran lejanas. La mujer con el bebé en sus brazos estaba feliz y el bebé lloraba. Pablo estaba confundido cuando, de pronto, vio llegar a la señora Sol. A ella la reconoció claramente.
—Bea, ¿eres tú? —le preguntó Pablo.
Ella se echó a reír y le dijo:
—¿No me reconoces, amor?
Pablo no encontraba las palabras. La señora Sol, de joven, sin duda era igual a Bea, pero de eso hacía tantos años… Entonces, Sol se acercó a Pablo y el llanto del bebé se apagó. La imagen de la madre con la criatura desapareció por completo. Sol estaba radiante. Llevaba la misma ropa que había llevado Bea, era igual que ella. Acercó su rostro al de Pablo. Se miraron y a Pablo se le cayó una lágrima.
Entonces entendió que lo que había estado buscando estaba frente a sus ojos. Era la mujer de sus sueños. Con los ojos llenos de lágrimas y sin mediar palabra acercaron sus labios hasta que se fundieron en un beso apasionado. Ella reposó su cabeza en el pecho

de Pablo y él cerró los ojos.
En ese instante se sintieron poderosos, con una vida eterna, suspendidos en ese momento sin tiempo y sin espacio. Juntaron sus cuerpos, que estaban vestidos de la separación que crea el tiempo, unieron sus manos, besaron sus ojos y dejaron que se bañaran de lágrimas de nostalgia y de verdadero amor. Un amor que nunca había podido ser, un amor por los tiempos de nunca jamás, un amor al que solo le quedaba esperar, sin tiempo, ni espacio, solo esperar. Y abrazados, en un frenesí de besos y lágrimas de puro amor, se durmieron. Pablo comprendió que Sol era…, que lo había esperado a través del tiempo.
Un potente trueno despertó a Pablo de su maravilloso sueño. Estaba dormido en el sillón blanco y rojo. La lluvia seguía siendo fuerte y en sus manos conservaba un olor especial. Pablo supo que había estado con Bea, que en otro espacio-tiempo su amor verdadero había sido Sol y por eso reconocía el piso a la perfección: ya había vivido ahí antes, quién sabe cuándo. Pero el Universo ya se había encargado de todo.
Pablo se limpió los ojos humedecidos por la pasión, por el amor perdido en una vida alejada y llevada al olvido. Tenía que seguir adelante. Se marchó del piso sintiendo que no debía volver, pues había visto el sufrimiento de ambos. No sabía dónde esas personas se encontraban ahora, pero entendió que el sufrimiento podía ahogarlo en la oscuridad, pues todo eso estaba en el pasado y él debía vivir en el ahora. Pablo había pedido ver qué estaba pasando en su vida y, poco a poco, comenzaba a comprender. Ese piso ya le había dicho bastante y tendría que aprender a pasar página, aprender a olvidar. ¿Bea existió en un pasado muy remoto? Estaba claro que, en la edad de la señora Sol, no. ¿Cuándo estuvieron juntos y enamorados los dos? Él sintió la casa, pero sabía que no podía haber estado allí.
Todavía no comprendía qué significaba la imagen de la joven con el bebé, pero algún día lo entendería. De momento, lo que sabía era que a ese piso no podría volver.

56. Juntos en casa

Al día siguiente, cuando Pablo se disponía a salir para ir a trabajar, sonó su teléfono. Era Marina que le anunciaba que Luna ya podía ir a casa. Le daban el alta.

—¡Ahora mismo voy a buscarlas! —dijo Pablo lleno de emoción. Avisó en la oficina que llegaría más tarde y se fue al hospital a recoger a sus chicas. Las encontró en la sala de espera. Marina tenía los ojos brillantes, cargados de lágrimas que no caían. Pablo la estrechó entre sus brazos: sabía que Marina necesitaba ese abrazo, que se sentía culpable. Pero el silencio de Pablo protegía a su esposa de la culpa de la infidelidad. Así debía ser. Los hilos ya estaban en manos del Universo y Pablo había entendido que aprender a perdonar por amor era la lección más importante de su vida.
—¡Ya estamosen casa! —anunció él cuando llegaron.
—¡Qué bien, Pablo! ¡Qué ganastenía ya! —comentó Marina que no salía de su asombro ante la actitud de su marido. No comprendía cómo Pablo, sabedor de la traición que había cometido, solo le dedicaba miradas cariñosas y mimos, tanto a ella como a la niña. En su corazón, Marina comenzó a sentir una gran compasión por sí misma y un enorme amor por su marido.
—¿Sabes qué te digo, Marina? Que hoy ya no voy a la oficina. Me quedo aquí con vosotras. No quiero perderme el primer día. Esto tenemos que celebrarlo los tres juntos, ¿no crees?
—¡Maravilloso, Pablo! —contestó ella mientras él las abrazaba. Luna sonreía como si entendiera todo.
Entusiasmado con la idea de pasar más tiempo en casa, Pablo decidió tomarse unos días libres, así que se acercó a la oficina para organizar el trabajo en su ausencia.
Allí, dio claras instrucciones a su secretaria y, antes de irse, pasó por el despacho de su amigo.
—Hola, Juan. Ya le he dicho a mi secretaria lo que necesito que quede hecho. De momento, me voy a coger unos días para estar en casa con las chicas. Si hubiera cualquier problema… Ya sabes. Tú

estás preparado y lo harás muy bien. ¿Vale?
Juan estaba tan asombrado como Marina por esa actitud de Pablo. No parecía la misma persona.
—Ve tranquilo que yo te informo —le dijo sin salir de su sorpresa.
Pablo emprendió la marcha, pero antes de abandonar el despacho de Juan, se detuvo, dio media vuelta y, mirando a su viejo amigo a los ojos, se acercó y le tendió la mano. Juan estaba perplejo. Cruzaron miradas y, mientras estrechaban sus manos, sin palabras, uno dijo: «no pasa nada» y el otro respondió: «eres un buen amigo. Gracias. Perdóname». A través del silencio, hablaron las manos y los ojos.
Pablo se fue, sintiendo que estaba en paz, y Juan se quedó con la gran lección que recibía de su amigo, una lección de perdón y comprensión.
Sin embargo, cuando Pablo salió de las oficinas, sin saber muy bien por qué, sus pies le indicaron un camino que no era el de su casa, pues todavía le quedaba un «asuntillo» que resolver: el piso de la señora Sol.
Supo que debía regresar a la residencia de ancianos y retomar la conversación pendiente con la hermana mayor. Mientras caminaba hacia allí, aunque su mente estaba cargada de pensamientos, en su corazón nacía otra certeza: la de que su regreso a ese lugar sería para el bien de todos.
Cuando zanjara ese asunto, podría comenzar una nueva vida con sus chicas. El piso de la señora Sol era un legado que agradecía, pero que no podía aceptar. Sería una carga en su vida y lo que necesitaba era estar en paz. Y hacer lo correcto sería bueno no solo para él, sino para todos. Pablo sentía que al dejar ese piso dejaba un lastre. Y como así lo sentía, así lo haría.
Al llegar al despacho de la hermana mayor, lo tenía claro.
—Buenos días, hermana. ¿Se acuerda de mí?
—Claro que sí, buen hombre. Buenos días nos dé Dios — respondió la religiosa—. Usted es Pablo, el hombre al que doña Sol donó su piso, un hecho que no ocurre todos los días.
—Ya veo que me recuerda, ya veo —dijo Pablo y continuó—. Pues mire, vengo a traerle las llaves y las escrituras del piso, hermana.

Creo que son ustedes quienes deben tenerlo, a mí no me pertenece.
—Pero ¿está usted seguro, hijo? —Quiso saber la religiosa.
—Sí, hermana. Creo que es lo mejor.
—¿Pudo leer el diario? —preguntó la religiosa.
—¿Qué diario? —inquirió Pablo.
La religiosa asintió con la cabeza, sin decir nada más y, con una leve sonrisa, lo miró a la cara. La mujer tenía el presentimiento de que volvería a ver a Pablo, incluso, de que el hombre devolvería el piso…
La mujer sabía mucho más de lo que Pablo podía imaginar. Y es que, en esta vida, todos tenemos algún confidente, que puedeser terrenal o puede estar en nuestro interior, aquel a quien contar todas las alegrías y las penas, los más grandes secretos, las dudas. El mejor confidente es ese que solo escucha, atiende, se aquieta y nunca juzga, solo observa y, al final, te ama, solo te ama. Alguien así es una bendición y eso había sido la hermana mayor para Sol.
Pablo dejó en la mesa de la religiosa las llaves del piso y las escrituras y, sin mirar atrás, se marchó de esa residencia para nunca volver.
Entonces sí, Pablo se sintió listo para volver a casa, donde sus chicas lo estaban aguardando. Las encontró en el salón y se sentó junto a ellas. Marina tenía todo listo. Luna no lloraba, solo miraba a sus papis.
El día transcurrió tranquilo y en paz y, por la noche, se fueron a dormir los tres juntos. Habían decidido que la cuna de Luna estaría junto a ellos, tal vez por eso de ser padres primerizos, pero querían poder oír la respiración de la pequeña a su lado.
Tanto Pablo como Marina pudieron liberar la mente de pensamientos, de esos pensamientos que no llevan a ninguna parte, pensamientos egoístas que crean sombras donde no las hay. Pablo y Marina conseguían bajarse de ese barco rodeado de niebla, el barco de los piratas malos, para subirse a la barca de los panes y los peces, donde Jesús hizo uno de sus mayores milagros: alimentar, solo dar comida, sin más. Desde ese lugar, los esposos, en silencio, tomaron la misma decisión: amar a esa familia que desde siempre habían sido.

58. La mañana

Sonó el despertador y Pablo abrió los ojos. Eran las siete de la mañana y se dijo: «¡Anda! Olvidé quitar la alarma. Todavía es de noche». Entonces, se sobresaltó «¿De noche?». En pleno mes de julio, a esa hora, debería haber un sol radiante. Pensó que el reloj estaría estropeado y se sentó en la cama para echar un ojo a Luna, pero… ¿Dónde estaba la cuna?

Realmente asustado, saltó de la cama gritando: —¡Marina! ¡Luna no está, no está su cuna! —Pero, Pablo, ¿qué te pasa? ¿A qué vienen esosgri-

tos? —le preguntó ella sobresaltada.
—¡Marina! ¿Dónde está la niña? ¡Su cuna! ¿Dónde está Luna?
Pablo salió corriendo hacia la habitación que habían preparado para la pequeña, pero, al abrir la puerta…
Todo estaba como antes, antes de prepararla para Luna, sin muñecos, sin camita de bebé, sin nada… Solo era la habitación que tenían para guardar la ropa.
Marina llegó detrás suyo, realmente asustada. —Pablo,¿qué te pasa? ¿De qué estás hablando, cariño? El hombre, desconcertado y con una angustia creciente, recorrió la casa buscando encontrar las cosas
de Luna, su carrito, el bolso de su ropa, el cambiador, todo lo que habían preparado, pero… Ni rastro de nada de eso.
No entendía qué estaba pasando y sintió un dolor en el pecho que lo asfixiaba. Miró por la ventana y confirmó que no podía ser julio. Era un día de invierno, lluvioso. Marina lo siguió hasta la cocina muy preocupada. No entendía sus preguntas tan apresuradas, ni sus gritos, ni de quién hablaba.
Justamente aquella mañana, Marina tenía una sorpresa preparada

para su esposo, pero viéndolo así, no sabía cómo actuar.
—Pablo, dime qué te pasa.¿Quién esLuna? ¿De quién hablas?
—¿De verdadme preguntas quiénes Luna?—le reprochó Pablo cuyo desconcierto se convertía en enfado. —¿Quién es Luna? —insistió la mujer perpleja. —Pero… Marina, hablo de Luna. ¡Luna! Nuestra hija, Luna…
Marina se quedó boquiabierta.
—Pero ¿cómo puedes saberlo? Si era una sorpresa. Justamente ahora quería darte la noticia…
¿Qué estaba pasando? Era invierno, no había niña y todo en la casa estaba como hacía nueve meses atrás.
¿Qué estaba pasando? Tuvo que sentarse en una silla para intentar tomar aire, estaba perdido hasta que algo en su mente le anunció que todo había sido un sueño. Marina pareció comprender lo mismo y le dijo: —Tranquilo, cariño, creo que has tenido un mal sueño ¿no?
Marina también estaba asustada. Esa mañana tenía pensado darle a su marido la buena noticia, pero viéndolo así no estaba segura de que el momento fuera el adecuado. Fue Pablo el que le preguntó:
—Marina… ¿Cuál es la sorpresa, la noticia que me querías dar?
—Pues la que en parte me has chafado, Pablo: que vamos a ser padres. Estoy embarazada. ¿A que es una bella noticia? Lo que tanto hemos esperado, cariño… Pablo trató de entender… Era invierno, Luna nunca había llegado a casa, era el invierno de hacía nueve meses atrás y el día en el que Marina le anunciaba el embarazo. Entonces… ¿todo lo había soñado? Estaba absorto mirando a su esposa y escuchando la noticia.
El sueño comenzaba otra vez.
¿Pueden los sueños cobrar realidad? ¿Somos creadores

de nuestra vida? Soñamos que somos triunfadores, o soñamos que nos caemos en un pozo negro… ¿son solo sueños, o son otra forma de realidad? ¿Y Pablo? ¿Había tenido un largo y hermoso sueño o una visión del futuro? Existen las premoniciones y también existen historias, simplemente historias, que vivimos tan dentro de nuestras carnes, las sentimos, las saboreamos hasta tal punto que morimos con ellas.

—¿Me escuchas, Pablo?

—Sí, claro… —respondió él con la voz apagada y perdida. Si estaba en lo correcto… podía adivinar todo lo que desde ese momento iba a pasar. Pero al encontrarse sin Luna se había sentido tan roto que no quería soñar más.

—Pero ¿qué pasa, Pablo? Estás como ausente. Pienso que la noticia no te ha caído bien… ¿O ya lo sabías? ¿Cómo podías saberlo? Y ¿cómo puedes saber que será una niña? Marina también estaba desconcertada. Pero como era ajena al sueño de Pablo, pronto pasó de la preocupación para centrarse en la felicidad de su embarazo, que la hacía estar en las nubes.

En vista de que era un lunes de noviembre, se arregló para irse al trabajo, desconcertado, lleno de dudas y con la sensación de vacío que le produjo no tener a su niña. Parecía que todo había sido un sueño, pero había sido tan real…

Estaba de nuevo en aquella mañana en la que Marina le anunciaba el embarazo. Todo era igual. El frío, la lluvia, la noticia. Entonces decidió que no quería revivir ese sueño. Se encerraría en la oficina y no saldría de allí. Pero la lluvia se hizo cada vez más intensa y apenas podía ver la calzada. Los limpiaparabrisas no daban abasto a quitar el agua de los cristales y, de repente, alguien impactó con el capó de su coche.

Pablo se detuvo como pudo, bajó del coche corriendo y allí los vio… unos zapatos rojos de tacón.

Epílogo: Los sueños del deseo

Hace siglos, Sol y Pablo fueron amor. Coincidieron en el espacio-tiempo, se conocieron, se enamoraron y se prometieron amor eterno. Acordaron que ambos en sus sucesivas encarnaciones harían su vida, pero Sol llevaba una búsqueda constante: recordaba aquel amor y nunca dejó de buscarlo. Pablo, en cambio, la olvidó.

En el siglo pasado, cerca del año 1940, Sol encarnó de nuevo, pero Pablo lo hizo unos 30 años después. Con esa diferencia de edad, en esta encarnación no podrían volver a amarse como hombre y mujer, pero en un momento síse reconocieron. Fue en la vejezde Sol,cuando vivía sus últimos días en una residencia, mientras que Pablo estaba a punto de ser padre.

Sin embargo, el recuerdo del amor era tan fuerte en Sol que durante toda su juventud lo rememoró, lo anheló y lo recreó en un sueño: soñó que volvía a ver a

Pablo, aunque él se marchara, soñó quedar embarazada de él, soñó ser madre, soñó ponerle el nombre de Beatriz a su hija… Y así, entre sueños, se le pasó la vida. Solo al final de su vida terrenal, Pablo apareció en su vida, atraído por una imagen que era un sueño de Sol. Porque Pablo, sin poder ser consciente de ello, guardaba a Sol en su memoria.

Cada alma, al encarnar, trae consigo los recuerdos de sus encarnaciones anteriores, sus «vidas pasadas», pero se dice que al momento de nacer llega un ángel y las «archiva», las esconde en el subconsciente. De esta forma no es posible recordar esas vidas, pero, muchas veces, llegan chispas de recuerdos: un perfume, una

voz, una textura, un color… Señales que indican que ya habitamos ese espacio, que ya conocimos a esa persona…

Pablo nunca había estado en el piso de Sol en este momento, en este tiempo, solo lo había hecho en el sueño de Sol.

Sol anhelaba el pacto de amor eterno que había hecho con Pablo, lo deseaba tanto que lo creó en sus sueños, soñó que volvían a amarse, soñó que daba a luz a una niña… Sol creyó tanto en su sueño que lo sintió vívido.

Pablo también pudo reconocer a Sol en ese sueño de amor, la reconoció como Bea, la deseó tanto que también le dio vida en su propio sueño.

Pero en el desencuentro de esta encarnación, Pablo se reencontró, sobre todo, con el amor en toda su pureza

cuando conoció el deseo de ser padre. El amor se refleja en el amor, así como el brillo del sol se refleja en la luna.
MARÍA MONTSERRAT REILLO EXOJO